

CIENCIA FICCION

SELECCION 38

Benford. Bryant. Disch. Elgin. Reamy. Yolen.



ePUB

La ciencia ficción se erige hoy como uno de los pocos géneros literarios que recuperan para el lector el goce de la fantasía y el placer de la lectura. Los relatos incluidos en esta nueva selección, tomados de la famosa revista *Fantasy and Science Fiction*, demuestran la brillante madurez alcanzada por el género. *Piedra*, de Edward Bryant —premio Nebula—, lleva hasta el último extremo la parábola de la alienación en un concierto de rock. *En carne extraña*, de Gregory Bendford y *Las mecedoras*, de Suzzete Elgin, desde diversas ópticas, son el patético reflejo de las relaciones extra-raciales y de sus formas de comunicación; *Un chico llamado Detweiler*, de Tom Reamy, trae la violencia social de la novela negra a un marco extraño; *El hombre que no tenía ni idea*, de Thomas M. Disch, aporta, con un cruel sentido del humor, una perspectiva insólita para un mundo donde la burocracia parece ser una de las razones de su existir.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 38

ePub r1.0

viejo_oso 25.03.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 38*

VV. AA., 1980

Traducción: Juan Carlos Silvi

Portada: Mario Eskenazi

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *El tema de la comunicación en la ciencia ficción*. Carlo Frabetti.

Piedra, (Stone), Edward Bryant, 1978.

En carne extraña, (In Alien Flesh), Gregory Benford, 1978.

Las mecedoras, (Old Rocking Chairs Got Me), Suzette Haden Elgin, 1979.

Un chico llamado Detweiler, (The Detweiler Boy), Tom Reamy, 1977.

La centésima paloma, (The Hundredth Dove), Jane Yolen, 1977.

El hombre que no tenía ni idea, (The Man Who Had No Idea), Thomas M. Disch, 1978.

PRESENTACIÓN

El tema de la comunicación en la ciencia ficción

En los comienzos de la ciencia ficción, el problema de la comunicación se planteó básicamente en su aspecto primario de intercambio de información, cosa bastante comprensible si se tiene en cuenta que el tema del first contact, del primer contacto con seres alienígenas, era, lógicamente, uno de los grandes filones argumentales del género.

Hay multitud de relatos, incluso novelas enteras, que giran alrededor del fascinante problema de la comunicación (en el mero sentido de intercambio de datos, de bits, como se diría en el moderno lenguaje de la informática) entre seres inteligentes de distintos planetas. Un memorable cuento corto de B. A. Chandler, La jaula (publicado en una —mejor dicho, en dos— de nuestras antologías), especula con sutileza e ironía sobre las dificultades que tendría un terrestre, capturado fuera del marco de la civilización por unos zoólogos alienígenas, para demostrar su condición de ser racional.

Pero, evidentemente, la comunicación plantea problemas mucho más delicados y de difícil solución que el mero intercambio de datos objetivos, y en una etapa más avanzada la ciencia ficción ha empezado a explorar tanto la forma en que el progreso tecnológico influirá en las relaciones interpersonales, como la inimaginable complejidad de los problemas afectivos que podrían surgir entre los terrestres y seres de otros planetas.

Algunos autores (y no sólo de ciencia ficción) piensan que el shock del encuentro con una civilización alienígena, sobre todo si es más avanzada,

podría resultar anonadante en función de la misma «extrañeza» de sus contenidos y valores. Y en la eterna polémica sobre el mixtificado tema de los ovnis, no son pocos los que sostienen que sus hipotéticos tripulantes no se manifiestan precisamente para evitarnos ese shock.

El tema dominante de esta antología es el de la comunicación, en sus distintas vertientes y entendida como algo más que mera transmisión de datos.

En Piedra, y mediante la extrapolación de ese fenómeno de comunión ritual o simpatía que hace años que los sociólogos vienen observando en los conciertos de rock, se exploran nuevas e inquietantes (por lo plausibles) posibilidades de comunicación a través de la música.

En carne extraña, en la línea de las especulaciones sobre afectividad interplanetaria popularizadas por Farmer en toda una serie de provocativos relatos, entronca sugestivamente el mito de Jonás con la idea de que el contacto íntimo con un ser radicalmente extraño ha de cambiar por fuerza al hombre que lo experimente.

Las mecedoras replantea una vez más, y desde una perspectiva poética, la vieja cuestión de la no interferencia, y El hombre que no tenía ni idea, volviendo al terreno meramente humano, nos ofrece una curiosa visión, no exenta de humor, de una sociedad en la que para hablar con los demás se necesita un permiso ad hoc, previo examen de aptitud.

Estos son algunos de los aspectos del problema de la comunicación sobre los que podrá leer en las páginas siguientes. Siempre que su permiso de lector esté en regla, por supuesto.

CARLO FRABETTI

PIEDRA

Edward Bryant

I

Por encima de la ciudad incendiada, una mujer solloza un blues. Cómo llora, cómo gime. Llamas alimentadas por lágrimas rastrean el cielo.

Es una viejísima canción:

Lléname como las montañas. Lléname como el mar.

Retorciéndose en el calor, ella se yergue donde no hay apoyo. Las llamas lamen su cuerpo.

Toda entera.

Finamente trazados, con un brillo de hielo, los cables manipuladores irradian hacia fuera. Tensas ligaduras entre su cuerpo y la parpadeante oscuridad, todos los cables conducen a la intangible, abrumadora figura que está detrás de ella. Sin expresión, Átropos mira a la mujer.

Con el rostro contraído, ella mira el corazón de un millón de fuegos y grita.

Toda entera.

Átropos alza las terribles y brillantes hojas de la cizalla y corta sin vacilar los cables. Con los miembros extendidos hacia los cuatro puntos cardinales, la mujer se precipita sobre las llamas. Queda instantánea y completamente consumida.

El rostro de Átropos permanece oculto por las sombras.

II

Alpertron presenta
CONCIERTO JAIN SNOW
con MOOG ÍNDIGO
estimulación a sesenta bandas por RobCal.
23 y 24 de junio

Una sola actuación a las 21.00
Localidades: 20, 16 y 12 dólares.
Disponibles en todas las taquillas Alpertron o en la entrada.
MONTAÑAS ROCOSAS
RUEDO CENTRAL
DENVER

III

Me llamo Robert Dennis Clary y nací hace veintitrés años en Oil City, Pennsylvania, donde crecí. Obtuve la licenciatura de ingeniero electrónico y un título en electrónica.

—No es usted idóneo, mister Clary —dijo el rector—. Le falta el necesario espíritu de equipo. Hablando francamente, es usted egoísta. Y una estafa.

Mi madre me dijo una vez que lamentaba que yo no fuera lo bastante guapo como para salir adelante sin trabajar.

—Escucha, mamá. Estoy bien. No hay nada de malo en trabajar en el circuito de conciertos.

Trabajo muchísimo ahora. Nunca he sido lo bastante genial como para tener un puesto realmente bueno con, por ejemplo, Bell Futures, u otra de las grandes firmas espaciales. Pero poseo una cualidad que se cotiza: lo que el entrevistador llamó una afinidad especialmente coordinadora para los circuitos múltiples. *Parecía asombrado cuando yo terminé de manipular la consola de estimulación.*

—Dios, muchacho, te metes de verdad en ello, ¿no?

Así fue como conseguí el puesto en la Alpertron, S. L., la gran agencia de promoción y programación. Estoy en la gira de conciertos, y manejo su panel de estimulación; a un lado del escenario estamos mi consola y yo. No es muy distinto, en principio, de tocar uno de los instrumentos del grupo musical, aunque es endiabladamente más complicado que el sintetizador de Nagami,

incluso. Parece bastante sencillo; mi consola es el enlace esencial entre el intérprete y el público. Simplemente un transceptor de retroalimentación glorificado: recoge la carga empática de Jain, la canaliza hacia el público, éste reacciona y añade su propia carga, y yo se la devuelvo a la estrella. Y luego, vuelta a empezar, utilizando las sesenta bandas de estimulación, cada una con sus controles separados para equilibrar, aumentar e intensificar. La cosa puede desmadrarse, y por eso no todo el mundo puede hacer este trabajo. Lo que me ayuda es que, al parecer, yo tengo una resistencia natural al exceso de radiación de las transmisiones empáticas.

—¿Has pensado alguna vez en enseñar? —preguntó el consejero vocacional del colegio.

—No —dije—. Me gusta la acción.

Y por eso estoy en el circuito de conciertos de Jain Snow; en mi opinión, la única verdadera cantante de blues y estrella de estimulación.

Jain Snow, mi intermitente amor no correspondido. *Su voz es áspera: suena suave hasta que te desgarras.*

Es mayor que yo, cuatro, quizá cinco años; pero parece una adolescente. Jain es alta, tiene una revuelta mata de pelo rojo, y su cara no es tanto bonita como intensa. Nunca he conocido a nadie que no quisiera hacer el amor con ella.

—Cuando eres una estrella —dijo una vez, medio borracha— no te cuelgan por coger el último pastel del plato.

Eso me incluye a mí, y a veces me deja meterme en su cama. Pero no muchas.

—¿Te gusta? —dijo.

—Eres realmente estupenda —contesté, soñoliento.

—No hablo de mí —dijo—. Quiero decir estar en la cama de una estrella. Le dije que era un bicho y ella se rió.

No las suficientes.

Ya sé que yo no me atrevo a insistir; y aunque me atreviera, seguiría existiendo Stella.

Stella Vanilla (nunca he sabido cuál es su verdadero apellido) es el guardaespaldas de Jain. Otras estrellas de estimulación tienen batallones de

karatekas asesinos como protección. Jain sólo necesita a Stella.

—*Stella, ¿me traes un whisky? Sí, irlandés. Si no tienen, escocés.*

Ella es más baja que yo, menuda y morena, con el pelo castaño y rizado. También es experta en todas las artes marciales que yo conozca. Y si todo lo demás falla, en el bolsillo lleva un Colt Pitón 357 con un cañón de diez centímetros. La primera vez que lo vi, pensé que ella no podría siquiera levantarlo.

Pero vaya si puede. Vi a Stella cuando, a la salida del Ruedo Bradley en Los Ángeles, un grupo de excitados motoristas quisieron acercarse demasiado a Jain.

—*Apartaos, reptiles.*

—*¿Quién eres tú para decirlo?*

Ella tuvo que sostener el arma con las dos manos, pero el cañón no vaciló. Stella disparó una vez: la bala se incrustó en las entrañas de una Harley-Waukel aparcada. Los motoristas retrocedieron rápidamente.

Stella envuelve a Jain en su protección como en una capa. Lo cual, a veces, divierte a Jain; lo noto. *¿Stella? ¿Puedes marcarme un par de gramos? Stella, llámame a Alpertron. Stella, echa a los tipos de la entrada. Stella...* El cuento de nunca acabar.

Cuando la conocí, pensé que Stella era la persona más fría que me había encontrado jamás. *Y en Des Moines la vi llorando, sola, en una cabina telefónica a oscuras. Jain la había despertado y le había dicho que se diera un paseo de dos horas mientras ella se tiraba a un tío que se había ligado en el bar del hotel. Yo di golpecitos en el cristal de la cabina; Stella me ignoró.*

Stella, ¿la quieres tanto como yo?

Aquí estamos: un simpático, simbólico y obtuso triángulo. Y, sin embargo... Somos una feliz familia del mundo del espectáculo.

IV

Estamos en el jet fletado por Alpertron, S. L., volando a 12.000 metros

sobre el Oeste de Kansas. Stella y Jain están sentadas al otro lado del pasillo. Es un vuelo largo y se ha producido una pausa en la conversación, generalmente ruidosa. Jain hojea el último catálogo de Neiman-Marcus; las listas de venta por correo son su pasión actual.

Levanto la vista cuando ella estalla en una risa ronca.

—No te fastidia. ¿Quieres mirar esto? —Señala el catálogo abierto sobre su regazo.

Hollis, la operadora de color de Moog índigo, está sentada detrás de ella. Se inclina y alarga el cuello sobre el hombro de Jain.

—¿Qué?

—Eso. El VP.

—¿Qué es VP?

—Vídeo —dice Hollis.

—¡Eh, todos! —Jain levanta la voz, cortando estridentemente todas las conversaciones—. Fijaos. Por una módica cantidad, estos tipos me ponen un aparato de vídeo en la lápida. Tiene de todo, sonido estéreo y color. Lo único que tengo que hacer es ir y cortar la cinta antes de morir.

—¡Fantástico! —dice Hollis—. Puedes dejar un álbum de tus mejores éxitos. Ya sabes, para la posteridad. Conciertos gratis sobre la hierba todos los domingos.

—Eso es realmente morboso —dice Stella.

—Gratis, un cuerno —sonríe Jain—. El que quiera ver el espectáculo, que nieta un dólar en la ranura.

Stella mira por la ventana, asqueada y molesta.

—¿Quieres un chisme de éstos para tu cumpleaños? —pregunta Hollis.

—No —Jain sacude la cabeza—. No voy a necesitarlo.

—¿Nunca?

—Bueno... no en mucho tiempo.

Pero yo pienso que sus palabras son inseguras.

Luego solamente escucho a medias, mientras, miro los bancos de nubes desperdigados, y las Montañas Rocosas, que se alzan al Oeste. Mañana por la noche actuaremos en Denver.

—*Es lo más cerca de casa que pienso ir* —había dicho Jain en Nueva

Orleans, cuando descubrimos que Denver estaba programado.

—¿Un qué? —la voz de Jain suena desconcertada.

—Un cenotafio —dice Hollis.

—Cállate —dice Stella—. Maldita sea.

V

Estamos en el Ruedo Central, el orgullo arquitectónico de Denver. Este es el lugar de reunión más grande de Montañas Rocosas, esa heterogénea y anacrónica ciudad-franja que se agarra a la cordillera frontal desde Billings hasta el Sur de El Paso.

La cúpula se extiende hasta más allá del alcance de las luces. Si fuera rígida, no podría haber un Ruedo Central de Montañas Rocosas. Pero está hecha de una variedad de plástico flexible, y unos ventiladores insuflan aire caliente para mantenerla hinchada. Estamos en la parte interior de un gigantesco globo. Cuando el ruedo está lleno, el calor humano del público mantiene la cúpula inflada, y el personal cierra los ventiladores.

Un rato antes maté el tiempo leyendo el panfleto de propaganda del lugar. Como dice el diseñador, la combinación del ruedo y los espectadores convierte a la cúpula en un organismo sustentador. Por error, primero leí «orgasmo».

Escucho conversaciones cruzadas a través de las clavijas insertadas en mis orejas, mientras la gente del montaje comprueba las luces, el sonido, el color y todos los demás sistemas. Finalmente un técnico anónimo entra en el circuito para examinar a fondo mi consola de estimulación.

—Vale, Rob, estoy en la cabina sobre el pasillo del Este. Dame un bajo.

Mis pezones estaban sensibilizados por la lengua de ella, que es áspera como la de un gato.

Estoy conectado a un aparato de pruebas tan potente como el vestido que Jain llevará luego... aunque no tan exótico. Deslizo el mando de una banda hasta que alcanza la posición cinco en una escala de cien.

—¿Cinco? —pregunta el técnico.

—Sí.

—Lectura correcta. Dame unas cuantas bandas más.

Obedezco. *Sus labios y su lengua me besan, descendiendo por mi vientre.*

—Un poco más alto, por favor.

Pongo las bandas en quince.

—Realmente estás de humor.

—¿Qué quieres que piense?

—Jesús —dice el técnico—. Deberías estar actuando. A la multitud le encantaría.

—Pagan por Jain. La estrella es ella.

Intenté ponerme encima; ella no me dejó. Un momento después, ya no me importaba.

—¿Acabas de poner la banda en treinta? —la voz del técnico suena rara.

—No. ¿Leíste eso?

—Negativo, pero por un momento me lo pareció. —Hace una pausa—. No permitirás que tu vida emotiva se interfiera en tu trabajo, ¿verdad?

—Vete a la mierda —contesto—. No es asunto tuyo.

—Nada de amenazas —dice el técnico—. Era una sugerencia solamente.

—Métetela por el...

—Vale, vale. Es una chica deliciosa, Rob. Y como tú dices, es la estrella.

—Ya.

—Bueno. Pásame otras cinco bandas, Rob; amplio espectro, esta vez.

Lo hago, y el técnico está satisfecho del resultado.

—Así está bien —dice—. Volveré contigo luego.

Corta el circuito. Todas las comprobaciones están hechas; ya no hay nada en los circuitos, salvo un ruido de fondo como de insectos trepando por periódicos viejos. *Ella no me va a permitir estar exhausto durante mucho rato.*

El público empieza a entrar ruidosamente.

Espero el concierto.

VI

Nunca ha existido una estrella de estimulación de la magnitud de Jain Snow. Y sin embargo, el concierto de esta noche es un fracaso. La química falla en algún punto. Las caras de la gente son como siempre, pero, por algún motivo, no están *implicados*. Participan, pero no lo suficiente.

No creo que el fallo esté en Jain. No detecto ninguna diferencia significativa respecto a otros conciertos. Su piel desnuda, sólo ocasionalmente velada por la malla de metal que transforma todo su cuerpo en una antena, sigue excitando al público. Yo he presenciado actuaciones tuyas mucho mejores que ésta, pero también la he visto actuar peor y salir contenta del escenario, sin embargo.

Tampoco es Moog índigo; están respaldando a Jain con los juegos de luz y sonido tan expertamente como siempre.

Puede que sea yo, pero no creo que esté manipulando mal la consola de estimulación. Sí así fuera, el técnico anónimo se me hubiera echado encima inmediatamente por el circuito de comunicación.

Jain comienza el número final. No da resultado. El público está entusiasmado y quieren un bis, pero eso es todo; no deberían quererlo. Deberían *necesitarlo*.

Ella sale del escenario llorando. Le toco el brazo cuando pasa junto a mí. Jain se para, limpiándose los ojos, y me pide que vaya con ella al hotel.

VII

Es como la primera vez que estuve en la cama de Jain Snow. Jain deja la habitación a oscuras y no habla mientras pasamos por las distintas posturas. Su respiración se hace entrecortada; nada más. Y sin embargo, me desea más que nunca.

Al terminar, me *abraz*a con fuerza. Su respiración se vuelve lenta y regular. Me pregunto si está dormida.

—Eh —digo.

—¿Qué? —arrastra la palabra, adormilada.

—Siento lo de esta noche.

—No fue culpa tuya.

—Te quiero mucho.

Da la vuelta para mirarme.

—¿Cómo?

—Te quiero.

—No, cielo. No digas eso.

—Es verdad —digo yo.

—No dará resultado.

—No importa —digo.

—No puede darlo.

Sé que no tengo derecho a ello, pero me siento humillado, así que me aparto de ella en la cama.

—Me da igual.

La primera vez: «Eres un maldito adolescente, Rob».

Después de un rato, ella dice:

—Robbie, tengo frío.

Así que me acerco a ella y la abrazo sin decir nada. Me doy cuenta, al rozar contra su cadera, de que la tengo dura otra vez; no se opone cuando vuelco dentro de ella toda la frustración que ella ha descargado antes en mí.

Ninguno de los dos duerme mucho el resto de la noche. Poco antes de la madrugada me adormilo brevemente y despierto de una pesadilla. Estoy desorientado y no recuerdo el sueño completo, pero recuerdo unos alambres duros y unos suaves flujos de electrones. Mi mirada se concentra de pronto y veo su cara junto a la mía. De algún modo sabe lo que estoy pensando.

—¿A quién le toca? —dice.

La antena.

VIII

Por lo menos mil chicos contratados están colocando las sillas en el ruedo esta mañana, pero, a pesar de eso, es difícil no sentirse solo. Tan grande es la cúpula. Aquí se pierden las voces. Hasta los pensamientos hacen eco.

—Va a ser un concierto fabuloso el de esta noche. Lo sé.

Jain había dicho eso y me había sonreído cuando vino por aquí sobre las diez. Pasó por el pasillo central con un revoloteo de plumas y relumbrantes tiras rojas, dejando a todo el personal atontado y trémulo.

Dios sabe por qué estaba levantada tan temprano; en los últimos ocho meses nunca la había visto levantarse antes de las doce en un día de concierto. Esa costumbre de dormir hasta tarde a mí me mataría. Yo estaba en pie antes de las ocho esta mañana, en parte porque tenía que modificar los controles antes del espectáculo, y en parte porque no quería encontrarme en la cama de la estrella cuando ésta se despertara.

—La entrada va a ser mucho más grande que anoche —había dicho Jain—. ¿Puedes manejarla?

—Sí. ¿Y tú?

Jain me lanzó otra luminosa sonrisa y se fue. Por lo tanto, aquí estoy, sustituyendo muescas del circuito.

Un par de chicos suben al escenario y sacan su desayuno de las mochilas.

—¿Has leído esto? —dice uno de ellos, sacando de su bolsillo un libro manoseado.

Su amigo niega con la cabeza.

—¿Y tú?

Vuelve el libro hacia mí; yo reconozco la cubierta.

Fue hace dos, quizá tres meses, en un estudio de Memphis, justo antes del ensayo. Jain estaba sentada leyendo. Lee mucho, aunque los de promoción lo ocultan; Alpertron, S. L., quiere explotar la imagen de la chica campesina.

—¿Qué es eso? —dice Stella.

—Un libro —Jain lo levanta para que ella lo vea.

—Lo conozco —Stella lee el título—. *Receptáculo*. ¿No es ése el que...?

—Sí —dice Jain.

Todo el mundo conoce *Receptáculo*, el libro más vendido del año. Es sobre un hecho real, sobre un tipo que fue a Praga para que le implantaran

una docena de vaginas artificiales por todo el cuerpo. Injerto de nervios, desviación neurológica, todo completo. Yo le vi en la tele cuando le entrevistaron, y salía enfundado en un mono cerrado hasta el cuello.

—Es grotesco —dice Stella.

Jain coge el libro y se encoge de hombros.

—¿Tú intentarías algo así?

—Puede que yo haya ido mucho más lejos.

Un receptáculo funciona en un solo sentido.

Stella palidece y se traga lo que iba a decir.

—Oh, cielo, lo siento.

Jain sonrío y representa catorce años. Se levanta y le da un abrazo a Stella. Me mira y me guiña un ojo, y yo me pongo colorado. *En un solo sentido.*

Ahora, meses más tarde, al recordarlo, vuelvo a sentir calor en la cara.

—Largaos de aquí —digo a los chicos—. Estoy tratando de concentrarme.

Ellos parecen irritados, pero se marchan.

He terminado con las muescas del circuito. Ahora, el trabajo fácil. Observo perversamente los enchufes machos y hembras que estoy conectando. Jain...

El circuito de comunicación zumba perentoriamente y la voz de Jain dice:

—¿Robbie? ¿Puedes reunirte conmigo fuera?

Titubeo y luego digo:

—Desde luego, casi he acabado con el tablero.

—Tengo un coche; nos vamos.

—¿Qué?

—Sólo por la tarde.

—Escucha, Jain...

—Date prisa —dice, y corta.

Va a ser un concierto fabuloso.

IX

La muchedumbre de esta noche pone a prueba incluso la capacidad del Ruedo Central. La gente de la puerta dice que hay más de novecientas mil personas apretujadas en el espacio de la cúpula, donde flota el humo. No sólo cuesta creerlo; da miedo. Pero las computadoras no mienten.

Miro a la multitud y es como mirar al Pacífico después de oscurecer; las olas grises se extienden hacia el horizonte hasta que no puedes distinguir una de otra. Desde el escenario, incluso el murmullo de la gente suena como el del mar, igual que si estuviera en la playa intentando oír a través del ruido de la marejada. Doy gracias por llevar los auriculares, me tranquiliza oír las habituales listas de comprobaciones en el circuito interno de comunicación.

Noto que han cerrado los ventiladores antes de lo normal, pero, evidentemente, hay suficiente calor humano como para mantener la cúpula bien inflada. Imagino el Ruedo Central elevándose en el aire como esa ciudad flotante que quieren hacer en Venecia, California. Hay algo atractivo en la idea de esta cúpula flotando como un milano. Pero ahora los enormes aparatos de aire acondicionado empiezan a zumbiar y la fantasía se desvanece.

Las luces disminuyen momentáneamente y el ruido del gentío aumenta varios decibelios. Me doy cuenta de que no puedo ver rasgos o caras, ni siquiera cuerpos separados. Simplemente hay demasiada gente para abarcarla. La multitud se ha fundido en una inmensa masa de carne.

—Rob, ¿estás listo? —dice la suave voz del técnico en mi auricular.

—Listo.

—Esta noche tenemos una gran entrada. ¿Puedes con ella?

¿Sesenta bandas y un tablero de comunicación entre Jain y puede que un millón de encallecidos y sudorosos espectadores?

—Seguro —digo—. Fácil.

Pero, por un momento, no estoy seguro y me doy cuenta de que estoy aferrando los bordes de la consola. Conscientemente, me obligo a aflojar los dedos.

—Vale —dice el técnico—. Pero si algo va mal, corta. ¿De acuerdo? Apágalo del todo.

—De acuerdo.

—Bien —dice él—. Espera un momento, la señorita Snow quiere saludarte.

—Hola, Robbie.

—Sí —digo—. Buena suerte.

Hay una interferencia y ella habla tan bajo que no oigo lo que dice.

—Repite, por favor —le digo.

—La piedra no se rompe. Por lo menos, no con facilidad.

Corta la comunicación.

Tengo diez segundos para contemplar la vasta muchedumbre. Me pregunto de dónde habrán sacado los logistas del ruedo casi un millón de receptores-emisores de cabeza. Sé que son alucinaciones, pero, por un instante, veo una red escarlata de difusión que va desde mi consola hasta ese millón de cráneos. No sé por qué; me descubro tendiendo la mano hacia el escudo que tapa el interruptor total de emergencia. Detengo la mano.

Se apagan las luces de la sala; la única iluminación es la de los mil pilotos de las salidas y las luces de equipo. Entonces Moog índigo entra en escena mientras la gente empieza a chillar de expectación. El grupo coge sus instrumentos en la familiar oscuridad. La multitud ya se está volviendo loca.

Hollis toca su tablero de color y lanza esferas concéntricas de colores básicos fuertes que se expanden por el ruedo: rojo, amarillo, azul.

El sintetizador de Nagami emite un volcánico torrente de notas como magma ardiente.

Y entonces, ahí está Jain. En el centro del escenario.

—Diantre —dice el técnico en mi oído—. El nivel está demasiado bajo. Súbelo por atrás.

Debía de estar *en las* nubes. Estoy actuando estúpidamente, como un aficionado. Despacio, subo dos unidades de estimulación.

—... os amo. A todos y cada uno de vosotros.

La multitud ruge. Comienza la transmisión. Conecto cuatro bandas más de bajo nivel.

—... lista. ¿Y vosotros?

Ellos están listos. Conecto otra docena de bandas, luego apago dos. Las

cosas van un poco demasiado rápido. La fina malla que envuelve el cuerpo de Jain parece relucir por algo más que la luz que refleja. Su piel brilla de humedad.

—... empezaremos suave. Y luego llegaremos a la parte fuerte. ¿Sí?

—¡Sí! —contestan miles de gargantas simultáneamente.

Veo que ella se tambalea ligeramente. No creo que le esté dando demasiado y demasiado rápido, pero apago otro par de bandas, por si acaso. Moog índigo empieza a tocar. Hollis le da a la cúpula una palidez humeante, como de hojas que se queman lentamente. Entonces Jain Snow canta.

Y yo la lleno de ellos. Y se la devuelvo a ellos.

Espacio y tiempo medidos en mi corazón.

X

Por la tarde.

Jain hace un amplio gesto circular.

—Aquí es donde yo crecí.

Las montañas me impresionan.

—¿Aquí mismo?

Ella niega con la cabeza.

—Era muy parecido. Mi papá criaba ovejas. A unas cien millas al Norte.

—¿Pero en las montañas?

—Sí. Verdaderamente aislado. Mi papá se convenció a sí mismo de que era uno de los colonos primitivos. En realidad, era un ingeniero aeroespacial de Seattle.

El viento nos azota un momento; Jain sacude la cabeza para apartarse el pelo de los ojos. La cobijo entre mis brazos y envuelvo a ambos en mi abrigo.

—¿Quieres que volvamos al coche?

—Cuernos, no —dice—. A mí no puede asustarme un céfiro montañés.

Yo no estoy acostumbrado a tanto espacio abierto; me asusta un poco, aunque no voy a reconocerlo delante de Jain. Estamos más arriba del bosque

y la ladera es demasiado pelada para mi gusto. De pronto, echo de menos las redondas y boscosas colinas de Pennsylvania. Jain contempla las rocosas extensiones erosionadas por el viento y la nieve, y yo tengo la fugaz sensación de que ella también tiene miedo.

—¿Te pasa algo?

—No. Son recuerdos.

—¿Cómo es la vida en un rancho?

—No está mal, si no te gusta la gente —dice lentamente, recordando detalles—. A mi papá no le gustaba la gente.

—¿No había vecinos?

—Ni uno en veinte millas.

—¿Hermanos? —digo—. ¿Hermanas?

—Sólo mi papá.

Supongo que debo poner cara de curiosidad, porque ella aparta la vista y añade:

—Mi madre murió del tétanos en seguida de nacer yo. Fue una cosa rara. Intento cambiar de tema.

—Tu padre no vino al primer concierto, ¿verdad? ¿Vendrá esta noche?

—Ni hablar —dice—. No vino y no vendrá. No le gusta lo que hago.

No se me ocurre nada que decirle. Después de un rato, Jain me rescata.

—No es tu problema, y tampoco es el mío ya.

Algo perverso me impide abandonar el asunto.

—Así que creciste sola.

—Muy observador —dice en voz baja—. Tienes una gran habilidad para suavizar las cosas.

—Entonces no entiendo por qué sigues viniendo aquí. Debes odiar este lugar —insisto.

—¿Has visto alguna vez a alguien que padece claustrofobia meterse deliberadamente en un armario y cerrar la puerta? Si no lo combato de este modo... —Me clava los dedos en los brazos. Su expresión es fiera—. Esto ha de ser mejor que lo que hago en escena. —Se aparta de mí—. ¡Mierda! —dice—. Al infierno con todo.

Permanece de pie, inmóvil, mirando las montañas, durante varios

minutos. Cuando se vuelve hacia mí, sus ojos son más dulces y hay un tono apagado en su voz.

—Si muero... —se ríe—. Cuando muera, quiero que mis cenizas queden aquí.

—¿Cenizas? —digo, inseguro de cuál debe ser mi respuesta. *Síguete la corriente*—. Por supuesto.

—Tú —dice, señalándome—. Aquí —indica la roca.

Son palabras sencillas para dar órdenes a un niño.

—Yo —digo con una débil sonrisa.

Ahora su risa es espontánea y relajada.

—Juegos de niños. ¿Jugaste a las cosas normales cuando eras pequeño, cielo?

—A la mayoría de ellas.

Casi nunca ganaba, pero me gustaba jugar, a los juegos con muchos riesgos.

—¿Martillo, roca y tijeras?

—Claro, cuando era muy pequeño. Las rocas rompen las tijeras, las tijeras cortan el papel, el papel cubre la roca —repito la cantinela nunca olvidada.

—Vale —dice—. Vamos a jugar.

Debo poner cara de duda.

—Rob —dice, en tono de advertencia.

—De acuerdo.

Extiendo la mano derecha.

—Uno, dos, tres —dice Jain.

Al decir «tres», cada uno levanta la mano derecha. La suya es un puño apretado: una piedra. Mis dos primeros dedos forman las hojas de una tijera.

—¡Gano! —cacarea, encantada.

—¿Qué ganas?

—A ti. Sólo por un rato.

Toma mis manos y las pone sobre su cuerpo.

—¿Aquí mismo, en la montaña? —digo.

—Yo pertenezco a una raza de pioneros. Pero tú... —Se encoge de

hombros—. ¿Demasiado delicado?

Me río y la estrecho contra mí.

—Sólo que... —vacila—. No como las otras veces. No te tomes esto en serio, ¿vale?

En mi deseo olvido las otras ocasiones.

—Vale.

Cada uno de nosotros añade su placer al otro, y es mejor que las otras veces. Pero, incluso cuando llega, mira fijamente a través de mí, y yo me pregunto qué cara está viendo; no, ni siquiera eso: cuántas caras estará viendo. *Ningún hombre puede llenarme como lo hacen ellos, cielo.*

Y entonces yo también llego y, brevemente, nada importa.

Mi abrigo largo nos envuelve a los dos, y nos miramos a pocos centímetros.

—Tanta pasión, Rob... Parece aumentar.

Recuerdo la prohibición.

—Tú sabes por qué.

—¿De verdad te gusto tanto?

El personaje de la niñita.

—De verdad.

—¿Qué harías por mí, si yo te lo pidiera?

—Cualquier cosa.

—¿Matarías por mí?

—Seguro —digo.

—¿De verdad?

—Desde luego —sonríó—. Yo también sé jugar.

—Esto no es un juego.

Mi rostro debe de traicionar mi confusión. No sé cómo debo reaccionar.

Su expresión pasa de golpe a la tristeza.

—Tú eres tijeras, Robbie. Metal frío y brillante. ¿Cómo puedes esperar cortar la piedra?

¿Lo desearía yo?

XI

Las cosas empeoran.

¿Es, simplemente, que me estoy cociendo en mi propia salsa, o es que estamos explorando un punto no alcanzado en ninguna actuación? No tengo tiempo de preocuparme por ello; manejo la consola como si fuera el teclado del sintetizador de Nagami.

Tómalo

Cuando puedas conseguirlo

Donde puedas conseguirlo

Jain se balancea y la multitud se balancea, Jain se lanza y la multitud se lanza. Es un solo acto gigantesco. Es como si un temblor de tierra sacudiera la Cordillera Frontal.

Un chisporroteo en mi auricular.

—¿Qué diablos pasa, Rob? Estoy vigilando la estimulación. Estás oscilando del cero al infinito.

—Estoy tratando de equilibrarlo —digo, y desplazo algunas palancas—. ¿Algo mejor?

—Por lo menos no está peor —dice el técnico. Hace una pausa—. ¿Puedes lograr la culminación?

La culminación. La curva ascendente cuidadosamente calculada y precisa que conduce al clímax. El Gran Número. He mantenido las bandas de estimulación constantes durante los tres últimos números.

—Ahora viene —digo—. Hay tiempo.

—Vas a tener un lío gordo en Nueva York, si no lo hay —dice el técnico—. Quiero registrar una subida. Ya.

—Vale —digo.

Ámame

Cómeme

Toda entera.

—Eso está mejor —dice el técnico—. Pero sigue subiendo. Sólo registro un sesenta por ciento.

Claro, animal. No es tu cerebro el que se está abrasando por la transmisión de este millón de extraños. Me sorprende mi propia violencia. Pero elevo la estimulación a setenta. Entonces, Nagami entra en una exhibición de sintetizador, y Jain retrocede contra una fila vertical de amplificadores.

—¿Robbie? —la voz llega a mi oído izquierdo, por el circuito interno de comunicaciones reservado exclusivamente para el intérprete y yo.

—Aquí estoy, Jain.

—No lo estás intentando, cielo.

La miro a través del escenario y ella me devuelve la mirada. Sus ojos relampaguean como esmeraldas en la onda de color del generador de Hollis. Ella no vocaliza para que sus labios no se muevan.

—Lo digo en serio.

—Este es un nuevo campo —contesto—. Nunca hemos tenido un millón de personas.

Sé que ella piensa que es una excusa.

—Eso es —dice—. Esta es mi noche. ¿Me ayudarás?

Yo sabía que la cuestión surgiría, pero no sabía quién la plantearía, si ella o yo. Mi vacilación dura mucho más en mi cabeza que en el tiempo real. *Tanta pasión, Rob... Parece aumentar. ¿Matarías por mí?*

—Sí —digo.

—Entonces, te quiero —y corta, porque el solo termina y ella tiene que volver a entrar en foco.

De mala gana, toco los mandos y pongo la estimulación a setenta y cinco. Hay cincuenta bandas conectadas. *Jain, ¿me querrás si no lo hago?*

Una mirada amarga.

Ochenta. Meto cinco bandas más. Sólo quedan cinco. La multitud la está recibiendo casi entera. Y, por supuesto, lo mismo en sentido opuesto.

Una palabra halagadora.

Desde la primera vez que la oí en Washington, esta canción es la que más me gusta. Oprimo más botones. Ochenta y dos. Ochenta y cinco. Sé que el

técnico debe de estar contento observando los medidores.

Un beso.

Ya están conectadas las últimas bandas. *Bueno, ya estáis percibiendo la totalidad de ella, desde el alimento que hay en su intestino hasta sus temores infantiles, más profundamente enterrados, de una casa vacía llena de ecos.*

Noventa.

Una espada.

Y la canción acaba, con un último acorde descendente, pero su cuerpo continúa moviéndose. Para ella sigue habiendo música.

En el circuito de comunicación el técnico aúlla:

—¡Idiota! Estoy leyendo noventa. Noventa, maldita sea. Todavía falta un número.

—Sí —digo—. Lo siento. Sólo intentaba ganar el tiempo perdido.

Él sigue gritando y yo no contesto. En el escenario, Nagami y Hollis se miran e intercambian gestos con el resto del grupo, luego Moog índigo inicia el último número casi sin pausa. Jain se vuelve hacia el lado donde yo estoy y me dedica una dulce sonrisa. Entonces, de cara al público, entra en la canción con la que siempre termina sus conciertos, el número que realmente la hizo famosa.

Lléname como las montañas.

Noventa y cinco. Sólo queda un pequeño recorrido en las muescas de la consola.

La voz del técnico suena espantada.

—¿Te has vuelto loco, Rob? Aquí dice noventa y cinco; la aguja está a punto de saltar. Baja a noventa.

—¿Cómo? —digo—. Hay interferencias. Repite, por favor.

—¡Digo que bajas! No lo queremos por encima de noventa.

Lléname como el mar.

Jain se remonta hacia el clímax. Yo avanzo las palancas a tope. La multitud está en pie; nunca he tenido tanto miedo en mi vida.

—¡Rob! Te juro que estás loco...

No sé cómo, también Stella está en la línea de comunicación.

—¡Cabrón! Le has hecho daño... Jain abre los brazos bruscamente. Su

espalda se arquea de un modo imposible.

Toda entera.

Cien.

No puedo racionalizar electrónicamente lo que sucede. No puedo imaginar el afecto y el odio y la lujuria y el temor que entran en ella como un torrente y luego fluyen hacia fuera. Pero veo que la malla-antena que envuelve su cuerpo desnudo se pone incandescente hasta lanzar un destello actínico, y cierro los ojos.

Cuando los abro de nuevo, Jain es una cáscara ennegrecida que se tambalea hacia el frente del escenario. Su cuerpo cae por el borde, sobre la primera fila de espectadores.

La multitud sigue pensando que esto forma parte del montaje, y les encanta.

EN CARNE EXTRAÑA

Gregory Benford

I

—oleaje verde, lamiendo, refrescando—

La mano de Reginri se agitó convulsivamente sobre las sábanas. Tenía los ojos cerrados.

—monedas de plata deslizándose y girando en el cielo jaspeado, eclipsando el sol—

Las sábanas eran un pantano movedizo. Él se retorció en su presa.

—una canción armoniosa, frescos riachuelos cosquilleantes bañando su piel—

Abrió los ojos.

Un rayo amarillo del sol vespertino atravesaba la habitación; las motas de polvo flotaban en él. Jadeó con aspiraciones cortas. Belej estaba de pie junto a la cama.

—Han vuelto otra vez, ¿no? —dijo, casi en un susurro.

—Sí... sí —tenía la garganta seca y tensa.

—Esto no puede continuar, querido. Pensamos que podrías dormir mejor de día, cuando todo el mundo está en los campos, pero...

—Tengo que salir de aquí —masculló él.

Se levantó de la cama y se puso el traje de faena negro. Belej permaneció en silencio, parpadeando rápidamente y mordiéndose el labio inferior. Reginri se abrochó las botas y salió de la habitación dando un portazo. Sus pasos resonaron en el entarimado. Ella escuchó cómo se apresuraba por el vestíbulo. Se detuvo; retornó el asfixiante silencio. Luego, la puerta exterior chirrió y se cerró con un golpe.

Ella se precipitó tras él.

Le alcanzó cerca del borde del cañón, a cien metros de las cabañas de troncos. Él la miró. Se mesó el enredado cabello y encorvó los hombros.

—Esta ha sido malísima —dijo, sin entonación.

—Si siguen empeorando...

—No será así.

—Eso esperamos. Pero no lo sabemos. Si yo entendiera de qué tratan...

—No puedo describirlo. Son diferentes cada vez. La *sensación* parece la misma, aunque... —Su voz había recobrado algo de animación—. Es difícil.

Belej se sentó cerca del borde del cañón.

Le miró. Sus cejas se fruncieron sobre los grandes ojos oscuros.

—De acuerdo —dijo, con un súbito cambio anímico, la voz más cortante—. Uno, no sé de qué tratan tus pesadillas. Dos, no sé cuál es la causa. Esa horrible expedición en la que fuiste, supongo, pero ni siquiera estás seguro de eso. Tres, no sé por qué insististe en unirme a esa asquerosa expedición...

—Ya te lo he dicho, diablos. Tenía que ir.

—Querías más dinero —dijo Belej en tono apagado. Apoyó la barbilla en su diminuta mano.

—No era *más* dinero, era *algún* dinero.

Miró ceñudo el abrupto cañón a sus pies. La actitud de ella, tranquila y acusadora, le irritaba.

—Eres cortador de vainas. Podías haber encontrado trabajo.

—Era mala época. Fue el año pasado, recuérdalo. Las tarifas no eran buenas.

—Pero tú ya habías oído hablar de ese Sasuke y ese Leo, sabías lo que la gente decía de ellos...

—Vanleo, así es como se llama. No Leo.

—Bueno, como sea. No tenías por qué trabajar para ellos.

—No, claro que no —dijo, furioso—. Podría haberme partido el espinazo en la sementera en la época de la siembra, doce horas diarias por treinta unidades de pago, como máximo. Y cuando me cansara de eso, o me rompiera una pierna, quizá podría haberme contratado para moldear circuitos, como un vago. —Cogió una piedra y la arrojó lejos—. Una vida estupenda.

Belej calló durante un rato. Al extremo opuesto del cañón, por entre los picos más altos, aparecía una neblina rosada que empezaba a descender, adquiriendo velocidad. Zeta Retículi todavía estaba alto en el vetado cielo azul, pero ya se levantaba cierto frío del cañón. El viento tenía un toque acre.

Él frunció la nariz. Dentro de una hora tendrían que meterse en casa. La

ligera neblina rojiza se espesaría. Era buena para la flora del Norte de Persenuae, pero para los pulmones humanos era irritativa.

Belej suspiró.

—Sin embargo —dijo suavemente—, no estabas obligado a ir. Si hubieras sabido cómo iba a ser...

—Sí —dijo él, y sintió un vuelco en el estómago—. Si alguien lo hubiera sabido.

II

Al principio no fue el Drongheda lo que le resultó inquietante. Fue la propia playa y, sobre todo, las olas.

Lamían sus pies con una lenta y absorbente energía, minando la gruesa arena bajo sus botas. Empezaban como pequeñas ondas que venían del gris horizonte y llegaban sibilantes hasta la playa negra. Reginri observó que una se rizaba en verdosa espuma más lejos; la marea estaba bajando.

—¿Por qué son tan lentas? —preguntó.

Sasuke levantó la vista de las bolsas.

—¿Qué?

—¿Por qué tardan tanto las olas?

Sasuke se detuvo un momento para contemplar el pesado oleaje, salpicado de algas amarillas. Alguna que otra ola más grande rompía contra las agudas rocas de lava, más lejos.

—Nunca me paré a pensarlo —dijo Sasuke—. Supongo que será porque hay menos gravedad.

—Humm —Reginri se encogió de hombros.

Un pez espumadera saltó fuera del agua para coger algo en el aire. Por algún motivo, la escasa densidad de las olas le ponía nervioso. Se estiró, inquieto, dentro de su traje-funda.

—Sospecho que el simulador no le prepara a uno para todo —dijo.

Sasuke no le oyó; estaba desplegando los descohesores, los carretes y los

otros aparatos.

Reginri no pudo posponerlo más; sacó unos binoculares y miró al Drongheda.

Al principio parecía una roca marrón pulida por el agua e intemporal. Y los informes eran correctos: se movía hacia tierra. Se elevaba como una enorme ampolla en el mar ondulado. Frunció los ojos, tratando de ver el oscuro círculo del orificio. Sí, allí, una mancha borrosa bordeada de un rojo moteado. En el centro, más oscura, se veía la entrada. Parecía increíblemente pequeña.

Bajó los binoculares, parpadeando. Zeta Retículi ardía en el plano horizonte, un fiero punto naranja que atravesaba el delgado aire del planeta.

—Dios, qué bien me vendría un cigarrillo —dijo Reginri.

—De eso nada, necesitarás estar lúcido allí dentro —replicó Sasuke secamente—. Además, en estos trajes no hay salida para el humo.

—Es cierto.

Reginri se preguntó si el maldito dinero compensaba todo esto. Allí en Persenuae —miró el cielo amoratado y lo encontró, un brillo perlado cerca de Zeta— le había parecido una buena oportunidad, un puñado de dinero rápido y fácil, una especie de excursión científica con un toque de aventura. Mejor que el trabajo agrícola, sin duda. Mucho mejor que ningún otro trabajo que pudiera lograr con su limitada preparación, sus conocimientos superficiales de electrónica y técnicas de fabricación. Incluso sabía algo de matemáticas, aunque no suficiente para que eso pesara. Y en este trabajo no importaba, le había dicho Sasuke, a pesar de que las matemáticas eran la clave del asunto.

Sonrió para sí mismo. Era curioso pensar que unos garabatos en una página fueran un artículo comercial, algo a cambio de lo cual la gente de la Tierra estuviese dispuesta a mandar un montón de microelectrónica y células de bioingeniería...

—Podías echar una mano, ¿no? —dijo Sasuke ásperamente.

—Perdona.

Reginri se arrodilló y ayudó al hombre a extender los hilos del descohesor y comprobar las conexiones. En la parte alta de la playa, más allá de la primera línea de pálidas dunas, estaban los aparatos electrónicos

empaquetados, y la tripulación, ya en sus puestos, que vigilaría mientras él y Vanleo estaban dentro.

Mientras los dos hombres desenrollaban los cables, desenredando los hilos y comprobando los contactos, Reginri echaba ojeadas al Drongheda. Era inmenso, mucho mayor de lo que había imaginado. Las 3D no transmitían la impresión masiva que daba la cosa real. Flotaba en el agua poco profunda, a una distancia de no más de doscientos metros.

—Se ha parado —dijo Reginri.

—Claro. Seguramente estará ahí durante días.

Sasuke habló sin levantar la vista. Insertó su explorador de diagnóstico en cada agujero, observando atentamente los medidores. Era metódico, seguro de sí; exactamente el hombre adecuado para manejar la parte técnica, pensó Reginri.

—Esa es la cuestión, ¿no? Quiero decir que la cosa se va a estar quieta.

—Seguro.

—Eso dices tú. No se va a dar vuelta mientras estamos dentro porque nunca lo ha hecho.

Sasuke dejó de trabajar y puso mala cara. A través de la burbuja de su casco, Reginri vio que el hombre tenía los labios apretados.

—A todos os entra el tembleque en la playa. No falla. La última tripulación que tuve aquí empezó a cagarse en los pantalones en el mismo momento en que vieron un Drongheda.

—Para ti es fácil hablar. Tú no vas a entrar.

—Yo ya he estado dentro. Tú, no. Haz lo que te digamos Vanleo y yo, y no te pasará nada.

—¿Es eso lo que le dijisteis al último tipo que trabajó para vosotros?

Sasuke le miró.

—¿Kaufmann? ¿Has hablado con él?

—No. Un amigo mío le conoce.

—Tu amigo tiene malas compañías.

—Sí, incluido yo.

—Quiero decir...

—Kaufmann no se retiró porque sí, ¿sabes?

—Era un cobarde —dijo Sasuke firmemente.

—Lo que él dijo es que no era lo bastante tonto para seguir trabajando como vosotros queréis. Con este equipo.

—No hay otra manera.

Reginri señaló hacia el mar.

—Podías poner algo automático dentro. Instalar un sensor.

—¿Que pueda transmitir a través de treinta metros de grasa animal? ¿De toda esa carne? ¿Con precisión? ¿Con alta frecuencia? ¡Ja!

Reginri se calló. Sabía que no era sensato presionar a Sasuke de ese modo, pero los rumores que había oído de Kaufmann le inquietaban. Miró hacia la tierra sin vida. Vanleo se había detenido para inspeccionar algo, arrodillado en la arena dura. Probablemente estaba estudiando una piedra; nada vivo andaba o se arrastraba por esta playa.

Reginri se encogió de hombros.

—Eso lo entiendo, pero ¿por qué tenemos que quedarnos dentro tanto tiempo? ¿Por qué no entramos, instalamos los descohesores y nos salimos?

—No se mantendrían en su sitio. Si el Drongheda se mueve, aunque sea un poco, se saldrían.

—No los hagas tan condenadamente delicados.

—No puedes fijarlos con alcayatas. Lo que buscamos es un centro nervioso, no una conexión estafónica.

—Así que tengo que cuidarlo. ¿Sentarme en esa enorme tripa y sudar la gota gorda?

—Para eso te pagan —dijo Sasuke en tono cortante.

—Puede que no lo suficiente.

—Mira, si te vas a poner...

Reginri se encogió de hombros.

—Vale. Yo no soy un experto en esto. Vine, principalmente, para ver al Drongheda. Pero, una vez que lo miras, vuestros aparatos electrónicos parecen bastante inadecuados. Y si esa cosa decide estrujarme...

—No lo hará. Nunca lo ha hecho.

Por los auriculares les llegó un breve ladrido. Era la risa de Vanleo que resonaba dentro de sus cascos. Vanleo se acercó, dando suaves zancadas a lo

largo de la orilla.

—Nunca ha sucedido, ¿y por eso no sucederá? Mala lógica. Sólo porque una serie tenga muchos elementos no significa que sea infinita. Ni que converja.

Reginri sonrió, contento de que el otro hombre hubiese vuelto. Había en Sasuke algo despiadado que le ponía los pelos de punta.

—Amigo Sasuke, no le ocultes a este muchacho lo que ambos sabemos. —Vanleo le palmeó la espalda a Sasuke jovialmente—. Los Drongheda son una cifra. Brillantes, misteriosos y vastos intelectos... y es presunción decir que los entendemos. Lo único que podemos comprender son sus matemáticas; quizá sea lo único que ellos desean que veamos.

Una luminosa sonrisa arrugó su rostro. Se volvió y estudió los cables que se extendían desde las dunas hasta el oleaje.

—Parece que está bien —dijo—. Está bajando la marea.

Se volvió bruscamente hacia Reginri y le miró a los ojos.

—¿Has recobrado el valor, chico? Estaba oyéndote por los auriculares.

Reginri se removió, incómodo. Sasuke era irritante, pero, al menos, sabía cómo tratarle. Vanleo, sin embargo... de algún modo, la mirada firme y penetrante de Vanleo le trastornaba. Reginri miró al Drongheda y sintió un terror creciente. En un impulso, se dirigió a Vanleo y dijo:

—Creo que me quedaré en la playa.

El rostro de Vanleo se congeló. Sasuke emitió un sonido bronco y *empezó a decir*:

—Otro maldito...

Pero Vanleo le interrumpió con un brusco movimiento de la mano.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vanleo suavemente.

—Yo... no me apetece entrar ahí.

—Ah, ya veo.

—Quiero decir no sé si esa cosa se va a... bueno, es la primera vez que lo hago y...

—Ya.

—Verás, saldré con vosotros, desde luego. Me quedaré en el agua y cuidaré de que los cables no se enreden... ya sabes, lo que tú ibas a hacer.

Eso me dará la oportunidad de acostumbrarme a este trabajo. Luego, la próxima vez...

—Pueden pasar años.

—Bueno, sí, pero...

—Estás poniendo en peligro el éxito de toda la expedición.

—No tengo experiencia. ¿Qué pasa si...?

Reginri se calló. Vanleo tenía la lógica de su parte, él lo sabía. Este era el primer Drongheda que habían podido alcanzar en más de dos años. Muchos de ellos flotaban por la abrupta costa, bordeando los bajíos. Pero la mayoría sólo se quedaban un día o dos. Este era el primero en mucho tiempo que se había encallado en un banco de arena bajo y protegido. El satélite lo había localizado, y había registrado sus movimientos regulares que seguían las mareas. Vanleo recibió la señal, alertó a Reginri y a la tripulación de guardia, y partieron de Persenuae en un elevador rápido.

—Una patada en el culo es lo que le está haciendo falta —dijo Sasuke de pronto.

Vanleo negó con la cabeza.

—Yo creo que no —dijo.

El desprecio en la voz de Sasuke fortaleció la resolución de Reginri.

—No voy a entrar.

—¿No? —Vanleo sonrió.

—Demándame por incumplimiento de contrato cuando volvamos a Persenuae, si quieres. No voy a hacerlo.

—Oh, haremos mucho más que eso —dijo Vanleo, sin darle importancia—. Cargaremos la pérdida económica de la expedición sobre tus hombros. No hay duda de que es culpa tuya.

—Yo...

—Así que nunca volverás a cobrar tu sueldo completo, *nunca* —continuó Vanleo tranquilamente.

Reginri movió los pies, nervioso. En la voz de Vanleo había una cuidadosa y controlada seguridad que daba mayor peso a sus palabras. Y detrás de la firmeza de aquellos ojos, Reginri entrevió algo más.

—No sé —respiró profundamente, tratando de aclarar sus ideas—.

Supongo que estoy un poco aturdido.

Titubeó y luego farfulló, lleno de autodesprecio:

—Creo, creo que no me pasará nada.

Sasuke asintió, conteniendo su lengua. Vanleo sonrió con animación.

—Estupendo. Estupendo. Entonces, olvidaremos este pequeño incidente, ¿de acuerdo?

Bruscamente, se volvió y se alejó por la playa. Sus pasos eran decididos, casi saltarines.

III

Una ardilla aérea se deslizó con los vientos de la tarde. Se lanzó por el borde del cañón, parloteando nerviosamente, y luego regresó a la seguridad de los arbustos. Los dos humanos la observaron mientras rompía perezosamente una vaina de semillas y se las comía.

—No entiendo por qué no lo dejaste entonces —dijo Belej, al fin—. Allí mismo. En la playa. No hubieran ganado el pleito, no, estando los otros tripulantes que podían testificar en tu favor.

Reginri la miró sin expresión.

—Imposible.

—¿Por qué? Habías visto esa cosa. Te dabas cuenta de que era peligrosa.

—Eso ya lo sabía antes de salir de Persenuae.

—Pero no la habías *visto*.

—¿Y qué? Había firmado un contrato.

Belej sacudió la cabeza, con impaciencia.

—Recuerdo que me dijiste que era una especie de pez grande. Eso es todo lo que dijiste la noche antes de irte. Podías argüir que no habías comprendido el peligro...

Reginri hizo una mueca.

—Un pez, no. Un mamífero.

—Qué más da. Como otros peces que había allá en la Tierra, me dijiste.

—Como las ballenas jorobadas, las azules, las de aleta y los cachalotes —dijo él lentamente—. Antes de que los hombres las exterminaran, ya habían empezado a sospechar que las azules quizá fueran inteligentes.

—Sin embargo, las ballenas no eran matemáticas, ¿verdad?

—Nunca lo sabremos.

Belej se recostó sobre la tupida hierba castaña. El viento agitó suavemente mechones de su cabello negro.

—Ese Leo te mintió acerca de la cosa, ¿no?

—¿En qué?

—Diciéndote que no era peligrosa.

Él se sentó erguido y se abrazó las rodillas.

—Me dio algunos papeles científicos. La mayoría de ellos no los leí... diablos, estaban llenos de palabras que yo no sabía, términos raros. Eso es lo que tú no entiendes, Belej. No sabemos mucho sobre los Drongheda. Solamente que tienen pulmones y una columna vertebral y que vienen a la orilla cada pocos años. Por qué lo hacen o por qué son inteligentes... Vanleo llevaba treinta años estudiando eso. Tienes que darle crédito...

—Por arrastrarte a eso. ¡Ja!

—Los Drongheda nunca han hecho daño a nadie. Al parecer, sus ojos no nos perciben. Probablemente, ni siquiera saben que estamos allí, y los simples intentos de Vanleo para comunicar, fallaron. El...

—Si un gigante ciego bien intencionado se te cae encima —dijo ella— te aplasta igual.

Reginri bufó despectivamente.

—El Drongheda mantiene el equilibrio sobre unas aletas ventrales. Así es como se mantiene derecho en los bancos de arena. Las ballenas no podían hacerlo, ni...

—¡No me escuchas! —le lanzó una mirada de exasperación.

—Te estoy contando lo que ocurrió.

—Sigue, entonces. No podemos quedarnos aquí mucho más tiempo.

Él contempló las agrietadas paredes del cañón. Árboles frutales de color verde amarillento salpicaban las rocas. La neblina rosada se iba condensando y descendiendo lentamente por el fondo del cañón, oscureciendo los detalles.

La vida aérea que coloreaba las nubes cubriría los árboles correosos y desencadenaría los lentos ritmos de la vida estacional. Parte de los perezosos e inevitables procesos de Persenuae, pensó.

—La niebla parece muy densa —reconoció.

Miró las cabañas de troncos, que eran las viviendas comunales. Se confundían con el fondo de tupidas hierbas.

—Dime —insistió ella.

—Bueno, yo...

—Me despiertas continuamente con tus pesadillas. Tengo derecho a saber. Esto ha cambiado nuestras vidas. Yo...

Él suspiró. Iba a ser difícil.

—De acuerdo.

IV

Vanleo le dio una palmada en la espalda a Reginri y los tres hombres se pusieron a trabajar. Cogieron un carrete de cable cada uno y comenzaron a caminar hacia atrás, llevándolos al agua. Reginri observaba cuidadosamente a los otros y les seguía, dejando que el cable se desenrollara suavemente. Estaba tan atento a su trabajo que apenas notó la envolvente humedad que se arremolinaba alrededor de él. El portaoxígeno era un peso muerto en su espalda, pero una vez que el agua le llegó a la cintura, resultó más fácil maniobrar, y pudo concentrarse en algo que no fuera conservar el equilibrio.

El fondo del mar era claro y suave, entreverado de filamentos metálicos como de plata opaca. No eran de metal, sin embargo; era un planeta curiosamente escaso en elementos pesados. Puede que ésa fuera la razón de que la vida terrestre jamás hubiera arraigado aquí, y las islas-continentes que salpicaban el océano eran tristes y polvorientos desiertos. Más probablemente, el hecho de que este helado mundo fuese pequeño y alejado del sol lo convertía en un lugar demasiado hostil para la vida terrestre. En Persenuae, que estaba más próximo, en la dirección de Zeta, prosperaban

tanto las especies indígenas como las importadas, pero este mundo sólo tenía criaturas marinas. Un curioso planeta, éste; un punto de encuentro teórico en algún lugar entre los clásicos sistemas de la Tierra y de Marte. Lo bastante grande para tener volcanes, y por lo tanto, océanos, pero con un aire irrespirable extrañamente alto en dióxido de carbono y bajo en oxígeno. Quizás la rueda de la evolución no había dado suficientes vueltas aquí, y algún día, los pequeños peces —o incluso el propio Drongheda— evolucionarían tierras adentro.

Pero puede que el Drongheda estuviera evolucionando *ya* en inteligencia, pensó Reginri. Estas criaturas parecían satisfechas con nadar en el océano, tejiendo problemas cristalino-matemáticos para su propio placer. Y por algún motivo habían respondido la primera vez que Vanleo les puso un sensor electrónico en un nexo nervioso. Las criaturas difundieron extensos dominios de arte matemático que tuvieron a miles de humanos trabajando para descifrarlos, para explorar un tapiz de fríos teoremas y referentes entrelazados; buscando los rápidos axiomas que conducen a nuevos caminos, los silenciosos lagos de geometría y las intrincadas pirámides de líneas y ángulos, acotando una selva de números.

—¡Cuidado! —gritó Sasuke.

Reginri se afirmó y la ola rompió sobre él, salpicando su visor de espuma verde.

—Aquí hay resaca —avisó Vanleo—. Disminuirá pronto.

Reginri se mantuvo firme contra la resaca, con las rodillas flojas y flexibles para conservar el equilibrio. Bajo sus botas sintió el resbalar de la arena sobre la roca pulida. El carrete de cable estaba casi desenrollado.

Se volvió para maniobrar y, repentinamente, a un lado, vio un inmenso muro marrón. Se elevaba muy por encima de las grises olas que batían contra su base. Reginri sintió un agobio en el pecho al contemplar al Drongheda.

Su costado estaba delicadamente jaspeado en oro y verde. Las branquias dorsales eran como negras cuchilladas que se curvaban hacia el costado, formando profundas hendiduras aceitosas.

Reginri se puso el carrete de cable bajo el brazo y, temerosamente, tendió la mano para tocarlo. Lo empujó varias veces como prueba. Cedía

ligeramente, con una blanda resistencia de goma.

—¡Cuidado con la cola! —gritó Vanleo.

Al volverse, Reginri vio una larga aleta negra emerger del agua a cincuenta metros. Rozó la superficie lánguidamente, con un ruido audible a través del casco, y luego se sumergió.

—Se está acomodando —dijo Vanleo para tranquilizarle—. A veces lo hacen.

Reginri miró ceñudo el punto donde había emergido la cola. Profundas corrientes ascendían hasta la superficie y rizaban el agua.

—Trae tu cable hacia aquí —dijo Sasuke—. He clavado el asta de amarre.

Reginri soltó el resto del carrete y aún le quedaba algo cuando llegó hasta Sasuke. Vanleo sostenía un largo tubo en posición vertical dentro del agua. Apretó un gatillo y Reginri pudo oír a través de sus auriculares un sonido ahogado. Comprendió que Vanleo estaba disparando clavijas a las rocas del fondo para sujetar con ellas los cables y los conectores. Sasuke tendió las manos y Reginri le dio el carrete de cable.

Era más fácil sostenerse aquí; el Drongheda les protegía de la mayoría de las olas y la resaca había disminuido. Durante un rato Reginri no tuvo nada que hacer, excepto observar cómo los dos hombres fijaban las conexiones y montaban los hilos del descohesor. Finalmente, Sasuke le hizo señas de que se diera la vuelta, y cuando se volvió de espaldas, le sujetaron los cables a la mochila.

Reginri observó nerviosamente al Drongheda por si daba señales de movimiento, pero no vio nada. Las estrías ventrales formaban un complicado dibujo en el costado, y pasaron varios segundos antes de que se le ocurriera mirar hacia arriba para encontrar la cavidad. Era un agujero bordeado de rojo, más oscuro que el marrón moteado que lo rodeaba. Las estrías ventrales trazaban una hélice alrededor de la cavidad y luego se arqueaban descendiendo hacia una mancha curiosamente vetada, del mismo tamaño, más o menos, que la cavidad.

—¿Qué es eso? —preguntó Reginri, señalando la mancha.

—No sé —dijo Vanleo—. Parece más blando que el resto del cuerpo, pero no es un orificio. Todos los Drongheda la tienen.

—Parece un verdugón o algo así.

—Umm —murmuró Vanleo, distraído—. Será mejor que te alcemos dentro de un minuto. Yo voy a pasar al otro lado. Hay otra cavidad, un poco más arriba respecto a la línea de flotación. Yo entraré por ésa.

—¿Cómo subo?

—Con trepadores —murmuró Sasuke—. Aquí hay poca profundidad.

Tardaron varios minutos en fijar los trepadores a las botas de Reginri. Se apoyó contra el Drongheda y trató de prepararse mentalmente para lo que le esperaba. El mar le abrazaba, lamiendo su traje-funda. Sintió un estremecimiento de expectación.

—Arriba —dijo Sasuke—. Arrodiállate en mis hombros y asegúrate de que los trepadores están bien clavados antes de apoyarte en ellos. Una vez dentro, haz lo que te digamos y todo irá bien.

V

Vanleo le sujetó mientras él se subía a la espalda de Sasuke. Pasaron algunos momentos antes de que Reginri lograra clavar los trepadores en el duro y rugoso costado.

Agradeció la escasa gravedad. Se izó fácilmente, en cuanto aprendió el truco, y sólo tardó unos minutos en trepar los diez metros que le separaban del borde de la cavidad. Allí, se detuvo a descansar.

—No ha sido tan difícil como pensaba —comentó.

—Buen chico —Vanleo le saludó desde abajo—. Mantente sereno y estarás bien. Te daremos una señal por la línea de comunicación cuando debas salir. Esta vez no será más de una hora, probablemente.

Reginri se balanceó en la boca del orificio y respiró hondo varias veces, saboreando el aire aceitoso. A lo lejos, las olas grises rompían en la orilla. El Drongheda se elevaba como una burbuja sobre el rizado mar. Un banco de niebla descendía sobre la costa. En él flotaba una forma borrosa. Reginri entrecerró los ojos para ver mejor, pero la niebla difuminaba los contornos

del objeto y lo hacía ondular. ¿Otro Drongheda? Miró de nuevo, pero la forma desapareció entre la blanca niebla.

—Date prisa —dijo Sasuke desde abajo—. No nos moveremos de aquí hasta que estés dentro.

Reginri se inclinó sobre el carnosos reborde y tiró de los oscuros pliegues que bordeaban la cavidad. Advirtió que había unos finos hilos brillantes todo alrededor de la entrada. ¿Una boca? ¿Un ano? Vanleo había dicho que no; los científicos que vinieron a estudiar a los Drongheda habían trazado su aparato digestivo de forma aproximada. Pero no tenían ni idea de cuál era la función del orificio. Fue precisamente para descubrir esto por lo que Vanleo entró en uno la primera vez. Ahora la teoría de Vanleo era que el orificio constituía el medio de comunicación de los Drongheda, ya que, de lo contrario, ¿por qué estaban los centros nerviosos tan cerca de la superficie? Quizá en las profundidades del lóbrego océano, los Drongheda se hablaban por medio de estos orificios, en vez de cantar, como las ballenas. Los hombres no habían captado señales bioacústicas en los bancos de Dronghedas que habían observado, pero esto no significaba mucho.

Reginri se impulsó hacia dentro a través del iris de esponjosa carne, e inmediatamente se vio envuelto en la oscuridad. La luz de su traje se encendió. Se hallaba en una funda de carne con unos dos palmos de espacio a cada lado. El túnel bostezaba ante él, absorbiendo la débil luz. Encogió las rodillas y se empujó hacia arriba por la ligera pendiente.

—El equipo electrónico informa que el contacto con las líneas de tu descohesor es bueno. ¿Esta comunicación te llega bien? —la voz de Sasuke sonó alta y aguda en el oído de Reginri.

—Parece que sí. Esto es condenadamente estrecho.

—A veces es más pequeño cerca de la abertura —intervino Vanleo—. No tendrás que trepar mucho... la mayoría de los orificios quedan bastante horizontales cuando el Drongheda está en esta posición.

—Es tan justo que va a ser difícil arrastrarse cuesta arriba —dijo Reginri, con cierta vacilación en la voz.

—No te preocupes por eso. Sigue avanzando y busca los puntos nerviosos —Vanleo hizo una pausa—. Saca los contactos de tus descohesores,

¿quieres? Acabo de recibir una llamada de los técnicos; quieren comprobar las conexiones.

—Sí —Reginri palpó en su vientre—. No encuentro...

—Están ahí mismo, exactamente como en el entrenamiento —dijo Sasuke, cortante—. Despréndelos.

—Ah, sí —Reginri tanteó torpemente durante un momento hasta que encontró los dos cilindros metálicos. Los soltó del traje y encajó uno en otro—. Ya.

—Vale, vale, reciben el rastro —dijo Vanleo—. Parece que todo está listo.

—Ya era hora —dijo Sasuke—. Vamos allá.

—Vamos a pasar al otro lado. Si ves algo, comunícanoslo —Reginri oyó que la respiración de Vanleo se hacía más rápida—. Cómo tira esta corriente. Ah, ahí está la otra cavidad.

Los dos hombres siguieron hablando mientras ponían el equipo de Vanleo en condiciones. Reginri prestó atención a lo que le rodeaba y reptó cuesta arriba, gruñendo. Mantuvo un esfuerzo constante, impulsándose contra la materia pulposa. Aquí y allá había pliegues escamosos que le servían de asideros. Las membranas como de cera no reflejaban la luz de su traje. Hincaba los talones y se impelía, resbalando a veces en unas manchas de líquido rosado que se acumulaba en las paredes del túnel.

Al principio el túnel se ensanchaba ligeramente, facilitándole el paso. Avanzó bastante, adquiriendo un ritmo regular de impulso. Rodeó un enorme músculo azulado vetado de líneas naranja.

Incluso a través del traje percibía un calor palpitante. La temperatura interna del Drongheda era quince grados inferior a la del cuerpo humano, a pesar de lo cual le penetraba un calor opresivo.

Más adelante había una cosa negra. Tendió las manos y tocó algo como de goma que parecía bloquear el orificio. La luz del traje reveló una barrera de un rosa lechoso. Se abrió paso reptando y palpó los bordes de la masa. A la derecha había una abertura más pequeña. Se dio la vuelta, flexionó las piernas y se introdujo por el nuevo camino. Vanleo le había dicho que era posible que el túnel cambiara de dirección, y eso significaba que,

probablemente, se estaba acercando a un nexo. Reginri esperaba que así fuera.

VI

—¿Todo bien? —la voz de Vanleo le llegó distante.

—Creo que sí —jadeó Reginri—. Estoy en el borde. Voy a entrar ahora.

Oía los sonidos ahogados de un hombre trabajando, pero los bloqueó mentalmente para concentrarse en lo que estaba haciendo.

Aquí las paredes relucían con un lustre de carne podrida. Sus dedos resbalaban en la superficie. Se retorció y logró avanzar unos centímetros. Flexión, impulso, flexión, impulso, se marcó este ritmo y se relajó, adelantando un poco. La textura de las paredes se hizo más áspera y ello facilitó su avance. Cada pocos segundos comprobaba los hilos de la comunicación y de los descohesores que arrastraba tras de sí, desenroscándose de los carretes que llevaba en los costados.

Oía a Sasuke farfullando para sí, pero no podía concentrarse en nada que no fueran las paredes de cera que le rodeaban. El paso se estrechó de nuevo, y más adelante vio otra vez pliegues escamosos. Pero éstos eran distintos, cubiertos de un pálido polvo brillante.

Reginri sintió que su corazón latía más rápido. Se impelió hacia delante y tendió una mano para tocar los profundos pliegues. La delicada escarcha brillaba bajo la luz. Aquí la carne era vidriosa, y muy dentro de ella se veía una complicada red de venas y arterias, entreverada de hilos plateados.

Tenía que ser un nexo; las fotos que le habían enseñado eran muy parecidas a esto. No estaba en una pequeña bolsa como le había dicho Vanleo, pero eso no importaba. El propio Vanleo había comentado que no parecía existir una forma sistemática en la distribución de los nódulos. De hecho, al parecer, cambiaban de posición dentro de la cavidad, de tal modo que un equipo que volvía unos días después no podía encontrar los nódulos que había localizado antes.

Reginri experimentó una creciente emoción. Cuidadosamente, oprimió los elementos electrónicos fijados a su cintura. Un suave zumbido le aseguró que todo estaba en orden. Dio una breve descripción de su hallazgo a través del micrófono de su traje, y Vanleo respondió con monosílabos. El otro hombre parecía estar atareado con otra cosa, pero Reginri estaba demasiado preocupado para preguntarse de qué se trataría. Desenchufó los cilindros de los descohesores y los levantó, hincando los codos en las membranas que le rodeaban. Las agujas brillaron suavemente a la luz cuando él los volvió para examinarlos. Todo estaba bien.

Avanzó un poco y encontró el lugar donde el escarchado parecía más denso. Con cuidado, sujetándolas con las dos manos, clavó primero una aguja y luego la otra en la carne. Ésta se arrugó alrededor de las agujas.

Habló rápidamente en el micrófono para preguntar si las señales llegaban bien. Hubo una respuesta afirmativa, algo de charla de los técnicos que estaban en las dunas, y luego la línea quedó muda.

Por los cables de los descohesores fluían las señales que habían venido a buscar. Largos años de experimentos habían establecido (en la medida en que los hombres sabían) los códigos de reconocimiento que los técnicos empleaban para indicar a los Drongheda que habían vuelto. Ahora, si el Drongheda respondía, transmitiría pulsaciones eléctricas por los cables hasta los instrumentos de grabación que había en la playa.

Reginri se relajó. Había hecho todo lo que podía. El resto dependía de los técnicos, de la electrónica, de la transferencia de información en microsegundos entre las máquinas y el Drongheda. En algún sitio, encima o debajo de él, había una cola, aletas ventrales, entrañas, una boca de ballena por la que habrían pasado un billón de pececillos vivos, todo lo cual era parte de esta vasta cosa. Y en algún punto, bajo capas de grasa y entre enormes órganos, existía una mente.

Reginri se preguntó cómo habría sucedido esto. Nadando en las profundas corrientes sombrías, de alguna manera, la naturaleza había evolucionado hasta esta criatura que sabía álgebra, cálculo, métricas de Reimann, sutilezas de Tchevychef... todo ello como parte de sí misma, como una delicada pieza del lenguaje que compartía con el hombre.

Reginri sintió un repentino impulso. Había un dispositivo de emergencia sujeto a su cintura, para utilizarlo en caso de que los hilos de los descohesores se enredaran o se produjeran cortocircuitos. Se retorció hasta quedar de espaldas y buscó el dispositivo. Con una mano sostenía las agujas clavadas en la carne; con la otra extrajo la delgada y plana cuña de plástico y metal que necesitaba. De ella brotaban diminutos alambres. Se apoyó contra las paredes del túnel y fijó los alambres a las hendiduras de emergencia de los descohesores. Todo parecía en orden; se dio la vuelta y palpó la parte de atrás de su casco para buscar los cables de emergencia. Uniendo los distintos hilos, podía captar directamente una pequeña fracción de la emisión del Drongheda. Esto no interferiría la transferencia directa. Quizá ni siquiera se enterarían de que lo había hecho los hombres que estaban en las dunas.

Estableció la conexión. Justo antes de pasar la línea de comunicación de su traje al cable de emergencia, le pareció notar un leve balanceo debajo de él. El movimiento pasó. Cambió la posición del interruptor. Y sintió:

—Una luz restallante que le atravesaba, tamborileando un ritmo *staccato* de verde chispeante.

—Líneas retorcidas que se entrelazaban formando perspectivas, triángulos curvados en extraños envolventes, enroscándose hasta adquirir nuevas formas silenciosas.

—Un encaje de sonido agudo, vibrando en bordes de geométrica llanura.

—Densa y rica espuma que batía contra desgastadas torres pétreas, girando con precisión bajo un sol naranja elipsoidal.

—Luces en miniatura que gemían y se alargaban suavemente, curvándose en una humedad que se convertía en gotitas sobre una matriz de alambres cobrizos.

—Un entramado de pegajosas hebras que le levantaba.

—Una corriente que brotaba.

—Hacia arriba, hacia la luz acuosa.

Reginri tiró del cable, arrancándolo del agujero. Alzó una mano temblorosa para taparse la cara y tropezó con el casco. Jadeaba.

Cerró los ojos y por un largo instante no pensó en nada, dejó que su mente vagase, permitiéndose huir de la experiencia.

En aquello había matemáticas, y mucho más que eso. Rombos, agudas intersecciones en dimensiones veladas, retorcidas esculturas de muchas facetas, perspectivas ondulantes, poliedros de fuego resplandeciente.

Pero mucho más... se hubiera ahogado en ello.

No hubo interrupción en la charla que le llegaba por los auriculares. Al parecer, los hombres del equipo electrónico no habían notado la interceptación. Respiró profundamente y renovó la presión sobre las agujas de los descohesores. Cerró los ojos y descansó durante un rato. La experiencia le había trastornado por un breve instante. Pero ahora podía volver a respirar con facilidad. Su corazón había dejado de golpear alocadamente en su pecho. El torrente de imágenes empezaba a retirarse. Su mente había estado llena, sobrecargada de algo que no podía penetrar.

Se preguntó cuánto captaban en realidad los aparatos electrónicos. Quizá, al transferir todo esto a una fría memoria férrea, el impacto emocional se perdía. No era sorprendente que el único elemento que los hombres podían descifrar fuese las matemáticas. Los cálculos, las líneas y las curvas, el suave brillo de la geometría... eran abstracciones, cosas que podían ser comunes a cualquier mente lógica. No era de extrañar que el Drongheda enviase principalmente matemáticas por este conducto nervioso; era lo único que los hombres podían entender.

Después de un rato, a Reginri se le ocurrió pensar que quizá era eso lo que quería Vanleo. Puede que interceptara las líneas. Puede que el hombre buscara esta experiencia; ciertamente tenía una intensidad sin comparación con la de las drogas o con el débil toque electrónico de los sensores. ¿Era Vanleo un adicto? ¿Por qué, si no, arriesgarse al fracaso? ¿Por qué rechazar la toma automática y arrastrarse hasta aquí... especialmente teniendo en cuenta que las condiciones adecuadas se daban tan rara vez?

Pero no tenía sentido. Si Vanleo poseía grabaciones de Dronghedas, hubiera podido pasarlas siempre que lo deseara. Por lo tanto... quizá el hombre estaba fascinado por las propias criaturas, no sólo por las matemáticas. Quizá era el reto de entrar, la sensación de estar dentro, lo que atraía a Vanleo.

Grotesco, sí..., pero podía ser eso.

VII

Percibió un temblor. Las agujas vibraron en su mano.

—Eh —gritó en el tubo que se curvaba bajo su cuerpo—. Aquí pasa algo. No...

En mitad de la frase la línea de comunicación se quedó muerta. Automáticamente, Reginri cambió a la de emergencia, pero tampoco obtuvo ninguna señal. Miró las líneas de los descohesores. El punto rojo iluminado en sus extremos se había apagado; no recibían energía.

Se dio la vuelta y miró hacia sus pies. Todos los cables se perdían en la oscuridad, aparentemente intactos. Si había algún fallo en las líneas, estaría más lejos.

Reginri volvió a sujetar las cabezas de los descohesores a su traje. Al hacerlo, la carne que le rodeaba rezumó lánguidamente, contrayéndose. Se produjo una creciente sensación de movimiento, un giro.

—¡Diablos! Sacadme...

Recordó que la línea estaba muerta y apretó los labios.

Tendría que salir de allí por sus propios medios.

Clavó los talones e intentó impulsarse hacia atrás. Un bulto escamoso le oprimió un costado. Empujó más fuerte y se liberó, deslizándose unos pocos centímetros. El paso parecía inclinarse ligeramente hacia abajo. Extendió las manos para empujar y vio que algo húmedo corría por sus dedos. El viscoso fluido que llenaba la masa de la cavidad escurría hacia él. Reginri se impelió enérgicamente hacia atrás, encontrando mejor agarre en el suelo pulposo. Trabajó sin descanso y logró algún avance. Comenzó una larga y lenta ondulación y las paredes le oprimieron. Sintió que algo le estrujaba las piernas, luego la cintura, el pecho y la cabeza. La opresión tenía un ritmo lento y seguro.

Respiraba más rápido y notó un olor acre. Solamente oía su propia respiración, amplificadas por el casco.

Retrocedió retorciéndose. Su bota chocó con algo y notó el suave borde de una vuelta en el conducto. La recordaba, pero el ángulo parecía distinto. El Drongheda debía de estar removiéndose, alterando el trazado de la cavidad.

Metió los pies en el nuevo conducto y rápidamente resbaló por él.

Este paso era más fácil; se deslizó hacia abajo por las resbaladizas paredes y sintió una oleada de alivio. Más allá, si el túnel se ensanchaba, quizá podría cambiar la dirección de su cuerpo para avanzar de cara.

Su pie tocó algo que resistía suavemente. Palpó con ambas botas, apoyando su peso gradualmente. Aquello parecía tener una superficie áspera, pedregosa. Con cuidado siguió su contorno contra las paredes del agujero hasta que se convenció de que no había ninguna abertura.

El paso estaba bloqueado.

Su mente se disparó. El aire adquirió un peso propio, denso y agrio dentro del casco. Golpeó con las botas, esperando romper lo que fuese. La superficie permaneció firme.

Reginri sintió que su mente se quedaba en blanco. Estaba atrapado. La línea de comunicación no funcionaba, probablemente cortada por aquello que había a sus pies.

Notó que las paredes se contraían y dilataban, como una inmensa mano que le estrujara hasta matarle. Los lados de la cavidad estaban a pocos centímetros de su casco. Un lento estremecimiento recorrió la membrana, revelando cuerdas de grasa amarilla bajo la superficie.

—¡Quiero salir!

Reginri empezó a dar patadas, enloquecido. Golpeó las viscosas paredes, usando los codos y las rodillas para hacer palanca. La presión continuó envolviéndole.

—¡Salir, salir!

Reginri se puso a pegar puñetazos en la carne furiosamente. Se le nubló la vista. Pequeños puntos negros flotaban ante sus ojos. Golpeaba mecánicamente, con la respiración entrecortada. Gritaba pidiendo ayuda. Y supo que iba a morir.

La ira estalló dentro de él. Aporreaba la envolvente suavidad. La tensión que había en su interior iba en aumento, contrayendo sus labios en una mueca. Su casco se llenó de un sabor amargo. Gritó una y otra vez, golpeando al Drongheda y maldiciéndolo. Comenzaron a doler le los músculos.

Y poco a poco la ardiente rabia se consumió. Parpadeó para quitarse el sudor de los ojos. Su visión se aclaró. La ciega e inútil energía se agotó. Empezó nuevamente a pensar.

Sasuke. Vanleo. Cabrones de dos caras. Sabían que este trabajo era peligroso. El incidente de la playa había sido una farsa. Cuando él mostró sus dudas le habían amenazado y asustado inmediatamente. Lo más probable es que hubieran hecho lo mismo anteriormente con otros hombres. Todo estaba planeado.

Inspiró larga y lentamente, y miró hacia arriba. Encima de él, en el oscuro túnel, se balanceaban los cables de los descohesores y de la comunicación.

Un conjunto de hilos.

Ascendían por la pendiente que él acababa de recorrer.

Tardó un momento en darse cuenta del hecho. Si él había estado retrocediendo, los cables deberían estar enredados detrás de él.

Empujando las viscosas paredes, logró mirar hacia abajo. No había cables junto a sus piernas.

Eso quería decir que los hilos no pasaban a través de lo que le bloqueaba el camino. No, sólo venían de arriba. Lo cual significaba que había seguido un conducto lateral. Por el motivo que fuera, se había abierto un agujero en un lado de la cavidad y él se había metido por allí ciegamente.

Reunió fuerzas y se impulsó hacia arriba, luchando por ganar terreno. Avanzó trabajosamente por la pendiente, clavando las punías de las botas. Otro largo estremecimiento recorrió el tubo. La fuerza de la gravedad tiraba de él hacia abajo, pero, lentamente, consiguió algún progreso. El sudor le entraba en los ojos.

Después de unos minutos, sus manos encontraron el borde del recodo y rápidamente se izó al túnel horizontal.

Encontró una maraña de cables y tiró de ellos. Cedieron con una ligera resistencia. Este era el camino de salida, no había duda. Empezó a reptar hacia adelante y, de repente, el mundo se inclinó, y se estiró y le levantó. Luego, le dejó caer.

Se estrelló contra la pared y se le cortó el aliento. El tubo onduló de nuevo, alzándose frente a él y bajando por detrás. Se aferró con ambas manos

y se sostuvo. La cavidad se arqueaba, se retorció y le estrujaba. La carne esponjosa le oprimía la cabeza y contuvo la respiración involuntariamente. Su visor estaba aplastado contra ella y el mundo se convirtió en una masa amoratada entreverada de finas venas y de un encaje de grasa.

Muy lentamente la presión disminuyó. Sintió un dolor sordo en el costado. Había un ligero temblor debajo de él. Tan pronto como tuvo espacio para maniobrar, se arrastró con apremio, impulsándose con las piernas. Los hilos le conducían hacia delante.

El paso se ensanchaba y aumentó la velocidad. Mantuvo un ritmo constante de manos que agarraban, codos que empujaban y rodillas y pies que impelían. La masa que le rodeaba parecía contribuir a expulsarle, dándole impulso, escupiéndole. Esa era la impresión, ya que el tubo se cerraba detrás y se abría frente a él.

Volvió a probar el micrófono del casco, pero seguía inerte. Creyó reconocer un enorme músculo azulado que, a la entrada, había estado a un lado. Ahora formaba un bulto en el suelo. Lo remontó y continuó.

Estaba tan concentrado en el movimiento y el esfuerzo que no reconoció el final. De repente, las paredes convergieron de nuevo y él miró alrededor, buscando frenéticamente otra salida. No la había. Entonces advirtió los anillos de cartílago y los tendones. Empujó la nudosa superficie. Cedió, y luego se rebajó aún más. Se lanzó hacia adelante, y bruscamente se encontró con medio cuerpo fuera, suspendido sobre las revueltas aguas.

VIII

El musculado iris le sujetaba suavemente por la cintura. Jadeante, se detuvo a descansar.

Frunció los ojos para mirar al misericordioso sol. A su alrededor se extendía un mundo de silencioso movimiento fuertemente iluminado. Las corrientes se arremolinaban unos metros más abajo. Sentía la mole marrón del Drongheda moverse despacio. Se volvió para ver...

El Drongheda se estaba dividiendo en dos.

Pero no, no...

El bulto era otro Drongheda que se movía muy cerca. Al mismo tiempo, otra cosa llamó su atención. Abajo, Vanleo *avanzaba* con dificultad por las oscuras aguas, agitando los brazos. Una pálida niebla envolvía el mar.

Reginri se izó hasta el estrecho borde que rodeaba el orificio. Se aferró a él y bajó por el cuerpo del lado del agua. Con los brazos extendidos, se soltó y cayó al mar. Conservó el equilibrio y caminó torpemente sobre unas piernas de algodón.

Vanleo le tendió una mano para que se apoyara. Le señalaba la parte de atrás de su casco. Reginri frunció el ceño, desconcertado, y luego comprendió que le estaba indicando el cable de comunicación de emergencia. Desenrolló su propio cable y lo enchufó en el traje de Vanleo.

—... suerte increíble. Creí que no te volvería a ver. Pero es *fantástico*, ven a verlo.

—¿Qué? Yo...

—Ahora lo entiendo. Ya sé para qué están aquí. No es sólo comunicación, creo que no, aunque también es eso, en parte. Han...

—Deja de balbucear. ¿Qué ha sucedido?

—Entré —dijo Vanleo, recobrando el aliento—. O empecé a entrar. No nos dimos cuenta de que había emergido otro Drongheda, que estaba entrando en los bancos de arena.

—Lo he visto. No creí que...

—Subí al segundo orificio antes de verlo. Estaba demasiado ocupado con los cables, ya sabes. Tú estabas obteniendo buenas señales y yo quería...

—Venga, vámonos.

Las vastas moles junto a ellos se movían.

—No, no, ven a ver. Creo que mi suposición es correcta; estos bancos son un refugio natural para ellos. Si tienen enemigos en el mar, peces grandes o lo que sea, sus enemigos no pueden seguirlos hasta los bajíos. Así que vienen aquí, para aparearse y para comunicarse. Deben de estar terriblemente solos, si no pueden hablarse en el océano. Por lo tanto, tienen que venir aquí para hacerlo. Yo...

Reginri observó al hombre y le vio poseído por sus visiones interiores. El condenado idiota amaba a estas bestias, le importaban mucho, había dedicado toda su vida a ellas y a sus malditas matemáticas.

—¿Dónde está Sasuke?

—... y es todo tan natural. Quiero decir, los humanos se comunican y hacen el amor, pero son dos actos separados. No se funden. Pero los Drongheda lo tienen todo. Son como, como...

El hombre tiró de Reginri, conduciéndole al otro lado del Drongheda. Dos inmensos y bruñidos costados se elevaban del mar en sombras. Zeta se estaba poniendo y, en contraluz, Reginri pudo ver un largo y diestro tentáculo ondulando en el aire. Salía de las manchas moteadas, como verdugones, que él había notado antes.

—Se extienden desde esos puntos, ves. Son sus sensores, lo que usan para completar el contacto. Y... no puedo probarlo, pero estoy seguro... es entonces cuando se pasan el material genético. El período de apareamiento. Al mismo tiempo, intercambian información, conversan. Eso es lo que captamos con los descohesores, el conocimiento almacenado que se transmiten. Ellos creen que somos uno de los suyos, debe de ser eso. No lo comprendo del todo, pero...

—¿Dónde está Sasuke?

—... pero el primero, en el que tú estabas, advirtió la diferencia en cuanto se acercó el segundo. Se aproximaron y el segundo extendió ese tentáculo. Entonces...

Reginri sacudió al otro hombre violentamente.

—¡Cállate! Sasuke...

Vanleo se detuvo, aturdido, y miró a Reginri.

—Te lo estoy diciendo. Es un gran descubrimiento, es el primer paso de verdad que hemos dado en este campo. Comprenderemos *muchísimo* más cuando esto se investigue a fondo.

Reginri le golpeó en el hombro.

Vanleo se tambaleó. La mirada vidriosa y fija desapareció de sus ojos. Inició el gesto de alzar los brazos.

Reginri aplastó su puño enguantado contra el visor de Vanleo. Éste cayó

hacia atrás. El océano se lo tragó. Reginri retrocedió un paso, parpadeando.

El casco de Vanleo reapareció. Luchó por ponerse de pie. Una ola le cubrió. Tambaleándose, se volvió y vio a Reginri.

Reginri avanzó hacia él.

—No. No —dijo Vanleo débilmente.

—Si no me dices...

—Sí, voy... —jadeó Vanleo, sosteniéndose con las manos en las rodillas.

—No había tiempo. El segundo Drongheda se nos acercó tan... tan rápido.

—¿Y?

—Yo estaba a punto de entrar. Cuando vi al segundo aproximarse, la única vez en treinta años, sabes, comprendí que era importante. Descendí para observarlos. Pero necesitábamos los datos; así que Sasuke entró en mi lugar. Con los descohesores.

Vanleo jadeaba. Su cara tenía el color de la ceniza.

—Cuando el tentáculo penetró, llenó el orificio totalmente. No quedó el menor espacio. Sasuke... estaba allí. Dentro.

Reginri se quedó inmóvil, atontado. Una ola se arremolinó a su alrededor y resbaló. El agua le derribó. Aturdido, se puso de pie sobre las escurridizas rocas y echó a andar ciegamente hacia la sombría playa, hacia la humanidad. El océano batía a su alrededor, incesante, interminable.

IX

Belej permanecía quieta, sin pensar en el frío.

—Dios mío —dijo.

—Eso fue todo —murmuró él.

Tenía la mirada fija en el cañón. Los rayos oblicuos de Zeta Retículi atravesaban las capas de niebla rojiza. Las ardillas aéreas cruzaban las sombras cambiantes.

—Está loco —dijo Belej simplemente—. Ese Leo está loco.

—Bueno... —empezó a decir Reginri.

Se inclinó rápidamente y se levantó. Remolinos de nubes rojizas subían por la pared del cañón hacia ellos. Él los señaló.

—Está llegando más de prisa de lo que pensé... —Tosió—. Más vale que nos vayamos a casa.

Belej asintió y se puso de pie. Se sacudió de las piernas las retorcidas hierbas marrones y se volvió a él.

—Ahora que me lo has contado —dijo suavemente— creo que debes apartarlo de tu mente.

—Es difícil. Yo...

—Lo sé. Lo sé. Pero puedes alejarlo de ti, olvidar lo sucedido. Es lo mejor.

—Bueno, quizá.

—Créeme. Has cambiado desde que te ocurrió eso. Yo lo noto.

—Notas ¿qué?

—A ti. Que estás distinto. Noto que hay una barrera entre nosotros.

—No sé —dijo él lentamente.

Ella puso una mano en el brazo de él y se le acercó más, en un gesto familiar. Él se quedó contemplando la niebla rojiza que se iba tragando los precisos contornos de las rocas del fondo.

—Quiero que desaparezca esa barrera. Hiciste tu contribución, te ganaste la paga. Ahora esa maldita gente entiende a los Drongheda...

Él lanzó una risa áspera.

—Nunca comprenderemos a los Drongheda. Lo que captamos en esos circuitos nerviosos es sólo un reflejo de lo que buscamos. De lo que somos. No podemos percibir algo totalmente ajeno.

—Pero...

—Vanleo veía matemáticas porque era eso lo que esperaba encontrar. Yo también, al principio. Luego...

Se calló. Una súbita brisa le hizo estremecerse. Apretó los puños. Apresado. Apresado.

¿Cómo podía explicárselo? Se despertaba por la noche, sudando, enredado en las sábanas, murmurando incoherencias..., pero no eran

pesadillas, no exactamente.

Algo diferente. Algo intermedio.

—Olvida esas cosas —dijo Belej, con tono tranquilizador.

Reginri inclinó la cabeza hacia ella y percibió su dulce perfume, el seco y crujiente aroma de su pelo. Siempre le había encantado.

Ella le miró con el ceño fruncido. Su atenta mirada pasó de la boca a los ojos de él, tratando de leer su expresión.

—Recordarlo sólo servirá para perturbarte. Yo... lamento haberte pedido que me lo contaras. Pero piensa que —le cogió ambas manos entre las suyas — nunca volverás allí. No puede...

Algo hizo que él mirara detrás de ella. A la niebla creciente.

E inmediatamente sintió que el abismo oculto se abría a sus pies. Arrastrándole a su interior. Elevándole hacia

—una densa espuma roja que baña contra gastadas torres graníticas—

—un sol elipsoidal girando silenciosamente sobre un planeta plateado, ondulante—

—luz acuosa—

—hebras pegajosas, una matriz de finos hilos de cobre envolviéndole cálidamente—

—pulido brillo de poliedros encajados unos en otros, masa sobre masa—

—suaves bandas de humedad jugando levemente sobre su piel acolchada

—

—una luz hiriente le atraviesa, da a sus huesos una tenue resonancia—

—oprimiendo—

—enroscándose—

Llamando. Llamándole.

Cuando el momento pasó, Reginri parpadeó y sintió un escozor salado en los ojos. El tirón era más fuerte cada día, las imágenes incandescentes, más precisas. Esto debía ser lo que sentía Vanleo, estaba seguro. Ahora le venían incluso durante el día. Una y otra vez, la granulada textura alterándose con el tiempo...

Tendió los brazos y rodeó a Belej.

—Pero tengo que hacerlo —dijo en un ronco murmullo—. Vanleo me

llamó hoy. El... Me marchó. Voy a volver.

La oyó aspirar de golpe, y notó que se ponía rígida entre sus brazos.

Su atención fue atraída por la rojiza niebla.

Ya cubría medio mundo y continuaba avanzando.

Había en ella algo ominoso y, a la vez, algo invitador. Observó cómo se tragaba los árboles cercanos. La estudió atentamente, calculando la distancia. La mágica presencia ya estaba muy próxima. Pero él estaba seguro de que todo iría bien.

LAS MECEDORAS

Suzette Haden Elgin

El sistema visual de la rana está «sintonizado» solamente a cuatro clases de estímulo... Estos son: el contraste de luz y oscuridad; un borde de luz u oscuridad en movimiento; una repentina disminución de la luminosidad; y el constante movimiento de un pequeño objeto negro. Los organismos sólo tienen una cantidad limitada de «espacio neurológico» disponible, y un sistema visual como el de la rana procesa únicamente los datos importantes para su supervivencia (por ejemplo, «¡Allí hay un bicho!»)

La psicología hoy: Introducción

Era consciente de estar en peligro. El juez al que se enfrentaba no era del tipo liberal y bondadoso, y no se iba a dejar engañar por una hábil exposición de su alegato, ni impresionar por el hecho de que ella hubiera pasado casi toda su vida al servicio del Departamento de Viajes sin la menor insinuación de indisciplina. Su pelo, entremezclado de canas a causa de las constantes e imprevisibles tensiones del servicio espacial, no iba a conmoverle, ni tampoco las profundas arrugas de su cara, que la identificaban inmediatamente como Descubridora... Podía imaginar su reacción, si el abogado defensor intentaba usar esas marcas en favor de ella.

—Esta mujer conocía los peligros que conlleva la profesión de Descubridor Espacial antes de entrar en ella y, sin embargo, la eligió libremente. El efecto que tales peligros puedan haber tenido en su persona es irrelevante para la resolución de este caso —diría.

Sí. Así era exactamente como lo expresaría.

Se estremeció, y el Fedrobot que estaba a su lado reaccionó en seguida; antes de que ella pudiera esquivar su extensor metálico, sintió el breve y helado pinchazo de la inyección calmante. Y comprendió entonces lo cansada que estaba... Los Descubridores Espaciales no van por ahí mostrando sus emociones y debilidades; no pueden, si quieren permanecer en el servicio.

El juez hablaba ahora, reseñando cuidadosamente los cargos para los mil jurados que estaban siguiendo el proceso desde sus casas. Era un delito grave, etc., etc. Sus largos años de servicio no eran una disculpa; por el contrario, eran un punto en su contra, ya que no podía alegar ignorancia o falta de experiencia, etc., etcétera. No se daban circunstancias atenuantes, que él supiera, aunque, naturalmente, se permitiría a la prisionera hablar en defensa propia, etc., etc.

Al parecer, el calmante era bueno, porque cuando ella interrumpió la exposición del juez para protestar, su voz sonó absolutamente tranquila.

—Ciudadano Juez —dijo, serenamente, razonablemente—, por favor, recuérdelos también que se trataba de un cambio muy pequeño.

Él tronó. Ella había oído que los jueces «tronaban» —era un lugar común en los programas de tercera de la tridimensional—, pero éste lo hizo de verdad. Su voz le daba dolor de cabeza y hacía vibrar sus oídos.

—No existe un cambio «pequeño», ciudadanos —gritó—, no existe tal cosa. Se da la vuelta a una piedra en un mundo extraño, se rompe el tallo de una flor, o se deja allí un grano de arena de nuestro mundo natal, y los cambios no se detienen nunca. ¡Usted, prisionera, usted lo sabe! Usted, una experta Descubridora, sabe muy bien que no hay un cambio tan pequeño que no conduzca a un segundo, y éste a un tercero, y así se produce una interminable cadena de cambios...

Su voz descendió de pronto, granizo ahora en vez de trueno, y dijo lo que ella esperaba que dijera:

—*Nosotros no intervenimos en la evolución de un mundo extraño. ¡Nunca!*

No hacía falta que se lo dijese. Todos lo sabían. Los niños tenían una rima para saltar a la comba...

Deja en paz ese mundo extraño,
No te traigas ese hueso de dinosaurio,
El espacio extraño y el tiempo extraño,
No son asunto tuyo ni mío.

Bien. Suspiró, no había nada que hacer. Podía ver, como si los tuviera ante ella, a todos esos jurados con el dedo ya preparado para apretar el botón de CULPABLE; sus ojos fueron hacia el panel que había sobre la cabeza del juez, donde se encenderían esas mil luces con el morado oscuro de la condena... las mil, estaba dispuesta a apostar. Y pronto.

Tendrían razón, desde luego, como la tenía el juez. Ella *supo* que no debía hacerlo. No era una novata que dejara tras de sí un pelo suelto después de cepillarse, o se trajera un submicroscópico «recuerdo». Había violado la ley básica del Departamento de Viajes, lo había hecho deliberadamente y a sabiendas, y era culpable de los cargos que se le imputaban. Lo único incierto en este juicio era la dureza de la sentencia, y ella tenía la fuerte impresión de que sería el máximo legal. El abogado a su lado estaba funcionando, todas sus esferas e indicadores se iluminaban y zumbaban, pero no decía nada. Habría recorrido todos los bancos de la computadora hasta el primer caso de este tipo que se hubiera llevado ante un tribunal; si hubiese encontrado algo, cualquier precedente que pudiera ayudarla de algún modo, en este momento estaría citando ese caso y proporcionando el material relevante que existiera en la memoria de la computadora. Estaba tan callado como el panel del jurado, lo cual significaba que todo dependía de ella. El abogado protegería sus derechos, protestaría si algo incorrecto ocurría en la sala, pero no tenía nada que ofrecer en su defensa.

—La prisionera se adelantará —dijo el juez al fin, habiendo agotado, al parecer, todas las cosas condenatorias que tenía que decir a los jurados— y presentará su propia versión de las circunstancias de su crimen.

¿Hasta dónde debía adelantarse?

—¿Hasta dónde...?

—Avanzará hasta la X que hay delante del estrado —dijo su abogado—. Se situará justo en el centro de la X y de cara al juez. Hablará claramente, para que los jurados puedan oírla. CLICK.

El Fedrobot, que estaba programado para la máxima eficacia en estos asuntos, la tocó en el codo, y ella se levantó, cumpliendo las instrucciones, pero no tenía ni idea de lo que iba a decir.

¿Qué le iba a decir a este helado juez? ¿Y a toda esa gente que estaba

esperando? ¿Que el aire era suave y cálido en el planeta extraño cuando ella llegó, perfumado por las flores y la hierba, que algo allí le había recordado su planeta natal? ¿Que había un pájaro cantando, en un arrebató de luz de luna, sobre la rama de un árbol muy parecido a los árboles de delante de la casa donde había vivido de pequeña, salvo que sus hojas eran de otro color?

—Hable ya —dijo el abogado detrás de ella, con un tono leve y metálicamente preocupado—. Es de mala educación hacer esperar al tribunal.

—No sé cómo empezar —dijo ella, puesto que ésa era la pura verdad.

—Empiece por el principio, continúe por el medio y pare al final —dijo el juez, cortante—. Dénos un relato conciso y claro de los hechos de este desgraciado asunto y acabemos. Otros asuntos esperan la atención de este tribunal, sabe.

—Yo...

—¡Empiece inmediatamente! —aulló—. ¡Y dénos un informe adecuado!

—Objeción —dijo el abogado—. El juez está amedrentando a la prisionera.

—Aceptada —dijo el juez, con cara de aburrido—. Ahora proceda. Por favor.

—Gracias, Ciudadano Juez —dijo ella—. No pondré a prueba la paciencia del tribunal innecesariamente.

—Tomo nota —dijo él—. Y se lo agradezco.

—He participado en un total de cuarenta y tres misiones como Descubridora para el Departamento de Viajes, y he visto muchas civilizaciones extrañas. Algunas eran muy pobres, en otras reinaba el salvajismo. Algunas sufrían por enfermedades, por dirigentes brutales, por guerras, por catástrofes naturales o provocadas por su propia tecnología. Otras...

—Ciudadana —la interrumpió el juez—, si estuviéramos interesados en su vida, podríamos verla en la tridimensional. Ahórrenos todo eso.

—¡Objeción! —dijo el abogado—. El juez está hablando a la prisionera con sarcasmo.

—Denegada. La prisionera continuará, con menos literatura y más hechos, o el sarcasmo será el menor de sus problemas.

A través de la apatía y el cansancio que ella sentía, empezaba a surgir cierta terquedad. Siempre había tenido una baja tolerancia a los matones, y este juez era un matón mayúsculo.

—Pero nunca —continuó, como si él no hubiera hablado—, nunca había visto nada como lo que vi en ese planeta. Puede que piense, Ciudadano Juez, que por *su* vasta experiencia está usted familiarizado con la miseria humana, pero le aseguro que lo que yo vi sobrepasará cualquier cosa que usted haya encontrado hasta ahora. Y *yo lo vi*, cara a cara; no es que simplemente oyera hablar de ello.

—Hable de ello de todas formas. Especifique. ¿Qué clase de miseria?

—Era un planeta de seres casi como nosotros —dijo, recordando lo fácil que había sido moverse entre ellos inadvertida—, casi exactamente como nosotros. Una gente de gran potencial. Pero todos ellos estaban aquejados, mutilados, con múltiples impedimentos.

—Describa su estado.

—Ellos...

—Se lo advierto, ¡nada de sentimentalismo!

—¿Puede usted imaginar un planeta en el cual cada individuo sea casi completamente ciego y sordo? —le preguntó suavemente—. ¿Todos y cada uno de ellos, sin excepción?

—No. No puedo. Y no la creo.

El abogado lanzó un brillante destello azul por encima de la cabeza de ella, directamente a la cara del juez y los múltiples ojos del panel del jurado.

—¡Objeción! —dijo al máximo de su volumen—. ¡Objeción! La prisionera está diciendo la verdad.

Él apretó los labios y las ventanillas de su nariz temblaron de ira, pero se disculpó.

—Y ahora —dijo—, ¿puede hacernos el favor de ofrecernos un simple relato de los *hechos*? Es usted una científica, ciudadana. Informe.

—En ese planeta —dijo ella bruscamente, con las manos entrelazadas a la espalda, en su mejor actitud informativa— vive una raza que puede ver solamente los rayos de luz, y eso sólo en el espectro electromagnético desde unas 400 milimicras hasta algo más de 700. Para todo lo demás, desde los

rayos gamma hasta el otro extremo del espectro que, me permito recordarle, Ciudadano Juez, está a un millón de metros, son completamente ciegos. Ni siquiera ven los rayos ultravioletas o los infrarrojos a cada lado de la estrecha banda que ellos llaman «vista»...

—¿Lo que significa...?

—Que no pueden ver a los ángeles a su alrededor —dijo ella—. Que no pueden ver los espíritus del agua o de las plantas o de las demás cosas vivas de su planeta. Que no pueden ver los senderos de rayos que atraviesan el espacio y el tiempo. Que no ven más allá de la fracción de tiempo en la cual creen estar atrapados y a la que llaman «presente». De hecho, ven poco más que sombras borrosas... Ciudadano Juez, con el debido respeto, solamente la más pequeña fracción de los fenómenos naturales de su propio mundo es visible para ellos. ¿Se imagina lo que debe de ser su vida?

Él se quedó callado, lo cual parecía una buena señal, y ella continuó.

—Respecto al oído, no oyen nada excepto en la árida banda entre los 20 y los 20.000 ciclos por segundo; lo cual es inferior a la capacidad perceptiva de una neysa-flor en nuestro mundo. No pueden oír cantar a sus propios árboles, Ciudadano Juez. Creen que las plantas están en silencio; no tienen ni idea de que la lluvia les habla; oyen las voces de sus ríos y de sus mares como una especie de... ruido. Dicen, Ciudadano Juez, que el océano «ruge».

La voz del juez había perdido su rugido. Casi se podía decir que temblaba, sólo casi.

—Pero el océano —dijo—, las aguas vivas de nuestros mundos... nos cuentan nuestra historia. Nos instruyen en el conocimiento antiguo que constituye nuestra cultura.

—En ese planeta, no —dijo ella firmemente—. Esos seres, quienes, como le he dicho, podrían moverse entre nosotros sin apenas llamar la atención, oyen las voces de las aguas como una especie de ruido silbante. Nada más.

El juez la miró fijamente, con el ceño fruncido, y habló directamente al abogado defensor.

—¿Ha sido examinada esta prisionera por un detector de mentiras? —preguntó.

—Sí, Ciudadano Juez —dijo el abogado.

—¿Ha sido examinada por un computador psiquiátrico? ¿Ha sido declarada cuerda? Después de todo, la tensión de tantas misiones ha sido indudablemente grande; no sería ilógico que su mente hubiera sufrido algún daño. En cuyo caso, abogado, ella no debería estar ante este tribunal, sino en un hospital.

El abogado empezó a emitir furiosos «clicks», ofendido hasta el límite de sus funciones pensantes. Tardó casi treinta segundos en recuperar el control; entonces anunció en tono alto que era un Modelo Abogado 3740-Gamma de primerísima calidad, y que no era probable que se presentara en la sala con un cliente que no hubiera sido examinado a fondo en todos los sentidos que la ley exige. Expresó su desagrado en términos nada ambiguos y amenazó con pedir una declaración de juicio nulo.

El juez estaba desconcertado, ella se dio cuenta de eso. No sabía lo que podría significar para ella, pero estaba desconcertado. Entonces se dirigió a ella, casi amablemente.

—En cualquiera de nuestros mundos —dijo—, incluso en los asteroides de la frontera tales criaturas estarían en una institución.

—Sí. Así es.

—Pero en ese planeta que usted describe... Van por ahí libremente, solos. No tienen guías.

—No.

—Entonces, han desarrollado percepciones auxiliares —dijo de repente—. El olfato, el tacto, quizá, están enormemente superdesarrollados para compensar las otras deficiencias. O sus sentidos psi les proporcionan la información, en lugar de la vista o el oído.

—¡No!

Ella negó con la cabeza y se dio cuenta de que se estaba clavando las uñas en las palmas de tanto apretar los puños. Ojalá pudiera hacerles imaginar, tal y como ella los había *visto* realmente, seres humanos, un mundo entero, tan penosamente disminuidos que incluso el más pequeño organismo monocelular de una taza de agua de estanque podía percibir más de la gloria del universo que ellos.

—Sus sentidos, por así llamarlos, del olfato, del gusto y del tacto —dijo

amargamente— son casi inexistentes. No los consideré dignos de mención. No pueden ver ni oír las yemas de los dedos, sólo poseen conceptos sensoriales groseros como «caliente», «frío», «áspero» y «pegajoso»... como los niños retrasados. ¡De sentidos psi, ni hablar!

Se echó a reír con aspereza, e incluso a pesar del calmante, sintió que sus manos temblaban. Se inclinó hacia delante esforzándose por que el hombre percibiese claramente lo que ella nunca podría borrar de su mente.

—Ciudadano Juez —dijo—, ellos ni siquiera saben que los sentidos psi existen. Tienen mitos sobre estas cosas... los llaman «cuentos de hadas».

—¿Qué quiere decir eso?

Ella se mordió los labios, sintiéndose impotente. La lingüística no era su especialidad.

—Objeción —dijo el abogado—. La acusada no es lingüista. Se puede traer uno a la sala, si el juez lo desea.

—Déjelo —dijo el juez—, déjelo. De todas formas, no importa. Si la prisionera dice que esas criaturas existen y viven (si a eso se le puede llamar vida), así será. Si mintiera, el detector lo hubiera registrado. Si padeciera alucinaciones, el computador psiquiátrico lo habría notado. Lo que describe, por muy repulsivo que sea, debe ser verdad, por lo tanto.

Ella abrió la boca para decir algo, pero se detuvo cuando él levantó la mano.

—En este punto debo instruir a los jurados —dijo, mirando por encima de la cabeza de ella— de que todos esto no cambia la situación en absoluto. Por muy conmovidos que estén (y ciertamente deben de estarlo) a causa de la descripción de estas criaturas que la prisionera acaba de hacernos, nada de lo que hemos oído hasta ahora constituye una circunstancia atenuante. El crimen *sigue siendo un crimen*; no puede haber justificación para interferir en la evolución de una raza extraña. Los jurados deben tener esto muy en cuenta mientras la prisionera prosigue con su testimonio.

Luego se inclinó para mirarla, sus ojos tan duros como las piedras que había dicho que no debían moverse, nunca, y dijo:

—Hemos oído suficientes detalles, ciudadana. No concibo la situación que usted describe, y estoy seguro de que los jurados tampoco podrán

concebirla, pero aceptamos sus afirmaciones como hechos. Cualquier explicación más sería... morbosa. Pornografía para los ávidos de sensaciones. Yo no soy uno de ellos, ciudadana.

—Objeción —empezó el abogado—. El juez implica...

—¡Silencio! —El juez estaba agotando su limitada paciencia—. La prisionera describirá su crimen, sin más números teatrales por su parte o la de su abogado, o desalojaré la sala ahora mismo y comenzaremos de nuevo mañana. ¡Proceda!

La Descubridora Espacial bajó los ojos, sabiendo que ya no había esperanza para ella, y le contó. Cómo había aterrizado en una profunda garganta en una región cuyos habitantes llamaban «Missouri». Cómo había visto que en todos los pueblos la gente se sentaba delante de sus viviendas, en un saliente que llamaban «porche», en sus «mecedoras».

—¿Qué?

Ella lo repitió y explicó. Era un mueble con unas piezas curvas ajustadas a las patas. Casi todas las casas tenían al menos una, y al anochecer, la gente se sentaba en el porche y se «mecía».

—¿Y?

Ella llevaba consigo su Conformador, como todo el personal espacial. El peso del Conformador es menor que el de una pluma, y dado que comparte el espacio de cualquier...

—Conocemos las características de la criatura conocida como Conformador —dijo el juez fríamente—. Es capaz de moverse entre las partículas energéticas de cualquier objeto construido y por tanto no ocupa ningún espacio observable y no aporta casi ningún peso medible. Es telepático, es empático; está específicamente alimentado para ser compulsivamente afectuoso; es un compañero ideal en viajes largos. Hasta los niños lo saben. No hace falta que nos dé una lección de zoología elemental, ciudadana.

—Lo siento.

—Díganos lo que hizo con su Conformador. Espero que eso sea más relevante.

—Lo dejé en una «mecedora» que estaba vacía en ese momento.

—¿Y?

—Y le di instrucciones para que se reprodujera.

—¡Sabido que un Conformador puede producir miles de su especie en un solo ciclo!

—Sabido, sí —dijo ella sumisamente—. Y le instruí, muy cuidadosamente, para que no entrara en *ningún* otro objeto. *Nada*, excepto las «mecedoras».

—En las cuales —escupió el juez—, según su propia admisión, pasan largas horas los habitantes de ese planeta.

Ella no dijo nada, porque no había nada que decir, pero, al pensar en ello, las comisuras de su boca se elevaron a pesar de ella. Cada vez que una de esas patéticas criaturas se sentara para «mecerse», compartiría, de pronto, todas las percepciones del Conformador. No las percepciones de una *persona*, claro está, pero así y todo... más, infinitamente más, de lo que nunca les había sido permitido. No verían los senderos que se extienden por el espacio y el tiempo; no oirían el tañido de su Sol. Pero oirían el canto de los ángeles, verían los espíritus de las rosas y del trigo, y escucharían la voz de su ancho río oscuro, hablándoles de sus orígenes de las intrincadas funciones de su mundo. El juez respiró profundamente y golpeó el estrado con el puño.

—Debo advertir a los jurados —dijo venenosamente—, y ordenarles que le den gran importancia en sus deliberaciones, ¡que la prisionera está *sonriendo*! Está ante este tribunal acusada de un crimen sólo inferior a la traición... y en su rostro, en este momento, desvergonzada como un delincuente común, ¡hay una sonrisa! La prisionera no siente el menor remordimiento, amigos míos.

Y se inclinó para preguntarle:

—¿No es cierto, ciudadana?

Su abogado le estaba ordenando que no dijera nada, que guardara silencio, que esperara y esperara; pero a ella ya no le importaba. Sabía si una causa estaba perdida cuando ella era la protagonista.

Miró al juez directamente a los ojos y, con una voz tan llena de desprecio como la de le dijo:

—Volvería a hacerlo mañana mismo.

El juez estaba tan furioso que apenas pudo pedir el veredicto, y el panel del jurado se puso morado, sin una sola luz dorada que alterara su majestuosidad.

—¡Culpable de los cargos! —gritó, casi tan morado como el panel que estaba sobre su cabeza—. ¡Culpable de los cargos! Y la sentencia es... cincuenta años en la prisión de Parradyne-X. ¡El siguiente caso!

La tienda de muebles de Leroy Henderson en Tiger Branch, Missouri, no era un gran negocio. Por Navidades, Leroy vendía un montón de esas rinconeras que las mujeres utilizan para poner chucherías. Cuando alguien se casaba, sucedía a veces que en lugar de ir a Saint Louis, compraban parte de sus muebles en la tienda de Henderson. Leroy iba tirando, pero muy justo.

Hasta este año. No había visto nada igual en su vida.

—Mary Alma —dijo, mientras cenaban—, nunca he visto nada igual.

—¿Igual a qué, Leroy?

Mistress Henderson puso tres galletas en el plato de su marido y empujó hacia él las conservas de tomate. A Leroy le gustaban las galletas y le gustaba que ella se las diera.

—Bueno... —Leroy pensó un momento y luego dijo—: ¿Quieres explicarme por qué un pueblo que apenas consigue alimentarse, de la noche a la mañana, se ha vuelto absolutamente loco por las mecedoras?

—¿Mecedoras, Leroy? —Ella le acercó la mantequilla también.

—Eso es. Vendí trece la semana pasada y veinte y pico esta semana, y llamé al almacén de Hannibal para pedir veinte más y, maldita sea, me dicen que esto está pasando en todos los sitios y quizá tarden un mes en mandarme el pedido. ¿Has oído alguna vez una cosa así?

Mary Alma emitió unos cuantos sonidos, que era lo único que él esperaba de ella.

—Tómate la cena, Leroy —dijo afectuosamente—. A caballo regalado, no le mires el diente.

Si lograba que él se diera un poco de prisa ella tendría tiempo de sentarse

en el porche y mecerse durante una hora después de fregar los platos y antes de irse a la cama. Leroy pondría a ver la televisión, porque, según él enriquecía la mente, Ella simplemente se sentaría allí y se mecería.

UN CHICO LLAMADO DETWEILER

Tom Reamy

La habitación había sido limpiada con desinfectante de resina de pino y olía como un lavabo público. Harry Spinner estaba en el suelo, detrás de la cama, aplastado entre ésta y la pared. La colcha de felpilla, casi incolora, había quedado torcida, dejando ver parte de la sábana, limpia, pero deslucida. Lo único que se veía de Harry era una pierna que asomaba sobre el borde de la cama. No llevaba zapato, sólo un descolorido calcetín marrón con un agujero. El calcetín, que había perdido la elasticidad hacía mucho tiempo, estaba arrugado alrededor de su delgado y rojizo tobillo.

Cerré la puerta suavemente tras de mí y di la vuelta a la cama para verle entero. Estaba encogido, de espaldas, con los codos apoyados en la pared y en la cama. Le habían cortado el cuello. La sangre no se había extendido mucho. La gastada alfombra al pie de cama la había empapado casi toda. Miré por el mugriento cuartito, pero no encontré nada. No había señales de lucha, ni que la puerta hubiera sido forzada; ahora bien, tampoco mi tarjeta de crédito había dejado ninguna señal. La ventana estaba abierta, y por ella entraba el ruido ahogado del tráfico del Bulevar. Asomé la cabeza y miré, pero había tres pisos hasta la marquesina con luces de neón del cine.

Habían pasado casi dos horas desde que Harry me llamó.

—Bertram, chico, he encontrado algo muy extraño. No sé realmente cómo interpretarlo.

Yo había dejado a un lado el informe que estaba escribiendo sobre la activísima esposa de Lucas Mc Gowan. (Ella tenía una marcada predilección por los chicos de las gasolineras, los que lavan los coches y los guardas de los aparcamientos. Supongo que esto tendría algo que ver con la Era del Automóvil.) Puse los pies sobre la mesa y me eché hacia atrás hasta que la

vieja silla giratoria protestó con un gemido.

—¿Qué has encontrado esta vez, Harry? ¿Un nido de espías internacionales o una invasión de marcianos?

Supongo que Harry Spinner no servía de mucho para nadie, ni siquiera para sí mismo, pero a mí me caía bien. Me había ayudado en un par de casos, metiendo las narices en sitios donde sólo los Harry Spinners de este mundo pueden meter la nariz pasando inadvertidos. Yo estaba empezando a pensar que él intentaba hacer de Doctor Watson para mi Sherlock Holmes.

—No me tomes el pelo, Bertram. Hay un chico aquí, en el hotel. He visto algo que no creo que él quisiera que yo viese. Es algo rarísimo.

Harry era también la única persona en el mundo, excepto mi madre, que me llamaba Bertram.

—¿Qué has visto?

—Preferiría no hablar de ello por teléfono. ¿Puedes venir?

Harry veía demasiadas películas antiguas de detectives privados en la televisión.

—Tardaré un rato. Va a venir un cliente dentro de unos minutos a recoger el informe sobre su errante esposa.

—Bertram, no deberías perder tu tiempo y tu talento con casos de divorcio.

—Sirven para pagar las facturas, Harry. Además, no hay suficientes halcones malteses por ahí.

Para cuando terminé de darle a Lucas Mc Gowan todos los detalles (tuve la impresión de que le preocupaba menos la infidelidad de su mujer que su gusto; no le hubiera importado tanto si ella se acostara con actores de cine o *playboys* internacionales), cobré mis honorarios, y cogí un autobús en Coronel Sanders, habían pasado casi dos horas. Cuando llamé a la puerta, Harry no contestó, así que abrí con mi tarjeta de crédito.

Birdie Pawlowicz era una antigua fulana, gorda y desaliñada, que tendría entre cuarenta y doscientos años. Era tuerta del ojo derecho y llevaba un parche negro sobre él. Afirmaba que había perdido el ojo en una pelea con una puta criolla por un jugador de fortuna. Yo la creía. Dirigía el Hotel Brewster del mismo modo que Florence Nitghtingale debía de dirigir ese

apestoso hospital de guerra en Crimea. Sus huéspedes eran los fracasados que habitan en ese podrido sector del Bulevar, al Este de la autopista de Hollywood. Ella los manejaba, los maldecía, los quería y los cuidaba. Y ellos también la querían. (Una vez, hace un par de años, un joven cabrito negro pensó que una mujer vieja, gorda y tuerta sería fácil de atracar. La poli lo encontró tres días después, a dos manzanas de allí, debajo de un montón de basura, en una calleja donde se había escondido. Tenía un brazo roto, dos costillas fracturadas, la nariz partida, y le faltaban algunos dientes. Había muerto de hemorragia interna.)

El Hotel Brewster era un negocio ruinoso, pero a Birdie no le importaba. Tenía ciertas propiedades en Westwood que eran un excelente negocio. Me dedicó una risa descarada cuando me acerqué al mostrador, pero su ojo bueno parpadeó.

—¡Hola, encanto! —rebuznó con voz sibilante—. He rebajado mi precio a un cuarto de dólar. ¿Te interesa?

Vio mi cara y su expresión pasó de la lascivia a la sagacidad.

—¿Qué pasa, Bert?

—Harry Spinner. Será mejor que llames a la poli, Birdie. Lo han matado.

Me miró, sin decir nada, y su rostro adquirió lentamente un gesto de infinita y fatigada resignación. Luego se volvió y llamó a la policía.

Como sólo se trataba de Harry Spinner en el Hotel Brewster en la parte mala del Bulevar, la poli tardó más de media hora en llegar. Mientras esperábamos, le conté a Birdie todo lo que sabía, lo de la llamada telefónica y lo que encontré.

—Debía de referirse a un chico llamado Detweiler —dijo ella, frunciendo el ceño—. Harry ha sido amable con él. Le daba pena, supongo.

—¿En qué habitación está? Me gustaría hablar con él.

—Se ha marchado del hotel.

—¿Cuándo?

—Justo antes de que tú bajaras.

—¡Maldita sea!

Ella se mordió el labio.

—No creo que ese chico, Detweiler, lo haya matado.

—¿Por qué?

—Simplemente no creo que pudiera. Es un muchacho muy dulce.

—Oh, Birdie —gemí—, sabes de sobra que no existe el asesino nato. Casi cualquiera mataría si tuviera un buen motivo para hacerlo.

—Lo sé —suspiró—, pero no puedo creerlo, a pesar de todo.

Tamborileó con sus rojas uñas sobre el mostrador de fórmica.

—¿Cuánto tiempo lleva Harry muerto?

Él me había llamado a las cinco y diez. Yo había encontrado el cuerpo a las siete.

—Un rato —dije—. La sangre está casi seca.

—¿Antes de las seis y media?

—Probablemente.

Ella suspiró otra vez, pero ahora con alivio.

—El chico, Detweiler, estuvo aquí conmigo hasta las seis y media. Había estado aquí desde las cuatro y cuarto. Estuvimos jugando al gin-rummy. Tenía uno de sus ataques y necesitaba compañía.

—¿Qué clase de ataque? Háblame de él, Birdie.

—Pero él no pudo matar a Harry —protestó.

—De acuerdo —dije.

Pero no estaba enteramente convencido. ¿Por qué iba alguien a asesinar deliberada y brutalmente al inofensivo e invisible Harry Spinner, justo después de que él me dijera que había descubierto algo «extraño» sobre el tal Detweiler? ¿A menos que fuese el tal Detweiler?

—Cuéntame lo que sepas, de todas formas. Si él y Harry eran amigos, quizá él supiese algo. ¿Por qué le llamas siempre chico? ¿Qué edad tiene?

Ella asintió e inclinó su voluminoso cuerpo sobre el mostrador.

—Veinte y pocos, veintidós, veintitrés, quizá. No muy alto, un metro sesenta y cinco, o así. Esbelto, moreno, de pelo rizado, un chico muy guapo. Parecería un artista de cine, si no fuera por su espalda.

—¿Su espalda?

—Tiene una joroba. Es jorobado.

Eso me detuvo un momento, sin saber por qué. Puede que me viniera a la mente la imagen de Charles Laughton montado en las campanas o Igor

robando el cerebro del laboratorio.

—¿Es guapo y jorobado?

—Así es. —Levantó las cejas. La que estaba sobre el parche no se alzó tanto como la otra—. Si le ves de frente, ni siquiera lo notas.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Andrew.

—¿Cuánto tiempo ha estado viviendo aquí?

Ella consultó el fichero.

—Se registró el viernes pasado por la noche. El 22. Seis días.

—¿En qué consiste ese ataque que tenía?

—No lo sé seguro. Era el segundo que le daba. Se ponía pálido y nervioso. Creo que tenía muchos dolores. Se iba poniendo cada vez peor durante todo el día; luego, de pronto, se le pasaba y se quedaba fresco y sano como una rosa.

—Me suena como si necesitara un pinchazo.

—Eso pensé yo al principio, pero luego cambié de opinión. He visto mucho de eso y no era lo mismo. Créeme. Estaba realmente mal esta tarde. Bajó a eso de las cuatro y cuarto, como te dije. No se quejó, pero yo comprendí que quería compañía para apartar su mente de eso. Jugamos hasta las seis y media. Luego se fue arriba. Unos veinte minutos más tarde bajó con su vieja maleta y dijo que dejaba el hotel. Tenía buena cara, ya se le había pasado el ataque.

—¿Tenía un médico?

—Estoy segura de que no. Yo le pregunté. Y dijo que no era nada grave, que ya pasaría. Y así fue.

—¿Dijo por qué se marchaba o adónde iba?

—No, sólo dijo que estaba inquieto y quería cambiar de sitio. La verdad es que sentí que se fuera. Un chico tan simpático.

Cuando, finalmente, llegó la poli, les conté todo lo que sabía, excepto que no mencioné a chico Detweiler. Me quedé allí hasta que averigüé que era casi seguro que a Harry no lo habían matado después de las seis y media. Ellos estimaron la hora entre las cinco y diez, cuando me llamó, y las seis. Parecía que Andrew Detweiler era inocente, pero, ¿qué «extraña» cosa había notado

Harry en él? ¿Y por qué se había marchado inmediatamente después de que asesinaran a Harry? Birdie me dejó echar *une* mirada a su cuarto, pero no encontré nada, ni siquiera un clip abandonado.

El viernes por la mañana me senté en mi despacho tratando de encajar las piezas. El problema era que solamente tenía dos piezas y no encajaba. El sol venía del Bulevar y entraba por la ventana, proyectando las letras pintada; en el cristal contra la pared de enfrente: BERT MALLORY Investigaciones Confidenciales. Mí levanté y miré por la ventana. Esta parte de Bulevar no se había estropeado aún, pero no tardaría mucho.

Hay un sistema seguro para juzgar una parte de la ciudad: los cines. Nunca falla. Por ejemplo, no se había estrenado ninguna película en el centro de Los Ángeles desde hacía mucho, mucho tiempo. Diez años antes la animación estaba en el Bulevar. Ahora está en Westwood.

Los viejos y grandiosos Pantage, al Este de Vine y demasiado cerca de la autopista, solían ser el escenario de los más deslumbrantes estrenos. Incluso la ceremonia de los Oscar se celebraba allí durante una época. Ahora sólo ponen programas dobles de películas de terror. Únicamente Grauman y el que fue Paramount, luego Hoew, y ahora Downtown, en el lado Oeste, tienen buenos estrenos. El Nuvview, al otro lado de la calle, estaba dando programas dobles pornográficos. Era demasiado deprimente. Por lo tanto, cerré la persiana.

Miss Tremaine levantó la vista del tecleto de su máquina y frunció el ceño. Su mesa estaba en la pequeña zona de recepción, pero yo había colocado ambas mesas de tal forma que pudiéramos vernos y hablarnos en voz normal cuando la puerta estaba abierta. Permanecía abierta casi siempre, excepto cuando yo tenía un cliente que consideraba que las secretarias no debían enterarse de sus problemas. Ella llevaba media hora mecanografiando el informe de Lucas Mc Gowan, diciendo puff y pss a intervalos de treinta y dos segundos. Lo estaba pasando estupendamente. Miss Tremaine tenía unos cuarenta y cinco años y el aspecto de una bibliotecaria estreñida, y era la mejor secretaria que yo había tenido en mi vida. Llevaba siete años trabajando conmigo. Yo había probado con unas cuantas jovencitas sexy, pero no había dado resultado. O bien no se prestaban a jugar en absoluto, o

pretendían estar jugando todo el tiempo. Los dos tipos eran un *latazo* para enfrentarte a ellas por la mañana temprano, todas las mañanas.

—Miss Tremaine, ¿quiere llamar a Gus Verdugo, por favor?

—Sí, mister Mallory.

Marcó el número delicadamente, sentada como si llevara un corsé ortopédico.

Gus Verdugo trabajaba en R. I. Yo le había hecho un favor una vez, y él insistió en devolvérmelo diez. Le di todos los datos que tenía sobre Andrew Detweiler y le pregunté si no le importaría meterlos en la computadora. No le importaba. Volvió a llamar a los quince minutos. La computadora no sabía nada de Andrew Detweiler y tenía solamente siete jorobados, ninguno de los cuales encajaba con la descripción del chico.

Estaba sentado allí, preguntándome cómo diablos encontrarle, cuando el teléfono sonó de nuevo. Miss Tremaine dejó de escribir y levantó el receptor sin romper el ritmo. «Oficina de mister Mallory», dijo claramente, haciendo saber a quien llamaba que había tropezado con una organización realmente eficiente. Tapó el auricular con una mano y me miró.

—Es para usted. Una llamada obscena —dijo sin parpadear ni mover un músculo.

—Gracias —dije, y le guiñé un ojo.

Ella colgó el auricular dejándolo caer desde una altura de siete centímetros y volvió a su máquina. Sonriendo, cogí mi teléfono.

—Hola, Janice —dije.

—Un momento hasta que mis oídos dejen de vibrar —la ronca voz me hizo cosquillas en el oído.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —pregunté.

Janice Fenwick era bailarina exótica en un club por las noches, y preparaba su doctorado en oceanografía en UCLA por las tardes. En el año que hacía que nos conocíamos, rara vez la había visto asomar la nariz a la luz del sol antes de las once.

—Tenía que pillarte antes de que empezaras a seguir a esa pesada en el coche.

—Eso se acabó. Ya ha ligado a su último guardia de aparcamiento... por

lo menos, con este marido —reí.

—Me alegro.

—¿Qué hay?

—No he recibido ninguna proposición deshonesta por tu parte desde hace días. Así que pensé en hacerte una yo.

—Soy todo oídos.

—Mañana vamos a hacer submarinismo en la costa de Catalina. ¿Te apetece venir?

—Con los trajes de goma no podemos hacer gran cosa.

—Nos los quitamos a las cuatro; luego nos queda el sábado por la noche y todo el domingo.

—Es la mejor proposición deshonesta que he tenido esta semana.

Miss Tremaine hizo puff. Puede que fuese en relación con el informe, pero no lo creo.

Recogí a Janice en su apartamento de Westwood el sábado por la mañana temprano. Estaba esperándome y vino hacia el coche con paso largo, toda piernas y sana carne dorada. Llevaba pantalón corto blanco, calcetines, y ese maldito jersey del equipo Dallas Cowboys. Era auténtico. El nombre y el número eran muy conocidos; incluso para los no aficionados al fútbol. No quiso decirme de dónde lo había sacado, simplemente sonrió con gesto afectado. Tiró la maleta en el asiento trasero y se deslizó junto a mí. Olía como la luz del sol.

Nos fuimos raudos y veloces y pasamos la mayor parte del día sumergiéndonos en el Pacífico con un grupo de críos quince años más jóvenes que yo y cinco años más jóvenes que Janice. Yo había hecho estas excursiones con Janice antes, y las disfruté tanto que hasta me había comprado mi propio traje de goma. Pero disfruté todavía más el sábado por la noche y todo el domingo.

Volví a mi apartamento en Beachwood bastante tarde el domingo por la noche, y apenas tuve tiempo de comer algo en el restaurante mexicano que hay a la vuelta de la esquina. Tienen una carne asada maravillosa. Yo vivo justo enfrente del cine Paramount, justo enfrente de la cola de gente que entra a ver *La extraña pareja*. Todos los viernes, cuando les veo allí en la cola,

pienso en ir un día de éstos, pero luego nunca lo hago. (Se podría pensar que, viviendo donde vivo, vería a algunos artistas de cine, pero no es así.)

Estaba tan agradablemente agotado que me olvidé por completo de Andrew Detweiler hasta el lunes por la mañana cuando me senté a leer el *Times* en mi despacho.

Era una breve noticia en la página tres, no demasiado interesante en sí misma. La noche anterior, un hombre llamado Maurice Milian, de 51 años, se había caído, rompiendo las puertas de cristal que daban a la terraza del piso en el que vivía, le habían descubierto hacia medianoche, la gente que vivía debajo de él, notó que había sangre seca en su terraza. La única cosa que relacionaba las muertes de Harry Spinner y Maurice Milian era la cantidad de sangre derramada en ambos casos. Si a Milian le hubieran asesinado, podía haber una conexión, por tenue que fuera. Pero la muerte de Milian fue accidental: un torpe y estúpido accidente. Le di vueltas a la idea durante una hora antes de rendirme. Sólo había un modo de quitármela de la cabeza.

—Miss Tremaine, regresaré dentro de una hora más o menos. Si algunas hermosas rubias vienen pidiendo que les encuentre a sus hermanitas, dígales que esperen.

Ella hizo puff otra vez y me ignoró.

El Almsbury estaba a seis manzanas en Yucca. Así que fui a pie. Era un monolito rectangular de unos ocho pisos, ni muy nuevo ni muy viejo, con pinta de caro. Las pequeñas terrazas sobresalían en ordenadas filas. El jardín, estrecho y largo, estaba impecable, con un montón de plantas que parecían importadas de Marte. También había las inevitables palmeras y arbustos de ave del paraíso. Una pequeña, discreta y pulida placa se balanceaba en un marco de hierro forjado proclamando elegantemente: NO HAY PLAZAS.

Dos juncales muchachitos me lanzaron miradas apreciativas en el portal alfombrado, al salir hacia el sol como pájaros exóticos. «Es uno de esos sitios», pensé. Mis sospechas se vieron confirmadas cuando miré la lista de los inquilinos. Todos los nombres eran masculinos, pero ninguno de ellos era Andrew Detweiler.

Maurice Milian estaba aún en la lista con el número 407. Cogí el ascensor hasta el piso cuarto y llamé al timbre del 409. El timbre tocó unas notas de

Bach, o quizá Vivaldi o Telemann. Todos los músicos barrocos me suenan igual. La deliciosa figura que me abrió tendría unos cuarenta años, era casi tan delgado como Twiggy, pero tan alto como yo. Llevaba una camisa de seda con flores, abierta hasta la cintura, dejando ver su huesudo pecho sin vello, y unos pantalones blancos estrechos. No dijo nada, se limitó a levantar las cejas interrogativamente mientras sus ojos me miraban de abajo arriba.

—Buenos días —dije y le enseñé mi carnet.

Se puso pálido. Sus ojos se volvieron canicas y se llenaron de terror. Estaba a punto de ceder al pánico y cerrarme la puerta. Le dediqué una amistosa sonrisa, para desarmarle, y continué como si no hubiera advertido nada.

—Estoy buscando a un hombre llamado Andrew Detweiler.

El terror desapareció de sus ojos, y vi cómo palpitaba su delgado pecho. Me miró sin expresión, indicando que nunca había oído ese nombre.

—Tiene unos veintidós años —seguí—, pelo oscuro y rizado, muy guapo. Él sonrió irónicamente, tranquilizándose, intentando disimular su pánico.

—Todos lo son, ¿no?

—Detweiler es jorobado.

Su sonrisa se contrajo de repente. Sus cejas se elevaron.

—Oh —dijo—. Él.

¡Bingo! Mallory, has llevado una vida sana y honrada y aquí tienes la recompensa.

—¿Vive en este edificio?

Tragué para que mi corazón volviera a su sitio y parpadeé un par de veces para que se desvanecieran las chispitas.

—No. Estuvo... de visita.

—¿Puedo entrar para hablar con usted sobre él?

Él sostenía la puerta medio cerrada, de modo que yo no podía ver nada de la habitación, excepto un lujoso televisor en color. Echó una ojeada nerviosa por encima del hombro a algo que se hallaba a su espalda. El extremo interno de sus cejas descendió. Volvió a mirarme y empezó a decir algo, luego, como un pequeño desafío, se encogió de hombros.

—Desde luego, pero no tengo mucho que decirle.

Abrió la puerta de par en par y se apartó. Era un cuarto de estar de buen tamaño, como sacado de las páginas de una revista de decoración. A mi derecha había una cocina detrás de medio tabique. Una entrada conducía a algún sitio a mi izquierda. Directamente delante de mí, unas dobles puertas corredizas de cristal daban a la terraza. En la terraza un pedazo de carne bronceado estaba tumbado desnudo, tratando de broncearse más. El pedazo de carne abrió los ojos y me miró. Al parecer concluyó que yo no podía ser un rival y volvió a cerrarlos. El alto y delgado indicó uno de los dos sofás idénticos, a rayas marrón y naranja, uno frente al otro, con una enorme mesa baja de mármol y cristal entre ambos. Él se sentó en el otro, cogió un cigarrillo de una caja de alabastro y lo encendió con un encendedor de alabastro. Después, me ofreció uno.

—¿A quién estaba visitando Detweiler? —pregunté mientras encendía el cigarrillo. Sentí el encendedor frío y caro en la mano.

—Maurice... en la puerta de al lado —inclinó la cabeza levemente hacia el 407.

—¿No es él quien murió en un accidente anoche?

Él exhaló una bocanada de humo por entre sus labios apretados y sacudió el cigarrillo en un cenicero de alabastro.

—Sí —dijo.

—¿Cuánto tiempo hace que se conocían Maurice y Detweiler?

—No mucho. —¿Cuánto?

Apagó el cigarrillo en el blanco alabastro y se recostó, tan delicado e impecable que yo hubiera apostado que sus heces salían envueltas en celofán. Frunció las cejas.

—Maurice lo ligó en algún sitio la otra noche.

—¿Qué noche?

Pensó un momento.

—El jueves, creo. Sí, el jueves.

—¿Era Detweiler un ligón profesional?

Cruzó las piernas como una estrella de los años cuarenta y balanceó su sandalia romana.

Torció los labios en un gesto de desprecio.

—Si lo fuese, se hubiera muerto de hambre. ¡Era deforme!

—No parece que a Maurice le importara.

Él bufó y encendió otro cigarrillo.

—¿Cuándo se fue Detweiler?

Él se encogió de hombros.

—Le vi ayer por la tarde. Yo salí anoche... y volví muy tarde.

—¿Qué tal se llevaban? ¿Se peleaban?

—No tengo ni idea. Sólo les vi en el portal un par de veces. Maurice y yo... no éramos amigos. —Se levantó, inquieto—. Realmente no puedo decirle nada. ¿Por qué no le pregunta a David y Murray? Ellos eran... íntimos de Maurice.

—¿David y Murray?

—Al otro lado del vestíbulo. El 408.

Me puse de pie.

—Lo haré. Muchas gracias.

Miré las puertas de cristal. Supongo que sería bastante fácil atravesarlas creyendo que estaban abiertas.

—¿Son todos los apartamentos iguales? ¿Las mismas puertas de terraza?

Él asintió con la cabeza.

—Gracias otra vez.

—No hay de qué.

Me abrió la puerta y la cerró a mis espaldas. Suspiré y crucé al 408. Llamé al timbre. No sonó ninguna música, sólo hizo bing-bong.

David (o Murray) tenía unos veinticinco años, el pelo rojo y pecas. Su cuerpo era esbelto y musculoso, también con pecas. Lo noté porque llevaba solamente unos vaqueros cortos con aberturas a los lados. Iba descalzo y tenía un churrete de pintura verde en la nariz. Su rostro era abierto y amistoso y me dedicó una impersonal sonrisa-para-desconocido.

—¿Sí? —preguntó.

Le enseñé mi carnet. En vez de ponerse pálido, pareció interesarse.

—El hombre del 409 me dijo que quizá usted pudiera decirme algo sobre Andrew Detweiler.

—¿Andy? —frunció levemente el ceño—. Pase. Soy David Fowler.

Me tendió la mano. Se la estreché.

—Bert Mallory.

El apartamento no podía ser más distinto del otro. Era cómodo y estaba abarrotado; lo que dominaba era una mesa de dibujo rodeada de jarras con pinceles y cajas de tubos de pintura. Como arquitectura, sin embargo, era casi idéntico. La terraza estaba llena de macetas con plantas en lugar de músculos desnudos. David Fowler se sentó en el taburete de la mesa de dibujo y empezó a limpiar pinceles. Al sentarse, la abertura de sus pantalones se abrió, mostrando la mitad de la nalga, que también era pecosa. Pero yo tuve la impresión de que no se estaba exhibiendo; simplemente le daba igual.

—¿Qué quiere saber de Andy?

—Todo.

—Entonces, no le sirvo. Siéntese. Quite las cosas —rió.

Dejé libre un hueco en el sofá y me senté.

—¿Qué tal se llevaban Maurice y Detweiler?

Me lanzó una mirada.

—Bien. Que yo sepa. A Maurice le gustaba recoger cachorros abandonados. Eso es lo que era Andy.

—¿Era Detweiler un ligón profesional?

Se rió de nuevo.

—No. Dudo que supiera lo que significa esa palabra.

—¿Era marica?

—No.

—¿Cómo lo sabe?

Sonrió.

—¿No lo ha oído decir? Nosotros nos detectamos a un kilómetro. ¿Quiere un café?

—Sí, gracias.

Fue al medio tabique que separaba la cocina y sirvió dos tazas de una cafetera que parecía estar siempre llena y caliente.

—Es difícil describir a Andy. Había algo de niño pequeño en él. Verdaderamente inocente. Encantado con todo lo nuevo. Es triste lo de su espalda. Muy triste.

Me dio la taza y volvió al taburete.

—Había algo muy secreto en él. No respecto a sus sentimientos; en ese sentido era muy abierto.

—¿Se acostaban juntos él y Maurice?

—No. Ya le he dicho que era una relación de cachorrito perdido. Ojalá estuviera aquí Murray. Él maneja las palabras mucho mejor que yo. Yo tengo una orientación visual.

—¿Dónde está?

—En el trabajo. Es abogado.

—¿Cree usted que Detweiler pudo haber matado a Maurice?

—No.

—¿Por qué?

—Estuvo aquí con nosotros toda la tarde. Cenamos y jugamos a las palabras. Creo que estaba realmente enfermo, aunque él fingía que no. Aunque no hubiera estado aquí, tampoco lo creería.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Se marchó como media hora antes de que encontraran a Maurice. Supongo que fue allí, vio a Maurice muerto, y decidió desaparecer. No puedo decir que le culpe. A la policía se le podía haber ocurrido algo raro. Nosotros no le mencionamos.

—¿Por qué no?

—No tenía sentido meterle en líos. Fue un accidente.

—¿No pudo haber matado a Maurice después de salir de aquí?

—No. Dijeron que llevaba muerto más de una hora. ¿Qué le dijo Desmond?

—¿Desmond?

—Al otro lado del vestíbulo. El que parece que está oliendo algo desagradable.

—¿Cómo sabe que hablé con él y no con el pedazo de carne?

Él se rió y casi dejó caer la taza.

—No creo que Roy sea *capaz* de hablar.

—No sabía nada de nada.

Me encontré riendo también. Me levanté y me acerqué a las puertas de

crystal. Las abrí y las volví a cerrar.

—¿Pensó alguna vez que estaban abiertas cuando en realidad estaban cerradas?

—No. Pero he oído que ha sucedido.

—Yo también —suspiré.

Me volví y miré el papel en el que él estaba trabajando sobre la mesa de dibujo. Era una pintura pequeña de un chico y una chica, ella con un delicado vestido blanco y él con vaqueros y camiseta. Representaban unos quince años. Estaban abrazados, a punto de besarse. Resultaba evidente que era la primera vez para los dos. Era bueno. Se lo dije.

Sonrió complacido.

—Gracias. Es para la portada de un libro.

—¿Quién tuvo la idea de que Detweiler cenara y pasara la tarde con ustedes?

Pensó un momento.

—Maurice. —Me miró y sonrió—. ¿Entiende de sellos?

Tardé un segundo en comprender lo que quería decir.

—¿Quiere decir coleccionar sellos? No mucho.

—Maurice era filatélico. Especializado en la Alemania de posguerra; localidades y zonas, cosas así. Había conseguido un kilo de edificios y quería clasificarlos sin que le molestaran.

Sacudí la cabeza.

—Me he perdido. ¿Un kilo de edificios?

Él rió.

—Es una serie de veintiocho sellos, emitida en la Zona Americana en 1948, que reproduce edificios famosos alemanes. La situación en Alemania era todavía bastante caótica entonces, y los sellos se imprimieron en condiciones provisionales. Por lo tanto, hay una enorme variedad de diferentes perforaciones, filigranas y grabados. Cientos, de hecho. Maurice podía pasar horas examinándolos.

—¿Son valiosos?

—No. Muy corrientes. Algunas de las variedades son difíciles de encontrar, pero no son valiosos. —Me miró, comprendiendo—. No faltaba

nada del apartamento de Maurice.

Me encogí de hombros.

—Se me ocurrió preguntarme de dónde sacaba el dinero Detweiler.

—No sé. Nunca surgió el tema.

No estaba a la defensiva.

—Le caía bien, ¿no?

Había una cansada tristeza en su mirada.

—Sí —dijo.

Esa tarde recogí a Birdie Pawlowicz en el Hotel Brewster y la llevé al funeral de Harry Spinner. Le conté lo de Maurice Milian y Andrew Detweiler. Le dimos vueltas y vueltas. Evidentemente el chico no podía haber matado a Harry ni a Milian, pero eran demasiadas coincidencias.

Después del funeral, fui a la Biblioteca Pública de Los Ángeles y empecé a repasar números atrasados del *Times*. Sólo había visto los de las tres últimas semanas cuando cerraron la biblioteca. El *Times* de Los Ángeles es muy grueso, y a menos que la muerte sea sensacional o el muerto importante, la noticia puede aparecer en cualquier parte excepto entre los anuncios por palabras.

El martes pasado, el 26, una chica se había cortado las muñecas con una cuchilla en el Norte de Hollywood.

El día anterior, el lunes 25, una chica había tenido un aborto y una hemorragia. Se había desangrado porque tanto ella como su amigo estaban totalmente drogados. Vivían en un bloque en Western, muy cerca del Brewster... y Detweiler estaba en el Brewster ase lunes.

El domingo, 24, un borracho había sido apuñalado en el parque Mac Arthur.

El sábado, 23, encontré tres. Una pelea a navajazos en un bar de Pico, un tiroteo en una casa de huéspedes en Jrolo, y una violación con cuchillada en un callejón de La Brea. Solamente la víctima de los tiros había muerto desangrada, pero en los tres casos hubo mucha sangre.

El viernes, 22, el mismo día en que Detweiler se registró en el Brewster, un niño de dos años se había caído sobre un rastrillo vuelto hacia arriba en el patio de su casa en Sarchemont, a sólo ocho o diez manzanas de donde yo

vivía. Y un par de críos chicanos tuvieron una pelea con navajas detrás de Hollywood High. Uno murió y el otro estaba en la cárcel. ¡Oh, el machismo!

La lista seguía y seguía hasta el jueves 7. Ese día hubo otro suicidio por corte de venas, cerca de Western.

A la mañana siguiente, martes, 3, llamé a miss Tremaine y le dije que llegaría tarde, pero llamaría cada dos horas para averiguar si la esbelta rubia que buscaba a su hermanita se había presentado. Ella hizo puff.

Larchemont es un barrio de clase media acurrucado entre la antigua riqueza que rodea al club de campo y la porquería que se va extendiendo por Melrose desde Western Avenue. Intenta dar la impresión de barrio residencial, en vez de zona comercial cercana al centro; y casi lo consigue. La zona no abunda en apartamentos y casas de huéspedes, pero hay algunos. Encontré el rastro del chico Detweiler al tercer intentó. El lugar estaba a una manzana de donde el niño cayó sobre el rastrillo.

Según el dueño, a la hora de la muerte del niño, Detweiler estaba jugando al bridge con él y con dos hermanas solteronas en el número 12. No se había sentido bien y se marchó esa noche para coger un autobús a San Diego; quería visitar a su madre que estaba enferma. Al dueño le dio pena, tanta pena que rompió una regla estricta y le devolvió la mayor parte de la renta del mes. Detweiler había pagado por adelantado. Después de todo sólo había estado allí tres días. Qué triste lo de su espalda. Un chico tan simpático, tan dulce... un escritor, ¿sabe?

No, no lo sabía, pero eso explicaba el hecho de que andará de un lado para otro y no pareciera trabajar.

Llamé a David Fowler.

—Sí, Andy tenía una máquina de escribir portátil, pero no mencionó que fuera escritor.

Y Birdie Pawlowicz.

—Sí, se le oía tecleando mucho en su cuarto.

Volví a encontrar el rastro de Detweiler de los días 16 y 19. Se mudó a una casa de huéspedes cerca de Silver Park la noche del 13 y la dejó el 19. La patrona no le había devuelto el dinero, pero le proporcionó una coartada para el viejo apuñalado en el parque el 16 y el suicidio de la chica en la misma

casa de huéspedes el 19. Había estado radiante de salud cuando llegó, enfermo el 16, sano el 17, y otra vez enfermo el 19.

Había una reiteración. Vivía a una manzana de distancia del callejón donde un hombre fue apuñalado y robado el día 13; aunque los detalles del asesinato no encajaban con el modelo. Pero él había estado enfermo, tenía coartada y se trasladó a Silver Lake.

La historia se repite el 10: una mujer resbala en la bañera y, al caer, rompe el cristal de la ducha, quedando hecha jirones. Enfermo, coartada, traslado.

Puede que sea porque las matemáticas siempre se me han dado fatal, pero hasta ese momento no calculé las frecuencias de Detweiler. Milian murió el día 1, Harry Spinner el 28, el aborto fue el 25, el niño el 22, Silver Lake el 16 y el 19, etc., etc.

Se producía una muerte sangrienta en las proximidades de Detweiler cada tres días.

Pero no podía descubrir una norma para las víctimas: hombres, mujeres, niños, solteras, casados, solteros, ricos, pobres, viejos, jóvenes. No había ningún denominador común, y siempre hay una norma. Incluso comprobé si los nombres iban por orden alfabético.

Volví a mi oficina a las seis. Miss Tremaine estaba sentada, muy colocada, ante su mesa, en la que no había nada más que su bolso y su cuaderno. Me recordó mucho a Desmond.

—¿Qué hace usted aquí, miss Tremaine? Debería haberse ido hace una hora.

Me senté ante mi mesa, echándome hacia atrás hasta que la silla giratoria gimió dos veces, y puse los pies encima. Ella cogió el cuaderno.

—Quería darle las llamadas.

—¿No pueden esperar? He estado husmeando todo el día y estoy agotado.

—Nadie le paga por encontrar a ese Detweiler, ¿no?

—No.

—El saldo de su banco llegó hoy.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada. Una buena secretaria tiene informado a su jefe. Yo le estoy

informando.

—Vale. ¿Quién llamó?

Consultó su cuaderno, pero apuesto lo que sea a que se sabía de memoria cada palabra.

—Llamó una tal mistress Carmichael. Han raptado a su caniche. Quiere que usted lo encuentre.

—¡Dios! ¿Por qué no alude a la policía?

—Porque está segura de que el secuestrador es su ex marido. No quiere meterle en líos; sólo quiere recuperar a «Gwendolyn».

—¿«Gwendolyn»?

—Sí. Vino una tal mistress Bushyager. Quiere que encuentre usted a su hermanita.

Me incorporé tan de prisa que casi me caigo de la silla. La miré fija y largamente, pero su expresión era neutra y no parpadeó.

—Está usted bromeando.

Levantó las cejas un milímetro.

—¿Era una rubia esbelta?

—No. Era una morena gordita.

Me recosté en la silla, conteniendo la risa.

—¿Por qué quiere mistress Bushyager que yo encuentre a su hermanita?

—Porque piensa que está en algún sitio con mister Bushyager. Le gustaría que la llamara esta noche.

—Mañana. Esta noche tengo una cita con Janice.

Abrió el cajón de su mesa y sacó mi saldo bancario. Lo dejó caer sobre la mesa con ruido.

—No se preocupe —la tranquilicé—. No gastaré mucho. Solamente *spaghetti* y vino esta noche y jamón y huevos de desayuno.

Ella hizo puff. Que es lo que yo pretendía.

—¿Algo más? —pregunté.

—Llamó un tal mister Bloomfeld. Quiere que usted consiga pruebas para que él pueda presentar una demanda de divorcio contra mistress Bloomfeld.

Suspiré. Ella cerró su cuaderno.

—De acuerdo. Dígale que no a mistress Carmichael y déle una cita a

Bushyager y a Bloomfeld.

Ella bajó los párpados. Yo extendí las manos.

—¿Cree usted que Sam Spade se pondría a buscar una caniche llamada «Gwendolyn»?

—Si su cuenta corriente era como la de usted, quizá. Mister Bloomfeld vendrá a las dos, mistress Bushyager, a las tres.

—Miss Tremaine, sería usted una madre maravillosa.

Ella ni siquiera hizo puff; simplemente cogió su bolso y se marchó, muy tiesa. Yo giré la silla y miré el calendario. Mañana era 4.

Alguien moriría mañana y Andrew Detweiler estaría por allí.

Me incorporé en la cama y me apoyé contra el cabecero. Janice gruñó en la almohada y abrió un ojo, clavándome la mirada.

—No quería despertarte —dije.

—¿Qué te pasa? —murmuró—. ¿Demasiados *spaghetti*?

—No. Demasiado Andrew Detweiler.

Ella también se sentó, cubriéndose el pecho con la sábana, y encendió la luz. Palpó en la mesilla de noche en busca de un cigarrillo.

—¿Quién quiere divorciarse de él?

—Eso es una mezquindad —me quejé.

—¿Quieres un pitillo?

—Sí.

Se puso dos cigarrillos en los labios y los encendió. Me dio uno.

—No te parece nada a Paul Henreid —dije.

—Es curioso. Tú sí te parece a Bette Davis. ¿Quién es Andrew Detweiler?

Así que se lo conté.

—Es elemental, querido Sherlock —dijo—. Andrew Detweiler es un vampiro. —Yo fruncí el ceño—. Desde luego, es un vampiro inteligente. Los vampiros suelen ser tontos. Siempre se delatan dejando las dos marcas de los dientes en la yugular de la gente.

—Querida, hasta los vampiros tienen que estar en el escenario del crimen.

—Siempre tiene coartada, ¿eh?

Me levanté y me dirigí al cuarto de baño.

—Lo cual es sospechoso en sí mismo.

Cuando salí ella preguntó:

—¿Por qué?

—Las personas que son inocentes no suelen tener coartadas; sobre todo, no una cada tres días.

—Probablemente por eso a las personas inocentes las meten en la cárcel tan a menudo.

Me reí y me senté en el borde de la cama.

—Puede que tengas razón.

—Bert, hazlo otra vez.

La miré por encima del hombro.

—¿Que haga qué?

—Ir al cuarto de baño.

—No creo que pueda. Mi vejiga está vacía.

—No quiero decir eso. Que vayas hacia la puerta del baño.

Le lancé una mirada suspicaz, me levanté y anduve hasta la puerta. Me volví, crucé los brazos y me recosté en el quicio.

—¿Bien?

Ella sonrió.

—Tienes un trasero precioso. Casi tanto como el de Burt Reynolds. Puede que sean gemelos.

—¿Qué? —casi grité.

—Puede que Andrew Detweiler tenga un gemelo. Uno de ellos comete los asesinatos y el otro establece las coartadas.

—¿Vampiros gemelos?

Ella frunció las cejas.

—Es un poco demasiado, ¿no? ¿Habían descubierto lo del grupo sanguíneo en la época de Bram Stoker?

Me metí en la cama y me subí la sábana hasta la cintura, apoyándome junto a ella en el cabecero.

—No tengo ni la menor idea.

—También en eso son tontos los vampiros. Nunca comprueban el grupo sanguíneo de la víctima. Un grupo distinto puede matarte.

—Los vampiros no reciben transfusiones de sangre exactamente.

—Pero viene a ser lo mismo, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Bueno —suspiró—, los vampiros son tontos.

Empezó a tirarme del vello del pecho.

—No he recibido una proposición deshonesta desde hace horas —sonrió.

Así que tuve que hacérsela.

El miércoles por la mañana hice doce llamadas telefónicas. De las nueve víctimas que yo conocía, conseguí la información de seis.

Las seis tenían el mismo grupo sanguíneo.

Encendí un cigarrillo y me eché hacia atrás en la silla. Todo el asunto me daba vueltas en la cabeza. Había encontrado un denominador común. No tenía sentido. Quizá Detweiler era un vampiro.

—Mallory —dije en voz alta—, te estás volviendo majara.

Miss Tremaine levantó la vista.

—Si yo fuera usted, me escucharía —dijo con cara de póquer.

Al día siguiente, salí de la cama a rastras a las seis de la mañana. Me di una ducha, me afeité, me vestí y me eché gotas en los ojos. A pesar de eso, los sentía como si me hubiera puesto cemento en ellos. Mistress Bloomfeld me había tenido levantado hasta las dos de la noche anterior, siguiéndola por todos los lugares nocturnos de Santa Mónica, a los que fue con un tipo al cual todavía no había identificado. Cuando se registraron en un motel, me fui a la cama.

A esa hora no pude encontrar un periódico de la mañana más cerca de Western. La noticia venía en la página siete. Afortunadamente, habían encontrado el cuerpo a tiempo de que saliera en la primera edición. Una mujer de 38 años, llamada Sybil Herndon, se había suicidado en un edificio de apartamentos de Las Palmas. (Detweiler no había tenido que ir muy lejos. La dirección estaba a la vuelta de la esquina del Almsbury.) Se había cortado las muñecas con un pedazo de espejo roto. La habían descubierto a eso de las once y media, cuando el gerente fue a decirle que bajara el volumen del

televisor.

Era demasiado temprano para pasarme por allí, así que desayuné, esperando que fuera una de las veces en que Detweiler se quedaba en un sitio más de tres días. Ni por un momento dudé de que estaría viviendo en los apartamentos de Las Palmas, o no lejos de ellos.

La propietaria-gerente de los apartamentos era una de esas criaturas características de Hollywood. Probablemente había sido una estrellita en los años veinte o treinta, pero el éxito no le había sonreído. Por lo tanto había intentado inmovilizarse en el tiempo. Continuaba esperando que la llamaran del Estudio en cualquier momento. Pero su carne no había cooperado. Tenía el pelo del color del cobre bruñido y se había puesto el lápiz de labios rojo-coche-de-bomberos muy por fuera de su delgada boca. Sus acuosos ojos me miraban a través de un antifaz de pintura desde un rostro blanco como el yeso. Su vestido era copia de uno de los Norma Shearer.

—¿Sí? —dijo con voz jadeante.

Sus ojos recorrieron rápidamente todo mi cuerpo. Esto me sucedía con la suficiente frecuencia como para que no me sintiera incómoda, pero esta vez me produjo una sensación de náusea, como si me estuvieran midiendo para el ataúd de una momia. Le enseñé el carnet y le pregunté si podía hablar con ella sobre uno de los inquilinos.

—Desde luego. Pase. Soy Lorraine Nesbitt.

¿Hubo una chispa de desilusión porque no reconocí el nombre? Ella se apartó, sosteniendo la puerta abierta. Me di cuenta de que los detectives, privados o no, y las preguntas sobre inquilinos no eran una novedad para ella. Entré en la habitación, y ella me miró desde cien puntos distintos. Las borrosas fotografías cubrían todas las superficies planas y se agarraban a las paredes como lapas. Había sido una monada... hacía cuarenta años. Me vio mirar las fotografías y sonrió. El maquillaje alrededor de su boca se resquebrajó.

—¿Por quién quiere preguntarme? —la sonrisa se desvaneció y las rajas se cerraron.

—Andrew Detweiler.

Me miró sin expresión.

—Joven, guapo, con una joroba.

Las rajadas se abrieron.

—Oh, sí. Sólo lleva aquí unos días. Había olvidado el nombre.

—¿Está aún aquí?

—Oh, sí —suspiró—. Es tan injusto que un chico tan guapo tenga un defecto físico.

—¿Qué me puede decir de él?

—No mucho. Sólo ha estado aquí desde el domingo por la noche. Es muy guapo, como un ángel, un ángel negro. Pero no fue su belleza lo que me atrajo —sonrió—. He visto muchos hombres guapos en mi época, ¿sabe? Es difícil de expresar. Tiene una inocencia increíble. El aire perdido, predestinado, que debía de tener Byron. Una vulnerabilidad que despierta un deseo de escudarlo, de protegerlo. No sé seguro qué es, pero tocó una cuerda en mi alma... Quizá sea eso. Lleva el alma en la cara. —Asintió, como para sí—. Eso es peligroso. Si esta cualidad, sea lo que sea, pudiera fotografiarse, le convertiría en una estrella de la noche a la mañana, tanto si sabe actuar como si no. Excepto; claro, por su defecto.

Lorraine Nesbitt, pensé, estaba loca como una cabra.

Alguien entró en la habitación. Se quedó apoyado en el quicio, mirándome con ojos soñolientos. Tendría unos veinticinco años, llevaba pantalones ajustados, sin nada debajo, y una camiseta. Tenía el pelo revuelto y muy corto, pasado de moda. Parecía un tipo guapo de Kansas. El corte de pelo me hizo pensar que era nuevo en la ciudad, pero la mirada me dijo que no. Supongo que a la vieja dama le gustaba el pelo así.

Ella sonrió bobaliconamente.

—¡Oh, Johnny! Entra. Este detective me estaba preguntando por Andrew Detweiler, del número 7 —se volvió hacia mí—. Este es mi protegido, Johnny Peacock, un joven con mucho talento. Voy a conseguirle una prueba tan pronto como mister Goldwyn conteste a mis llamadas. —Bajó los párpados tímidamente—. Yo trabajé para Goldwyn, ¿sabe?

Es raro, yo pensaba que Goldwyn había muerto. Puede que no.

Johnny recibió la noticia de su futuro estréllate con total indiferencia. Fue al sofá y se sentó, bostezando.

—¿Detweiler? Creo que nunca le he echado la vista encima. ¿Qué ha hecho?

—Nada. Rutina.

Evidentemente pensó que yo era un detective de la policía. No valía la pena sacarle de su error.

—¿Dónde estaba él anoche cuando murió la Herndon?

—En su cuarto, creo. Oí su máquina. No se encontraba bien —dijo Lorraine. Luego inhaló aire por entre los dientes y se llevó los dedos a la boca escarlata—. ¿Cree usted que tuvo algo que ver con eso?

Detweiler había roto su norma. No tenía coartada. Yo no podía creerlo.

—Oh, Lorraine —gruñó Johnny.

Me volví hacia él.

—¿Sabe usted dónde estaba Detweiler?

Se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¿Entonces por qué está tan seguro de que no tuvo nada que ver?

—Ella se suicidó.

—¿Cómo lo sabe seguro?

—La puerta estaba cerrada con cerrojo por dentro. Tuvieron que romperla para entrar.

—¿Y la ventana? ¿También estaba cerrada?

—No. Estaba abierta. Pero tiene barrotes. Nadie pudo entrar por ahí.

—Al no conseguir que contestara a mis llamadas a la puerta anoche, di la vuelta para mirar por la ventana. Estaba tumbada allí cubierta de sangre —dijo Lorraine.

Empezó a lloriquear, y Johnny se levantó y la rodeó con un brazo. Me miró sonriendo, y se encogió de hombros.

—¿Tiene algún apartamento libre? —pregunté, porque se me ocurrió una idea repentina.

—Sí —dijo ella, y el lloriqueo desapareció instantáneamente—. Tengo dos. En realidad, tres, pero no puedo alquilar el de miss Herndon por unos días... hasta que alguien recoja sus cosas.

—Me gustaría alquilar el más próximo al número 7 —dije.

No tuve la suerte de que fuera el 6 o el 8, pero sí el 5. Los innominados y mugrientos *bungalows* de Lorraine Nesbitt eran una cueva. El número 5 tenía una habitación con un armario, una cocina diminuta y un cuarto de baño minúsculo. Ella me aseguró que era idéntico a los otros nueve. Con muchos tirones y gruñidos, el sofá se convertía en una cama llena de bultos. La nevera daba la impresión de que alguien hubiera derramado un frasco de salsa en 1938 y no lo hubiese limpiado todavía. La cocina era espantosa. Bien, suspiré, son sólo tres días. Tenía que pagar un mes de renta por adelantado de todas formas, pero lo di como si fuera un soborno para que Lorraine y Johnny guardaran el secreto respecto a mi condición de detective.

Llevé ropa suficiente para tres días, sábanas y almohadas; luego, le eché otra mirada a la cocina y decidí que comería fuera. Puse un frasco de desinfectante en el cuarto de baño y confié en tener suerte. Miss Tremaine mencionó el saldo bancario y bufó unas cuantas veces.

El número 5 tenía una puerta y cuatro ventanas; idénticas a todas las demás, según Lorraine. En la puerta había un pesado cerrojo que no se podía abrir ni cerrar desde fuera. La ventana que había junto a la puerta no estaba concebida para abrirse. La ventana del baño y la cocina se abrían hacia afuera y eran altas y estrechas, de un metro y medio por cuarenta centímetros, aproximadamente. La del cuarto de estar, enfrente de la puerta, se abría hacia arriba. Las barras de hierro sujetas al marco estaban tan herrumbrosas que yo dudaba que fuese posible quitarlas sin arrancar toda la ventana. Al parecer, Andrew Detweiler tenía una coartada perfecta, después de todo... así como el resto del mundo.

Me detuve delante del número 7, sintiéndome de pronto como un jovencito a punto de salir con una chica por primera vez. Podía oír la máquina de Detweiler tecleando en el interior. Bueno, Mallory, has estado rompiéndote el cuello durante una semana para lograr esto.

Llamé a la puerta.

Oí que la máquina dejaba de teclear y el ruido de una silla al arrastrarla. No oí nada más durante veinte segundos, y me pregunté qué estaría haciendo. Luego el cerrojo se corrió y la puerta se abrió.

Estaba abrochándose la camisa. Esa debía de haber sido la causa del

retraso: no quería que le vieran sin camisa. Todo lo que me habían dicho de él era cierto. No era muy alto; su cabeza me llegaba a la nariz. Era moreno, pero no tanto como yo esperaba. No pude precisar su ascendencia. Desde luego, no era latinoamericana, y tampoco me parecía eslava. Sus rasgos eran delicados, y en las razas mediterráneas suelen ser angulosos. El pelo no era completamente negro, ni muy largo ni muy corto. Sus ropas eran indefinidas. Todo en él era neutro... excepto su cara. Lorraine Nesbitt lo había descrito bien. Si buscaras a alguien para un papel de ángel masculino, Andrew Detweiler con peluca rubia te serviría. Su cuerpo era esbelto y bien formado; desde donde yo estaba no veía la joroba y nunca hubiera pensado que la tuviera. Entreví su pecho desnudo: no era musculoso, pero sí bien proporcionado. Tenía un aspecto saludable; las mejillas sonrosadas, aunque estaba algo pálido, como si no le diera mucho el sol. Sus ojos oscuros eran asombrosos. Si aislabas los ojos del resto de la cara, juraría que no tenía más de cuatro años. Has visto niños con esos grandes ojos cándidos, indefensos e interrogantes, ¿verdad?

—¿Sí? —preguntó.

—Hola —sonreí—. Soy Bert Mallory. Acabo de mudarme al 5. Miss Nesbitt me dijo que te gusta jugar al gin-rummy.

—Sí —sonrió—. Pase.

Se volvió para dejarme pasar y vi la joroba. No sé cómo describir lo que sentí. Un súbito dolor en el estómago, la misma sensación de injusticia y tristeza que tuvieron los otros; lo que sentirías ante algo muy hermoso con un fallo abrumador.

—No te molesto, ¿verdad? He oído la máquina.

La habitación era realmente idéntica a la mía, aunque parecía un cien por cien más habitable. No podía concretar qué era lo que le había hecho para que resultara así. Quizá era solamente la semioscuridad. Tenía las cortinas echadas y una lámpara encendida junto a la máquina.

—Sí, estaba trabajando en un cuento, pero prefiero jugar al gin. —Sonrió, abierto e ingenuo—. Si pudiera ganar dinero jugando al gin, no escribiría.

—Mucha gente gana dinero con el juego.

—Oh, yo no podría. Tengo demasiada mala suerte.

Ciertamente tenía derecho a decir eso, pero no había autocompasión, era solamente un comentario. Luego me miró ligeramente preocupado.

—No quería usted... oh... jugar con dinero, ¿verdad?

—En absoluto —dije, y su expresión cambió—. ¿Qué clases de cuentos escribes?

—Oh, cualquier clase. —Se encogió de hombros—. Principalmente, fantásticos.

—¿Los vendes?

—La mayoría, sí.

—No recuerdo haber visto tu nombre en ningún sitio. Miss Nesbitt dijo que te llamabas Andrew Detweiler.

Él asintió.

—Utilizo otro nombre. No lo conocería, de todas formas. No es lo que se dice famoso.

Sus ojos indicaban que prefería no decirme cuál era. Tenía un ligero acento, una especie de suavidad y lentitud, sin llegar a arrastrar las palabras y sin ser exactamente del Profundo Sur. Él apartó la máquina y sacó una baraja.

—¿De dónde eres? —pregunté—. No sé tu acento.

Sonrió y barajó las cartas.

—De Carolina del Norte. Allá por el Blue Ridge.

Cortamos y repartí.

—¿Cuánto tiempo llevas en Hollywood?

—Unos dos meses.

—¿Te gusta?

Con su seductora sonrisa, recogió mi descarte.

—Es muy... extraño. ¿Ha vivido usted aquí mucho tiempo, mister Mallory?

—Llámame Bert. Toda la vida. Nací en Inglewood. Mi madre todavía vive allí.

—Debe de ser... extraño... vivir en el mismo sitio toda la vida.

—¿Tú viajas mucho?

—Sí. Gin.

—Creí que tenías mala suerte —reí.

—Si jugáramos con dinero, no me saldría nada bien.

Jugamos al gin el resto de la tarde y hablamos, hablamos mucho. Detweiler parecía ansioso por hablar o, al menos, por tener alguien con quien hacerlo. No me dijo nada que pudiera relacionarlo con nueve muertes; principalmente, me contó dónde había estado, lo que había leído. Leía mucho, casi todo lo que caía en sus manos. Tuve la impresión de que más que vivir realmente la vida, la había leído, de que las cosas que sabía nunca le habían afectado físicamente. Era como una isla apartada. La vida fluía a su alrededor, pero jamás le tocaba. Me pregunté si su joroba suponía tanta diferencia, si le convertía en un mono verde, obligándole a retirarse a su existencia insular. Prácticamente a todas las personas con las que yo había hablado les caía bien; era un sentimiento mezclado con diversas dosis de compasión, sin duda, pero les agradaba. A Harry Spinner le gustaba el chico, aunque había descubierto algo «extraño» en él. Birdie Pawlowicz, Maurice Milian, David Fowler, Lorraine Nesbitt... a todos les gustaba.

Y, maldita sea, a mí también me agradaba.

A medianoche yo seguía despierto, sentado en el número 5, con la luz apagada y la puerta abierta. Escuchaba el teclear de la máquina de Detweiler y el rumor ahogado de Los Ángeles. Pensando y pensando. Sin llegar a ninguna conclusión.

Alguien pasó por delante de mi puerta, andando sigilosamente. Me asomé y vi que era Johnny Peacock. Se alejaba a lo largo de la fila, dio la vuelta hacia el sur. Seguro que iba a Selma o al Bulevar para sacarse unos pavos extras. Lorraine debía de tener los cordones de la bolsa bien apretados. Será mejor que tengas cuidado, muchacho. Si ella te descubre, volverás a encontrarte en la calle. Y no te quedan demasiados años de ganarte la vida simplemente logrando que se te levante.

Me dejé caer un rato por la oficina el miércoles por la mañana y repasé las facturas de primeros de mes. Miss Tremaine tenía una lista de nuevos posibles clientes.

—Dícales a todos que no puedo hacer nada hasta el lunes.

Ella asintió desaprobadoramente.

—Llamó mister Bloomfeld.

—¿Recibió mi informe?

—Sí. Está muy contento, pero quiere el nombre del hombre.

—Dígale que me ocuparé del asunto el lunes.

—Llamó mistress Bushyager. Su hermana y mister Bushyager siguen sin dar señales de vida.

—Dígale que me encargaré de ello el lunes. —Ella abrió la boca para hablar—. Si dice usted algo de mi cuenta bancaria, le echaré veneno en la leche.

Ella no bufó, sino que rió entre dientes. ¿Cuántos tantos debo apuntarme por eso?

Aquella tarde jugué al gin con Detweiler. Estaba auténticamente encantado de verme, como un cachorrito cariñoso. Yo estaba empezando a sentirme un hijo de puta.

Él no había vuelto a mencionar Carolina del Norte después de la primera vez, y a mí me interesaba muchísimo cualquier tema que él quisiera evitar.

—¿Cómo es el Blue Ridge? ¿Caza de negros y claro de luna?

Él sonrió y me desarmó.

—Sí, supongo. La mayoría de las cosas que lees de allí son bastante ciertas. Aquello es realmente diferente, casi sin ningún contacto con el exterior.

—¿Viviste muy hacia el interior?

—Casi tan adentro como puedes ir sin salirte por el otro lado. ¿Sabes que la mayoría de la gente no ha oído hablar de la televisión ni del cine, y algunos ni siquiera saben el nombre del Presidente? La mayor parte nunca ha estado a más de treinta millas del sitio donde nació, y nunca ha visto la luz eléctrica. No te lo creerías. No es sólo que las cosas sean diferentes. La gente es diferente y piensa de modo diferente... como en un país extranjero. —Se encogió de hombros—. Supongo que todo eso desaparecerá pronto, sin embargo. La civilización se va acercando lentamente. ¿Sabes que yo nunca fui al colegio? —dijo sonriente—. Ni un solo día de mi vida. No llevé zapatos hasta los diez años. No te lo creerías. —Sacudió la cabeza, recordando—. Siempre deseé haber podido ir al colegio.

—¿Por qué te marchaste?

—No había razón para quedarme. Cuando tenía ocho años, mis padres murieron en un incendio. Nuestra casa se quemó. A mí me recogió una vieja chiflada que no vivía lejos. Yo tenía parientes, pero no me quisieron. —Me miró con confianza—. Allí son muy supersticiosos, ¿sabes? Pensaban que yo estaba marcado. El caso es que la vieja me recogió. Era comadrona, pero ella se figuraba que era bruja o algo así. Siempre me hacía beber un brebaje que ella preparaba. Me alimentó, me vistió, me educó, en cierto modo, y trató de enseñarme sus conjuros, pero yo nunca pude tomarlos en serio. Le hacía tareas y finalmente me convertí en una especie de ayudante suyo. La ayudé a dar a luz a los niños... quiero decir, a traerlos al mundo, un par de veces. Pero eso no duró mucho. Los padres temían que mi presencia marcara a la criatura. Ella me enseñó a leer y luego yo no podía parar. Ella tenía muchos libros que había sacado de no sé dónde, la mayoría publicados antes de la Primera Guerra Mundial. Leí una serie completa de enciclopedias publicadas en 1911.

Me reí. Sus ojos se nublaron.

—Luego ella... murió. Yo tenía quince años, así que me fui. Hice trabajos eventuales y continué leyendo. Entonces escribí un relato y lo envié a una revista. Me lo compraron; me pagaron cincuenta dólares. Pensé que era rico, y escribí otro. Desde entonces he estado viajando y escribiendo. Tengo un agente que se ocupa de todo, y así todo lo que hago es escribir.

Esa tarde la radiante salud de Detweiler empezaba a decaer. No estaba enfermo, simplemente se sentía como el resto de los mortales. Y yo sentía que mi resolución empezaba a desmoronarse. Era difícil creer que este encantador muchacho pudiera estar implicado en una cadena de muertes sangrientas. Quizá fuera una serie de increíbles coincidencias. Sí, increíble era la palabra clave. Tenía que estar implicado, a menos que la ley de probabilidades se hubiera roto completamente. Sin embargo, yo podría jurar que Detweiler no estaba haciendo teatro. Su cándida inocencia era real, maldita sea, real.

El sábado por la mañana, el tercer día desde la muerte de miss Herndon, hablé con Lorraine y Johnny. Si Detweiler quería jugar a las cartas esa noche, debían aceptar, y sugerir que yo fuera el cuarto. Si *él* no lo proponía, lo haría

yo, pero tenía la impresión de que esta vez él deseaba su coartada habitual.

Detweiler salió esa tarde por primera vez desde que yo estaba allí. Fue hacia el norte, echó un sobre grande en un buzón (el relato en el que había estado trabajando, supuse) y compró comestibles en el supermercado de Highland. ¿Significaba eso que no planeaba mudarse? Sentí un nudo en el estómago. ¿Y si se quedaba por su amistad conmigo? Me sentía más hijo de puta por minutos.

Johnny Peacock vino una hora más tarde en plan conspirador. Detweiler había sugerido que jugaran una partida de bridge esa noche, pero Johnny no sabía jugar al bridge, así que acordaron jugar a las palabras.

Me presenté en el número 7. Había retirado la máquina de escribir, pero la baraja y el cuaderno de las puntuaciones estaban sobre la mesa. Su maleta estaba en el suelo junto al sofá.

Era de cuero remachado, de un tipo que yo no había visto desde pequeño. Aunque tenía la suave pátina del tiempo, se veía que había sido engrasada y conservada con amoroso cuidado. Puede que yo estuviera equivocado respecto a su traslado.

Detweiler no se sentía nada bien. Estaba pálido, chupado e inquieto. Tenía los párpados pesados y su forma de hablar era algo confusa. Estoy seguro de que tenía dolores, pero trataba de actuar como si no pasara nada.

—¿Estás seguro de que tienes ganas de jugar a las palabras esta noche?
—pregunté con un pequeño esfuerzo, me dirigió una alegre sonrisa.

—Seguro. Estoy bien. Por la mañana estaré como nuevo.

—¿Crees que deberías jugar?

—Sí... me distrae de... este dolor de cabeza.

No te preocupes. Me dan estos ataques todo el tiempo. Siempre se me pasan.

—¿Desde cuándo los tienes?

—Desde que... era pequeño —sonrió—. ¿Crees que sería uno de esos brebajes que me daba la vieja lo que los causó? Quizá pueda presentar una demanda por prácticas ilícitas.

—¿Te ha visto un médico de verdad?

—Una vez.

—¿Qué te dijo?

Se encogió de hombros.

—Nada de particular. Tome dos aspirinas, beba mucho líquido, haga reposo, esas cosas. —No quería hablar de ello—. Siempre se me pasan.

—¿Y si una vez no se te pasan?

Me miró con una expresión que nunca había visto antes, y supe por qué Lorraine habló de un aire perdido, predestinado.

—Bueno, no podemos vivir eternamente, ¿verdad? ¿Empezamos?

La partida empezó como una escena de los hermanos Marx. Lorraine y Johnny actuaban como dos canarios jugando a las palabras con el gato, pero Detweiler se portaba de un modo tan normal y despreocupado, que pronto se tranquilizaron. Al principio, la conversación era tensa y entrecortada, hasta que Lorraine sacó el tema de su «carrera» y nos tuvo entretenidos. Había conocido a mucha gente famosa, y era una fuente de anécdotas, la mayoría divertidas y difamatorias. Detweiler demostró rápidamente ser el mejor jugador, pero Johnny, para sorpresa mía, no era malo. Lorraine jugaba fatal, pero no parecía importarle.

Yo hubiera disfrutado mucho la velada, si no hubiera sabido que en las proximidades alguien estaba muerto o muñéndose.

Después de dos horas, durante las cuales Detweiler se iba encontrando cada vez peor, me excusé para ir al cuarto de baño. Aproveché para guardarme la llave maestra de Lorraine.

Al cabo de otra media hora, dije que debía retirarme, porque a la mañana siguiente tenía que levantarme temprano. Siempre pasaba los domingos con mi madre en Inglewood. Mi madre estaba recorriendo el Yucatán en ese momento, pero eso no le importaba a nadie. Miré a Johnny. Él asintió. Iba a encargarse de que Detweiler se quedara, por lo menos, veinte minutos más, y seguirle cuando se fuera. Si iba a cualquier sitio que no fuese su apartamento, tenía que avisarme rápidamente.

Me metí en el número 7 con la llave maestra. Las cortinas estaban echadas, así que me arriesgué a encender la luz del cuarto de baño.

Las posesiones de Detweiler eran escasas. Ocho camisas, seis pares de pantalones y una chaqueta ligera colgaban en el armario. Las camisas y la

chaqueta habían sido adaptadas a la joroba. Aparte de esto, en el armario no había nada. El cuarto de baño no contenía nada fuera de lo corriente, más o menos lo mismo que el mío. En la cocina encontré un plato, una taza, un vaso y un cuenco de plástico, una cacerola y una sartén pequeñas plegables, una cuchara y un tenedor de metal y un cuchillo de cocina mediano. Todo junto apenas llenaría una caja de zapatos.

La maleta, que seguía en el suelo junto al sofá, no había sido deshecha, salvo la ropa del armario y los utensilios de cocina. Dentro había ropa interior, calcetines, otro par de zapatos, un paquete de folios sin abrir, otros objetos de papelería y una docena de libros baratos. Los libros llevaban la estampilla de una librería de viejo en el Bulevar Santa Mónica. Eran una mezcla: ciencia-ficción, misterio, biografías, filosofía, varios de Colin Wilson.

También había una copia del relato que acababa de escribir. La dirección del remitente en la primera página era un apartado de correos de Hollywood. El título del relato era «Canción mortal». Ojalá tuviera tiempo de leerlo.

Todo sumado, no encontré nada. Aparte de los libros y la baraja no había nada personal de Andrew Detweiler en todo el apartamento. No había creído posible que nadie llevara una existencia tan vegetal.

Miré a mi alrededor para asegurarme de no haber dejado nada fuera de su lugar, apagué la luz, y me metí en el armario, dejando una rendija abierta. Era el único escondite posible. Esperaba sinceramente que Detweiler no necesitara nada de allí antes de que yo descubriera qué estaba ocurriendo. Si abría el armario, lo único que yo podría hacer sería enfrentarle con lo que yo sabía. Y luego, ¿qué, Mallory? ¿Una gran confesión de culpabilidad? Con lo que tú has averiguado se te puede reír en la cara y hacerte arrestar por escalo.

Y qué hay de todo esto, Mallory. Qué pasa si alguien muere cerca de aquí esta noche, mientras tú estabas con Detweiler; qué pasa si él viene derecho a su apartamento y se mete en la cama; qué hay si se despierta mañana sintiéndose bien; ¿qué haces si no sucede nada, hijo de puta?

Estaba tan oscuro allí, con las cortinas echadas, que no podía ver nada. Salí del armario y descorrí un poco las de la ventana principal. No entraba mucha luz, pero era suficiente. Quizá Detweiler no lo notaría. Volví al

armario y esperé.

Media hora después, las cortinas se movieron. Yo estaba en cuclillas en el armario y no miraba hacia allí, pero el movimiento llamó mi atención. Algo saltó desde la ventana, cruzó por el suelo y se metió detrás del sofá. Solamente lo vislumbré, pero podía haber sido un gato. Probablemente venía en busca de comida o huyendo de un perro. Vale, gato, si tú no me molestas, yo no te molestaré. Mantuve la vista en el sofá, pero no volvió hasta una hora más tarde. Para entonces, yo estaba sentado en el suelo del armario tratando de evitar que se me entumecieran las piernas. Mi postura no era demasiado airosa si a él se le ocurría abrir el armario, pero era demasiado tarde para ponerme de pie.

Entró rápidamente y echó el cerrojo. No se fijó en las cortinas. Miró a su alrededor, chascando la lengua suavemente. Sus ojos advirtieron algo a un lado del sofá. Sonrió. ¿Al gato? Empezó a desabrocharse la camisa, enredándose con los botones por las prisas. Se la quitó y la tiró en el respaldo de una silla.

Unas tiras cruzaban su pecho.

Se volvió hacia la maleta, de espaldas a mí. La joroba era falsa, hecha de algo como goma-espuma. Se desabrochó los tirantes, abrió la maleta, y tiró la joroba dentro. Dijo algo, demasiado bajo para que yo pudiera oírlo, y se tumbó boca abajo en el sofá, con los pies hacia mí. La luz de la ventana caía sobre él. Su espalda estaba llena de cicatrices, pequeñas líneas blancas, como arañazos, alrededor de un agujero.

Había un agujero en su espalda, entre las paletillas, una herida abierta lo bastante grande para meter un dedo.

Algo apareció por el extremo del sofá. No era un gato. Pensé que era una mano, luego, un sapo, pero no era ni una cosa ni otra. Era humano. Se movía a cuatro patas como un enorme sapo.

Entonces se puso derecho. Tenía el tamaño de un gato. Era rosa, húmedo y sin pelo, y estaba desnudo. Sus manos, muy humanas, sus pies y sus genitales eran demasiado grandes para su diminuto cuerpo. Tenía el vientre hinchado, turgente y distendido como una repulsiva garrapata. La cabeza era plana; la mandíbula protuberante como la de un simio. También tenía una

cicatriz, grande, blanca, abultada, entre las paletillas, al final de su saliente espina dorsal.

Tendió una mano demasiado grande y se agarró al cinturón de Detweiler. Alzó su hinchado cuerpo con la agilidad de un mono y se subió a la espalda del chico. Detweiler respiraba con dificultad y se aferraba al brazo del sofá espasmódicamente.

Este ser se inclinó sobre la espalda de Detweiler y puso sus labios en la herida.

Me ardía la garganta y se me revolvía el estómago, pero observé, fascinado y petrificado. La respiración de Detweiler se *hizo* más lenta y tranquila. Yacía con los ojos cerrados y una expresión casi de placer sexual en la cara. El cuerpo del ser iba disminuyendo, la piel del vientre se volvía arrugada y flácida. Un hilo de sangre escurría de la herida, trazando una línea errática sobre la espalda del chico. El ser tendió la mano y limpió la gota con un dedo.

Aquello duró unos diez minutos. El ser apartó la boca y se arrastró hasta quedar junto a la cara del muchacho. Se sentó en el brazo del sofá como un gnomo y sonrió. Pasó los dedos por la mejilla de Detweiler y le retiró el pelo de los ojos. La expresión de Detweiler era eufórica. Suspiró suavemente y abrió unos ojos soñolientos. Después de un rato, se sentó.

Estaba radiante de salud, sonrosado y vital.

Se levantó y fue al cuarto de baño. Encendió la luz y oí correr el agua. El ser permaneció en el mismo sitio, observándole. Detweiler salió del cuarto de baño y volvió a sentarse en el sofá. El ser trepó a su espalda, acurrucándose entre sus paletillas, con las manos en sus hombros. Detweiler se puso de pie, con el ser agarrado a su espalda, y recogiendo la camisa, se la puso. Envolvió los tirantes alrededor de la joroba artificial y la guardó en la maleta. Bajó la tapa y la cerró.

Yo había visto ya suficiente, más que suficiente. Abrí la puerta y salí del armario.

Detweiler giró, con los ojos fuera de las órbitas. Un gemido vibró en su garganta. Levantó las manos como para defenderse. El gemido subió de tono, convirtiéndose en un lamento histérico. Su expresión era insoportable de ver.

Retrocedió y tropezó con la maleta.

Perdió el equilibrio, y agitó los brazos tratando de recuperarlo, pero no consiguió. Chocó contra el borde de la mesa, que le dio justo en el centro de la joroba. Rebotó y cayó hacia delante. Se levantó desesperadamente, como a cámara lenta, con la cara contorsionada por el dolor.

Se oyeron unos chillidos agudos y entrecortados, de tormento enloquecedor, pero no provenían de Detweiler.

Él cayó de cara sobre el sofá, desvaneciéndose por el dolor. La espalda de su camisa se removía. El grito continuaba, hiriendo mis oídos. La camisa se desgarró y asomó un pequeño brazo deforme. Yo permanecía helado, con la mirada fija. La camisa quedó hecha tiras, y aparecieron dos brazos, una cabeza y un torso. El ser se retorció y cayó sobre el sofá, junto al muchacho. Su rostro estaba contraído, torturado, y abría y cerraba la boca para gritar. Sus ojos miraban sin comprender. Se impulsó con los brazos, arrastrando sus piernas inútiles. Evidentemente, tenía la columna vertebral rota. Cayó del sofá y se agitó en el suelo.

Detweiler gimió y volvió en sí. Se puso de pie, todavía atontado. Vio al ser, y una expresión de sufrimiento total apareció en su rostro.

Los ojos del ser se fijaron en él por un momento. Le miró suplicante, levantando la mano en un ruego. Sus chillidos continuaban, una sola nota desesperada repetida una y otra vez. Dejó caer el brazo, y gateó sin sentido, debilitándose por momentos.

Detweiler dio un paso hacia él, ignorándome, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Los esfuerzos del ser se hacían más débiles y el grito se convirtió en un jadeo. No pude aguantarlo más. Cogí una silla y lo aplasté con ella. La dejé caer y me apoyé en la pared, jadeante.

Oí que la puerta se abría, me volví y vi a Detweiler salir corriendo.

Corrí tras él. Las piernas no me sostenían, pero le alcancé en la calle. No se resistió. Se quedó quieto, la mirada vacía, temblando. Vi gente que asomaba la cabeza por las puertas y a Johnny Peacock que venía hacia mí. Mi coche estaba allí al lado. Metí a Detweiler en él y lo puse en marcha. Él estaba encogido en el asiento, las manos colgando, la mirada perdida en el espacio. Temblaba incontrolablemente y le castañeteaban los dientes.

Conduje sin ver por dónde iba, casi tan traumatizado como él. Finalmente, empecé a mirar los nombres de las calles. Estaba en Mullholland. Seguí hacia el Oeste largo rato, crucé la Autopista de San Diego y entré en las Montañas de Santa Mónica. El asfalto se acaba a unas dos millas de la autopista, y hay unas diez o quince millas de carretera de tierra hasta que comienza otra vez el asfalto cerca de Topanga. La carretera no está muy transitada, no hay casas por allí, y a la gente no le gusta que el coche se les llene de polvo. Estaba a mitad de camino del trozo sin asfaltar, cuando Detweiler pareció calmarse. Paré a un lado y apagué el motor. El Valle de San Fernando se extendía abajo como una alfombra de luces. El mar estaba al otro lado de las montañas.

Me quedé observando a Detweiler. El temblor había cesado. Estaba dormido o inconsciente. Le toqué el brazo. Él se removió y me cogió la mano. Miré su rostro dormido y no tuve valor de retirar mi mano.

El sol aparecía sobre las montañas cuando despertó. Se incorporó y por un momento no supo dónde estaba; luego el recuerdo le inundó. Se volvió hacia mí. El dolor y la histeria habían desaparecido de sus ojos; ahora estaban extrañamente plácidos.

—¿Le oíste? —dijo—. ¿Le oíste morir?

—¿Te sientes mejor?

—Sí. Ya ha pasado todo.

—¿Quieres hablar de ello?

Bajó los ojos y se quedó callado un momento.

—Quiero contártelo. Pero no sé cómo hacerlo sin que pienses que soy un monstruo.

Yo no dije nada.

—Él... era mi hermano. Éramos gemelos. Gemelos siameses. Toda esa gente murió para que yo pudiera seguir vivo. —No había emoción en su voz, era como si hablara de otra persona—. Él me mantenía vivo. Moriré sin él. —Sus ojos se encontraron con los míos—. Estaba loco, creo. Al principio, pensé que yo también me volvería loco, pero no. Creo que no. Yo nunca sabía lo que él iba a hacer, a quien mataría. Yo no quería saberlo. Él era muy listo. Siempre hacía que pareciera un accidente, o un suicidio, si podía. Yo no

se lo impedía. Yo no quería morir. Necesitábamos sangre. Él siempre lo hacía de modo que hubiera mucha sangre, para que nadie notara la que faltaba.

Su mirada se volvía vacía de nuevo.

—¿Por qué necesitabas sangre?

—Nadie sospechó de nosotros antes.

—¿Por qué necesitabas sangre? —repetí.

—Cuando nacimos estábamos unidos por la espalda —dijo—. Pero yo crecí y él no. Él se quedó pequeño, como un bebé colgando de mi espalda. Yo... nosotros no agradábamos a la gente. Nos tenían miedo. Mi padre y mi madre también. La vieja bruja de la que te hablé, ella nos trajo al mundo. Ella parecía estar en todas partes. Cuando tenía ocho años, mis padres murieron en un incendio. Creo que la bruja lo provocó. Después viví con ella. Estaba loca, pero sabía de medicina y curaciones. Cuando teníamos quince años decidí separarnos. No sé por qué. Creo que ella quería quedarse con él y sin mí. Estoy seguro de que ella pensaba que él era un diablo del infierno. Casi me muero. Algo fue mal, no sé bien qué. Separados, no éramos completos. Él tenía algo que habíamos compartido hasta entonces. Ella me hubiera dejado morir, pero él lo sabía, y me consiguió sangre. La de ella.

Se quedó mirándome sin verme, con la mente reviviendo el pasado.

—¿Por qué no fuiste a un hospital o algún sitio? —pregunté, sintiendo una pena enorme por el desgraciado muchacho.

Él sonrió débilmente.

—Yo no sabía mucho de nada en aquel entonces. Ya habían muerto demasiadas personas. Si hubiera ido a un hospital, habrían querido saber cómo me había mantenido con vida. A veces me alegro de que todo haya terminado, y, al momento siguiente, me aterra morirme.

—¿Cuánto durarás?

—No estoy seguro. Nunca he estado más de tres días. No resisto más tiempo. Él lo sabía. Siempre sabía cuándo la necesitaba, y me la conseguía. Yo nunca le ayudé.

—¿Puedes vivir si te hacen transfusiones regularmente?

Me miró bruscamente, asustado de nuevo.

—Por favor. ¡No!

—Pero seguirías vivo.

—¡En una jaula! ¡Como un bicho raro! Ya no quiero ser un bicho raro. Se acabó. Deseo acabar. Por favor.

—¿Qué quieres que haga?

—No sé. No deseo que te veas metido en líos.

Le miré, la cara, los ojos, el alma.

—Hay una pistola en la guantera —dije.

Continuó inmóvil un momento, luego, solemnemente, me tendió la mano. Le di la mía. Él la estrechó; luego, abrió la guantera. Cogió la pistola y salió del coche. Bajó por la colina y se perdió entre la vegetación.

Esperé y esperé, pero no oí ningún disparo.

LA CENTÉSIMA PALOMA

Jane Yolen

Había una vez en los bosques de la vieja Inglaterra un volatero llamado Hugh que suministraba todas las aves para la mesa del rey.

Las aves más grandes las cazaba con arco, se decía de él que nunca disparaba sin derribar un pájaro, y a veces, dos. Sin embargo, para las aves más pequeñas, que volaban en bandadas, como nubes grises, sobre el bosque, empleaba solamente una red de seda que él mismo tejía. Esta red era suave y fina y no dañaba a los pájaros, aunque los sujetaba firmemente. Entonces Hugh, el volatero, podía escoger las palomas más gordas para la mesa del rey y dejar a las otras en libertad.

Un día, a principios de verano, Hugh fue llamado a la corte y conducido al salón del trono.

Hugh hizo una profunda reverencia, porque no era frecuente que le llevaran a presencia del propio rey. En realidad se sentía incómodo en palacio, como atrapado en una jaula de piedra.

—Levántate, volatero, y escucha —dijo el rey—. Dentro de una semana voy a casarme.

Luego, volviéndose con una sonrisa hacia la mujer que estaba sentada a su lado, el rey tendió la mano de ella al volatero.

El hombre se quedó mirándola. Era tan delicada como un pájaro, esbelta y rubia, con ojos negros. Había calma en ella, pero también cierta inquietud. El jamás había visto a una persona tan bella.

Hugh tomó la diminuta mano que se le ofrecía y se la llevó a los labios, pero sólo se atrevió a besar el anillo de oro que brillaba en un dedo.

El rey miró atentamente al cazador y vio cómo temblaba. Esto hizo sonreír al monarca.

—Ved, mi señora, cómo vuestra belleza trastorna incluso a mi volatero. Y él es un hombre que vive solitario como un monje en la celda de su bosque.

La dama sonrió sin decir nada, pero apartó su mano de Hugh.

El rey se volvió de nuevo al cazador.

—En honor de mi prometida, Lady Columba, cuyo nombre significa paloma y cuya belleza es admirada en el mundo entero, deseo servir cien de esas aves en el banquete de bodas.

Lady Columba se sobresaltó y levantó la mano.

—Por favor, no las sirváis, señor.

Pero el rey habló al cazador.

—He dicho. No me falles, volatero.

—Como ordenéis —dijo Hugh, y se inclinó nuevamente.

Tocó con la mano su túnica, donde el lema, *Servo*, estaba cosido sobre el corazón.

Entonces el volatero volvió a la cabaña donde vivía, en lo profundo del bosque.

Allí sacó la red de seda y la extendió sobre el suelo. Lentamente repasó la red en busca de nudos, agujeros o hilos gastados. Volvió a tejer con gran cuidado todos los puntos débiles, sentado con la espalda recta ante su telar de madera.

Después de una noche y un día terminó el trabajo. La red era tan fuerte como su propio corazón. Colocó la red junto a la chimenea y durmió sin sueños.

Antes del alba se dirigió hacia el claro del bosque que sólo él conocía. Los rastros que iba siguiendo eran menos visibles que huellas de ciervos, porque el volatero no necesitaba senderos que le indicaran el camino. Conocía cada árbol y cada piedra del bosque como un amante conoce las formas de su amada. Y servía al bosque tan bien como servía al rey.

El claro estaba lleno de vida; sin embargo, tan silenciosamente se movía el volatero, que ni pájaros ni insectos advirtieron su llegada. Se puso en cuclillas al borde del claro, con sus ropas marrón y verde que eran como parte del bosque, y esperó.

Una inagotable paciencia era su fuerza, y esperó todo el día sin moverse y

sin dormirse. Con el crepúsculo llegaron las palomas, posándose sobre el claro como una neblina gris. Y cuando estaban abajo, comiendo vorazmente, Hugh se levantó de un salto y lanzó la red sobre las más próximas con un único y veloz movimiento.

Contó veintiuna palomas en su red, todas, menos una, carnosas y de un gris azulado. La última era una paloma esbelta y elegante, blanca como la leche. No obstante, mientras Hugh la observaba, la paloma blanca se deslizó entre las sedosas mallas que la aprisionaban y se alejó volando por el anochecer.

Hugh no era el tipo de cazador que maldice su mala suerte, sino más bien el que se felicita por la buena, así que recogió las veinte palomas y se fue a casa. Puso a las palomas en una gran jaula cuyos barrotes había hecho con madera de roble blanco.

Luego examinó su red. No había un solo roto en ella, ningún sitio por donde la paloma blanca hubiera podido escapar. Hugh pensó en ello largo rato, pero finalmente se acostó y se durmió al arrullo de las aves capturadas.

El cazador se levantó de madrugada. De nuevo se encaminó sigilosamente al claro y esperó, más inmóvil que una piedra, la llegada de las palomas. Y otra vez arrojó su red al atardecer y *atrapó* veinte palomas grises y gordas y una sola blanca.

Pero, igual que antes, la paloma blanca se escurrió por entre las redes tan fácilmente como el aire.

El volatero se llevó a casa a las veinte grises y las enjauló con las demás. Pero la imagen de la paloma blanca, esbelta y hermosa, llenaba su mente. Estaba decidido a capturarla.

Durante cinco días y noches todo transcurrió igual, excepto una cosa: en la quinta noche solamente había diecinueve palomas grises en su red. Le faltaba una para las cien. Sin embargo, había cogido todas las aves de la bandada menos la paloma blanca.

Hugh contempló el fuego, pero no sentía su calor. Puso la mano sobre el lema que llevaba encima del corazón.

—Juro por el rey a quien sirvo y por la dama que será su reina que capturaré ese pájaro —dijo—. Llevaré las cien palomas. No fallaré.

Así que al sexto día, el volatero se levantó mucho antes del amanecer. Comprobó la red una vez más y vio que estaba tensa. Entonces volvió al claro.

Pasó todo el día sentado al borde del claro, inmóvil como una piedra. El prado estaba lleno de vida. Cantaban pájaros que nunca habían cantado allí antes. Extrañas flores crecieron, se abrieron y murieron a sus pies; mas él ni siquiera las miró. Animales que existieron en un tiempo y ya no existían salieron de las sombras del bosque y pasaron junto a él: el hipocampo, el hipogrifo y el sedoso y veloz unicornio.

Pero él no se movió. Era a la paloma blanca a quien él esperaba, y al fin, llegó.

En la creciente oscuridad, bajó flotando, ligera y luminosa como una pluma, hasta el borde del claro. Se movió despacio, comiendo y arrullando, llamando a su bandada desaparecida. Al final vino hasta donde se encontraba Hugh y comenzó a picotear a sus pies.

Él movió las manos una vez y la red cayó sobre ella; pronto también sus manos estuvieron sobre ella. La paloma se retorció y picó, pero él la sostuvo firmemente, con las palmas en sus alas y los dedos en su cuello.

Cuando la paloma vio que no podía moverse, volvió sus brillantes ojos negros hacia el volatero y le habló con una arrulladora voz de mujer.

Señor volatero, libérame, Oro y plata te daré.

—Ni el oro ni la plata me tientan —dijo Hugh—. *Servo* es mi lema. Yo sirvo a mi amo. Y mi amo es el rey.

Entonces la blanca paloma habló otra vez.

Señor volatero, libérame, Fama y fortuna te daré.

Pero el cazador negó con la cabeza y la sujetó con fuerza.

—Después del rey, sirvo al bosque —dijo—. Fama y fortuna no valen aquí.

Se levantó con la paloma entre las manos y se dispuso a regresar a casa.

Entonces el ave se sacudió y habló por tercera vez. Su voz era baja y seductora.

Señor volatero, a esta paloma libera, la Reina será tu amada verdadera.

Por primera vez,, en ese momento, el cazador notó el anillo de oro que

relucía en la pata de la paloma, aunque la noche ya casi había caído. Como en una visión, volvió a contemplar a Lady Columba, esbelta, delicada y rubia. Oyó su voz y sintió su mano en la de él.

Empezó a temblar y su corazón comenzó a latir alocadamente. Sintió un ardor en el pecho y en los miembros. Miró a la paloma y ésta pareció sonreírle con sus brillantes ojos negros.

—*Servo* —gritó el hombre, con voz temblorosa y desfallecida.

Cerró los ojos y le retorció el cuello a la paloma. Luego tocó el lema de su túnica. Sintió que la palabra *Servo* se grababa fríamente en las yemas de sus dedos. Con un rápido tirón arrancó el lema de su pecho. Lo arrojó al suelo, puso a la paloma en su zurrón y se fue por el bosque hacia su casa.

Al día siguiente, el volatero llevó las cien palomas —noventa y nueve vivas y una muerta— a la cocina del rey. Pero la boda no se celebró nunca. Lady Columba no se presentó en la capilla ni en el castillo, y su nombre jamás volvió a mencionarse en el reino.

El volatero dejó de cazar y se alimentó de moras y frutas el resto de su vida. Todos los días se dirigía al claro para echar grano a los pájaros. Colgado de una cadena, alrededor de su cuello, brillaba un anillo de oro. Y, de vez en cuando, se llevaba la mano al trozo de su túnica, sobre el corazón, que estaba deshilachado y rasgado.

Pero, aunque los pájaros cantores y los gorriones comían su grano y las golondrinas acudían a su llamada, nunca volvió a ver una paloma.

EL HOMBRE QUE NO TENÍA NI IDEA

Thomas M. Disch

Al principio supuso que le habían suspendido. Una suposición razonable, puesto que en su primer intento había sacado un vergonzoso 43. Pero cuando pasaron dos semanas y seguía sin saber nada del Tribunal de Examen, se preguntó si sería posible que hubiera aprobado por los pelos. No veía cómo podía haberlo conseguido. El examinador, un pedante canoso y ajado cuyo nombre olvidó instantáneamente, había sido hostil y agresivo desde el primer momento, diciéndole a Barry que su apretón de manos era demasiado sincero. Primero dirigió la conversación a los posibles peligros de los baños de sol excesivos, lo cual era, probablemente, una crítica indirecta al bronceado de Barry y al ocio que tal bronceado implicaba; luego empezó a hablar sobre la posibilidad de que los delfines fueran tan inteligentes como las personas. Barry, que había entrado en el cubículo resuelto a jugárselo todo a la táctica del candor absoluto, dijo, uno, que era demasiado joven para preocuparse por el cáncer de piel y, dos, que los animales sólo le interesaban como carne. Esto hizo que al examinador pasara al tema de las experiencias psíquicas de una mujer sobre la cual había leído en el *Reader's Digest*. Barry no lograba encontrar ningún asidero en la lisa fachada de la palabrería compulsiva del hombre. Tenía la sensación, cada vez más, de que él estaba calificando y el viejo cretino era quien se examinaba, lo cual no presagiaba nada bueno. Finalmente, cuando faltaban diez minutos para la hora, se levantó y se fue. Esto no era, estrictamente hablando, una infracción, pero implicaba que se había llegado a alguna conclusión, lo que no era el caso, desde luego; le había entrado el pánico, pura y simplemente. Fue una metedura de pata por la que, naturalmente, temió lo peor, es decir, una carta encabezada: Estimado Aspirante («Lamentamos informarle, etc...»). Pero quizá el viejo cretino le

había puesto las cosas difíciles deliberadamente, para probarle; posiblemente sus reacciones no habían sido totalmente inadecuadas. Posiblemente, había aprobado.

Cuando pasaron otras dos semanas sin que el Tribunal de Examen dijera ni pío, no pudo aguantar la incertidumbre por más tiempo y fue a la calle Centro para rellenar un formulario en el que, básicamente, pedía que le dijese cuál era su posición. Un empleado codificó el formulario y lo metió en la computadora. La computadora dio instrucciones a Barry para que rellenara otro formulario, dando más detalles. Afortunadamente, había traído los datos que quería la computadora, y llenó el segundo formulario allí mismo. Después de una espera de menos de diez minutos, su número se iluminó en el tablero, y le dijeron que fuese a la ventanilla 28.

La ventanilla 28 era la que entregaba los permisos. ¡Había aprobado!

—He aprobado —anunció, incrédulo, a la empleada de la ventanilla.

La empleada tenía en la mano el permiso con su nombre, Barry Riordan. Lo introdujo en la ranura de una máquina gris, que respondió con un imperativo clic. Ella deslizó el permiso bajo la rejilla.

—¿Sabe? Aún no puedo creerlo. Aquí está mi permiso; es realmente increíble.

La empleada señaló la chapa de Prohibido Hablar que llevaba en el escote de su camiseta.

—Oh, perdón. No me había dado cuenta. Bueno... gracias.

Le sonrió, con una sonrisa de culpabilidad y conmiseración, y ella le devolvió una sonrisa mecánica de el-siguiente-por-favor.

Él no miró el permiso hasta que estuvo en la calle. Por la parte de atrás había un impreso:

IMPORTANTE

«Debido al error de sobrecarga de los recientes sistemas, los resultados de su examen del 24 de agosto han sido borrados. Por lo tanto, de acuerdo con el Artículo 9 (c), Sección XII, de la Ley Revisada de Comunicaciones Federales, se le expide un Permiso Temporal, válido por tres meses desde la fecha de expedición, sujeto a

las restricciones expuestas en el Apéndice II del Manual de Comunicaciones Federales (18 edición).

»Puede usted volver a solicitar un examen en cualquier momento. Una puntuación de la escala ocho o superior le garantiza la supresión de todas las restricciones, y recibirá usted inmediatamente su Permiso Permanente. Una puntuación de la escala seis o siete no afectará la validez de su Permiso Temporal, aunque la fecha de caducidad puede extenderse por este medio por un período de hasta tres meses. Una puntuación de la escala cinco o inferior dará como resultado la retirada de este Permiso Temporal.

»Se recomienda a quienes posean un Permiso Temporal que estudien el Capítulo Nueve (“El Permiso Temporal”) del Manual de Comunicaciones Federales. Recuerde que la comunicación personal, directa e interactiva, es una de nuestras más valiosas herencias. Utilice su permiso juiciosamente. No abuse del privilegio de la libertad de palabra».

Así que, en realidad, no había aprobado el examen. O quizá sí. Nunca lo sabría.

Su euforia inicial se desvaneció y le dejó con su habitual y plana sensación de incongruencia personal. Metió el permiso en la funda de su documento de identidad, sintiéndose un estafador completo, un don nadie pretendiendo ser alguien. Si hubiera obtenido una escala uno le habrían concedido este permiso igual que si hubiera obtenido la diez. Y sabía, con una seguridad apriorística, que no lo había hecho muy bien. Lo más que había esperado eran otros siete puntos, justo lo suficiente para pasar el límite de la escala seis. En lugar de eso, había tenido una estúpida suerte.

No te preocupes, se aconsejó a sí mismo. Lo peor ha pasado. Tienes el permiso. Cómo lo conseguiste, no importa.

Sí, ya, replicó otra voz interior menos amable. Ahora sólo necesitas tres avales. Mucha suerte.

Bueno, los *conseguiré*, insistió, esperando impresionar a la otra voz con la autenticidad y la vitalidad de su confianza en sí mismo. Pero la otra voz no

se impresionó, así que en vez de ir directamente de la calle Centro al habladero más próximo para celebrarlo, cogió el metro y se pasó la tarde en casa, viendo un fascinante documental sobre las estructuras del calcio, y luego Circo de Celebridades, con Willy Marx. Willy tenía cuatro invitados: una famosa prostituta, un contable de impuestos que acababa de publicar sus memorias, un cómico que hizo un número surrealista sobre un habladero para niños de cinco años, y un novelista con un defecto de dicción que se metió en una discusión con el cómico sobre si su número era esencialmente verdadero o injustificadamente cruel. En medio de la discusión, a Barry le entró un espantoso dolor de cabeza, se tomó dos aspirinas y se fue a la cama. Justo antes de dormirse, pensó: podría llamarles y decirles lo que yo pienso.

¿Pero qué pensaba?

No lo sabía.

Ese, en tres palabras, era el problema de Barry. Al fin tenía un permiso y podía hablarle a quien quisiera, pero no sabía de qué hablar. No tenía ideas propias. Estaba de acuerdo con cualquier cosa que dijese cualquiera. El número había sido *al mismo tiempo* esencialmente verdadero e injustificadamente cruel. Demasiados baños de sol, probablemente, eran peligrosos. Los delfines eran, probablemente, tan listos como las personas.

Afortunadamente para su ánimo, este estado de angustia no le duró mucho. Barry no lo permitió. A la noche siguiente se fue a Partyland, un habladero de la calle 23 que se había anunciado mucho en el programa de noche de la tele. Al acercarse a la espuma de luces que sobresalían encima de la entrada, Barry sintió un vacío de excitación en el estómago y un hormigueo en la garganta y en la lengua.

Había una cola corta, y en un momento estuvo delante de la taquilla.

—¿Círculo? —preguntó la taquilla.

Él miró la lista de precios.

—Segundo —dijo, y metió su tarjeta de crédito en la ranura adecuada.

—Permiso, por favor —dijo la taquilla, al tiempo que se encendía una flecha que señalaba otra ranura.

Él introdujo el permiso en esta ranura, se oyó un timbre y ¡ya! Estaba dentro de Partyland, subiendo por la gran escalera azul hacia su primera experiencia de primera mano de la comunicación personal directa e interactiva. No un ejercicio de clase, ni una sesión de terapia, ni una entrevista laboral, ni una reunión ecuménica, sino una auténtica conversación, espontánea, sin planificar, y enteramente suya.

El acomodador que le condujo a su asiento del segundo círculo se sentó a su lado y empezó a hablarle de unos almacenes japoneses que cubrían una extensión de dieciséis acres y medio, tenían treinta y dos restaurantes, dos cines y una zona de juego para los niños.

—Es fascinante, ¿no? —concluyó el acomodador, después de darle más datos sobre estos extraordinarios almacenes.

—Supongo que sí —dijo Barry sin comprometerse. No podía imaginar por qué quería el acomodador hablarle de unos almacenes en Japón.

—No recuerdo dónde lo he leído —dijo el acomodador—. En alguna revista. Bueno, mézclese con la gente, diviértase, y si quiere pedir algo, hay una consola que sale de esa mesa.

Hizo una demostración. Continuó inclinado sobre la butaca de Barry, sonriente, hasta que éste comprendió que esperaba una propina. Sin tener idea de cuánto era lo acostumbrado, le dio un dólar, lo cual sirvió, porque se marchó.

Se quedó en su mullida butaca, contento de estar solo y poder percibir el tamaño y el atractivo del lugar. Partyland era un interminable cuarto de estar burgués, un panorama de todo lo que era delicado, elegante y de buen gusto. Al menos desde el segundo círculo *parecía* interminable. Según los anuncios, tenía un aforo de 780 asientos, pero esta noche no era una de sus grandes noches, y muchos sitios estaban vacíos.

A intervalos que variaban imprevisiblemente, el mobiliario de este cuarto de estar se redistribuía y te encontrabas, de pronto, cara a cara con un nuevo compañero de conversación. También podías, por unos cuantos dólares, alquilar un sofá o una butaca que podías conducir a tu gusto por entre las sillas, eligiendo a tu interlocutor en vez de dejarlo al azar. Relativamente pocos clientes de Partyland preferían esta opción, ya que la idea básica del

sitio era recostarte en tu asiento y dejar que se desplazara.

La música de fondo pasó de *Las Cuatro Estaciones* de Vivaldi a un *pot-pourri* de Sondheim, y todos los asientos de la zona de Barry levantaron repentinamente a sus ocupantes y les trasladaron, con las piernas colgando, a su próximo destino conversacional. Barry se encontró sentado junto a una chica que llevaba un traje de noche de terciopelo rojo y un sombrero con plumas de papel y poliedros. La cinta del sombrero decía: «Soy una fresca de Partyland».

—Hola —dijo la chica, con un tono que pretendía transmitir un mundano hastío, pero sonaba a simple aburrimiento—. ¿Qué hay?

—Fantástico, realmente fantástico —dijo Barry con sincero calor.

Él siempre había puntuado bien en la etapa preliminar de la comunicación básica, que era por lo que le había sentado tan mal el comentario del examinador sobre su apretón de manos. No había nada falso en su apretón de manos, y él lo sabía.

—Me gustan tus zapatos —dijo ella.

Barry se miró los zapatos.

—Gracias.

—Generalmente, me gustan mucho los zapatos —continuó ella—. Creo que se podría decir que soy una loca de los zapatos —añadió, con una risita desmayada.

Barry sonrió, sin saber qué decir.

—Pero los tuyos son especialmente bonitos. ¿Cuánto te costaron, si no te molesta que te lo pregunte?

Aunque sí le molestaba, no tuvo valor de decírselo.

—No recuerdo. No mucho. No son nada especial, en realidad.

—A mí me gustan —insistió ella. Luego, añadió—: Me llamo Cenicienta. ¿Y tú?

—¿De veras?

—De veras. ¿Quieres ver mi DNI?

—Mm.

Ella rebuscó en la funda de su DNI, que era del mismo terciopelo del vestido, y sacó su permiso. Era azul, como el de él (un Permiso Temporal), y,

como el suyo, tenía una grapa en la parte superior izquierda.

—¿Ves? —dijo—. Cenicienta B. Johnson. Fue idea de mi madre. Tenía un sentido del humor verdaderamente raro. Murió ya. ¿Te gusta?

—¿El qué?

—Mi nombre.

—Oh, sí, claro.

—Es que a algunas personas no les gusta. Piensan que es artificioso. Pero yo no puedo remediar el nombre con el que nací, ¿verdad?

—Iba a preguntarte...

La cara de ella adquirió la expresión atenta, pero boba, de un concursante de la tele.

—Pregunta, pregunta.

—La grapa que hay en tu permiso... ¿por qué está ahí?

—¿Qué *grapa*? —replicó ella, poniéndose rígida de sospecha instantáneamente, como una liebre que olfatea a un depredador.

—La de tu permiso. ¿Sujetaba algo, antes?

—Algún impreso... no sé. ¿Cómo voy a recordar algo así? ¿Por qué lo preguntas?

—Porque hay una igual en el mío.

—¿Y qué? Te diré que éste es un tema de conversación perfectamente estúpido, por si quieres saberlo. ¿No vas a decirme tu nombre?

—Ah... Barry.

—Barry ¿qué?

—Barry Riordan.

—Un nombre irlandés: eso lo explica todo.

Él la miró interrogativamente.

—De ahí has debido sacar tus dotes para la charla. Debes de haber besado la piedra de Blarey.

Está loca, pensó.

Pero era una loca aburrida, no interesante. Se preguntó cuánto tiempo tendrían que seguir charlando antes de que los asientos se desplazaran otra vez. Parecía una pérdida de tiempo hablar con otra temporal, puesto que sólo podía obtener los avales que necesitaba de gente que tuviera Permisos

Permanentes. Claro que, probablemente, la práctica le vendría bien. No puedes esperar que te gusten todas las personas que conoces, como el Manual de Comunicaciones no se cansaba de señalar, pero siempre puedes intentar causar buena impresión. Algún día conocerás a alguien a quien sea crucial caerle bien, y entonces, esa práctica te será muy útil.

Una buena teoría, pero, mientras tanto, tenía el problema inmediato del tema concreto de conversación.

—¿Has oído hablar de los almacenes gigantes, de Japón? —le preguntó —. Cubren dieciséis acres.

—Dieciséis y medio —corrigió ella—. Tú también debes de leer *Tema*.

—Mm.

—Es una revista fascinante. Yo la leo todas las semanas. A veces, estoy demasiado ocupada, pero generalmente la hojeo, por lo menos.

—¿Ocupada haciendo...?

—Exactamente. —Ella bizqueó, mirando al otro lado de la vasta y elegante extensión de Partyland, luego se puso de pie y saludó con la mano —. Creo que he *reconocido* a alguien —dijo, excitada, arreglándose las plumas de papel con la mano libre.

A lo lejos, alguien respondió a su saludo. Cenicienta desprendió uno de los poliedros de su sombrero y lo dejó sobre la silla.

—Así recordaré cuál es —explicó. Luego, contrita—. Espero que no te importe.

—En absoluto.

Una vez solo, no pudo dejar de pensar en la grapa que había en el permiso de ella. Era como la pista, aparentemente insignificante, de una novela policíaca, por la cual se va desvelando todo el misterio. Porque sugería claramente que a ella también le habían concedido el beneficio de la duda, que tenía el permiso, no porque su puntuación le diera derecho a ello, sino gracias al Artículo 9 (c), Sección XII. ¡Qué pena estar clasificado en la misma categoría que semejante idiota! Probablemente, Partyland estaba *lleno* de gente en la misma situación que ellos, todos esperando encontrar un propietario de Permiso Permanente que les avalara, en vez de lo cual tropezaban unos con otros.

Una idea altamente deprimente, pero no por eso sacó la consola para elegir un remedio en la carta. Sabía por larga experiencia que cualquier cosa que le hiciera sentirse notablemente más alegre, tendía a ponerle en un estado de huida en el cual la conversación, en el sentido lineal, se hacía casi imposible. Así que pasó el tiempo hasta el próximo cambio calculando, mentalmente, la raíz cuadrada de varios números de cinco dígitos. Luego, cuando tuviera la solución, la comprobaría en su calculadora. Había obtenido cinco respuestas correctas, cuando su asiento retrocedió, gracias a Dios, y le llevó hacia... ¿Sería la pareja, encadenada por las muñecas, del sofá azul? No, en el último momento, su asiento giró a la izquierda y se detuvo frente a una mecedora de madera, vacía. Un cartel sobre el asiento decía: «Me encuentro un poco mal. Vuelvo dentro de cinco minutos».

Barry ya se estaba haciendo a la idea de continuar con números de seis dígitos, cuando se le acercó una mujer en un sofá verde y le preguntó qué clase de música le gustaba.

—Cualquiera, en realidad.

—Cualquiera o ninguna viene a ser lo mismo.

—No, en serio. Cualquier cosa que toquen, generalmente, me gusta. ¿Qué está sonando ahora? Me gusta.

—Muzak —dijo ella despectivamente.

De hecho, seguía siendo el *pot-pourri* de Sondheim, pero él lo dejó correr. No valía la pena tener una discusión.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Simulo un trabajo que Citibank está desarrollando para otra corporación, pero sólo en condición de auxiliar. El año que viene empezaré a trabajar la jornada completa.

Ella hizo una mueca.

—Eres nuevo en Partyland, ¿no?

Él asintió.

—Esta noche es la primera vez. En realidad, es la primera vez que he estado en un habladero. Me dieron el permiso ayer.

—Bueno, bien venido al club. —Con una sonrisa que parecía una mueca—. Supongo que estarás buscando avales.

El tuyo no, deseó decirle. En lugar de hacerlo, miró hacia los desplazamientos de un conjunto de asientos en otro círculo, a lo lejos. Solamente cuando todos los asientos se habían colocado, volvió a dirigir la vista a la mujer que estaba junto a él. ¡Se dio cuenta con un chispazo de emoción de que acababa de hacer su primer desaire!

—¿Qué te dijo Freddy cuando entraste? —preguntó ella en tono conspiratorio, si no francamente amistoso. (Evidentemente había percibido el desaire.)

—¿Quién es Freddy?

—El acomodador que te llevó a tu asiento. Le vi sentarse y hablarte.

—Me habló de unos almacenes japoneses.

Ella asintió con aire de enterada.

—Claro, debí suponerlo. Freddy cobra de *Tema* y ése es uno de los artículos de esta semana. Me pregunto cuánto le pagarán. La semana pasada el artículo de portada era sobre Ireina Khokolovna, y Freddy no hacía más que hablar de ella.

—¿Quién es Ireina Khokolovna?

Lanzó un solo y despectivo grito.

—¡Creí que te gustaba la música!

—Y me gusta —protestó él.

Pero estaba claro que había fallado en una prueba importante. Con un suspiro de cansancio y una sonrisa triunfante, la mujer giró su sofá ciento ochenta grados y se fue en dirección a la pareja del sofá azul.

La pareja se levantó al unísono y la saludó con gritos de «¡Maggie!» y «¡Qué alegría!». Era imposible para Barry, sentado tan cerca y sin nadie con quien hablar, no escuchar su conversación, dedicada (sin duda, como reproche a su ignorancia) al último y *fabuloso* disco de Ireina Khokolovna para la Deutsch Grammophon. Daba el máximo en Schuman, su Wolf era *comme ci, comme ça*. Así y todo, Khokolovna, su Wolf, era mil veces superior al de Adriana Motta, o incluso al de Gwyneth Batterham, la cual, a pesar de su gran inteligencia, tenía una clara vacilación en su registro más alto. Y el asiento de Barry continuaba allí, pegado al suelo, mientras ellos seguían charlando en plan de entendidos. Deseó estar en casa, viendo la

tele... o en cualquier sitio que no fuera Partyland.

—Yo, Ed —dijo el ocupante de la mecedora de madera, un joven de la misma edad, constitución y forma de peinarse que Barry.

—¿Perdón? —dijo Barry.

—He dicho que me llamo Ed —afirmó con pronunciación precisa.

—Oh. Yo, Barry. ¿Cómo estás, Ed?

Tendió la mano y Ed se la estrechó gravemente.

—Sabes, Barry —dijo—, he estado pensando en lo que has dicho y creo que todo el problema son los *coches*. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Desarrolla la idea —sugirió Barry.

—Bien. Esto de los coches es... Bueno, yo vivo en Elizabeth, al otro lado del río, ¿sí? Por lo tanto, siempre que vengo aquí tengo que conducir, ¿sí? Se podría pensar que es un latazo, pero yo siempre me siento sensacional. ¿Sabes?

Barry asintió. No entendía específicamente lo que Ed decía, pero sabía que estaba de acuerdo con él.

—Me siento... libre. Si no suena demasiado ridículo. Siempre que conduzco mi coche.

—¿Qué coche tienes?

—Un Toyota.

—Bueno. Muy bueno.

—Creo que no soy el único en ese sentido.

—No, yo diría que no.

—Los coches *son* libertad. Así que toda esa palabrería sobre la crisis energética se reduce a... —Se calló de pronto—. Creo que tengo una fuga.

—Me parece que sí. Pero no importa. A mi también me ocurre. Ya se te pasará.

—Oye, ¿cómo te llamas?

—Barry. Barry Riordan.

Ed tendió la mano.

—Yo soy Ed. Oye, ¿estás intentando conseguir un aval?

Barry asintió.

—¿Tú también?

—No. De hecho, creo que todavía me queda uno. ¿Lo quieres?

—Dios —dijo Barry—. Sí, claro.

Ed sacó su funda del DNI, cogió su permiso, despegó con la uña la pegatina del aval de la parte posterior del permiso, y se la ofreció a Barry.

—¿Estás segura de que me quieres dar esto? —preguntó Barry, incrédulo, con el papelito blanco pegado en la punta de un dedo.

Ed asintió.

—Me recuerdas a alguien.

—Bueno, te lo agradezco enormemente. Quiero decir, apenas me conoces.

—Cierto —dijo Ed, asintiendo con más vigor—. Pero me gustó lo que dijiste de los coches. Tenía mucho sentido.

—Sabes —estalló Barry, en un súbito acceso de animación confidencial—. Me siento confuso la *mayor parte* del tiempo.

—Ya.

—Pero nunca puedo expresarlo. Todo lo que *digo* parece tener más sentido que lo que siento dentro de mí.

—Cierto, cierto.

La música cambió del *pot-pourri* de Sondheim a la segunda cara de *Las cuatro estaciones*, y el asiento de Barry se elevó y le trasladó hacia la pareja del sofá azul, mientras Ed, balanceándose en la mecedora, era transportado en dirección opuesta.

—Adiós —le gritó Barry, pero Ed estaba ya comatoso o fuera del alcance de su voz—. ¡Y gracias otra vez!

Los Mackinnon se presentaron. Él se llamaba Jason, y ella, Michelle. Vivían bastante cerca, en West 28, y les interesaban, principalmente, los programas de televisión que habían visto cuando eran jóvenes, sobre los cuales estaban muy bien informados. Pese a una primera impresión mala, debido a que les asociaba con Maggie, la del sofá, Barry descubrió que le agradaban enormemente los Mackinnon, y, antes de que se produjera el siguiente desplazamiento, puso su asiento en la posición de BLOQUEO. Pasaron juntos el resto de la tarde, intercambiando nostálgicos comentarios, mientras tomaban café y pedazos del famoso pastel de pina de Partyland. A la

hora de cerrar, Barry les preguntó si alguno de ellos le daría un aval. Dijeron que lo habrían hecho, ya que habían disfrutado mucho su compañía, pero, desgraciadamente, ya habían agotado su cupo anual. Parecían sentirlo de verdad, pero él tuvo la sensación de que había cometido un error al pedirselo.

Su primer aval resultó ser la suerte del principiante. Aunque fue casi todas las noches a un habladero distinto y prácticamente vivía en Partyland los fines de semana, que era cuando estaba más animado, no volvió a tener semejante suerte. No consiguió ni acercarse al ansiado objetivo. La mayoría de la gente que encontraba eran temporales, y los pocos propietarios de Permisos Permanentes que se mostraron amables con él, invariablemente habían agotado ya su cupo de avales, como los Mackinnon. O eso decían. A medida que pasaban las semanas y su ansiedad crecía, empezó a compartir la cínica pero muy extendida opinión de que mucha gente quitaba las pegatinas de sus permisos para que *pareciera* que las habían usado. Según Jason Mackinnon, un aval completamente desinteresado, como el que le dio Ed, era un fenómeno raro. El intercambio era la regla general, ya fuera en forma de dinero o de servicios prestados. Barry dijo (en broma, claro) que no le importaría vender su virtud por un aval, o preferiblemente, dos, a lo que Michelle replicó (muy en serio) que, por desgracia, no conocía a nadie que pudiera estar interesado en el tipo de Barry. Generalmente, observó, era gente más joven la que conseguía los avales poniéndose en oferta.

Por pura curiosidad, Barry se preguntó en voz alta de qué pago en metálico hablaban. Jason dijo que la tarifa normal, hacía un año, era de mil dólares por una sola pegatina; dos mil quinientos por un par, ya que se suponía que las personas que tuvieran dos huecos que llenar estarían mucho más desesperadas. Sin embargo, a causa de una reciente desproporción entre la oferta y la demanda, el precio actual de una era mil setecientos, y dos, cuatro mil. Jason dijo que él podría arreglar una entrevista, si a Barry le interesaba ese precio.

—Les diré —dijo Barry— lo que pueden hacer con sus pegatinas.

—Oh, vamos —dijo Michelle para aplacarle—. Seguimos siendo sus amigos, mister Riordan, pero el negocio es el negocio. Si se tratara de nuestras pegatinas personales, no *vacilaríamos* en darle un aval

absolutamente *gratis*. ¿Verdad, Jason?

—Por supuesto, sin duda.

—Pero somos intermediarios, comprenda.

Sólo tenemos una relativa flexibilidad en las condiciones que podemos ofrecer. Digamos, mil quinientos.

—Y tres mil quinientos por el par —dijo Jason—. Es una oferta definitiva. No encontrará nada mejor en ningún sitio.

—Lo que pueden hacer ustedes con sus pegatinas —dijo Barry decididamente— es metérselas en el culo.

—Desearía que no tomara usted esa actitud, mister Riordan —dijo Jason, como si lo lamentara sinceramente—. Usted nos agrada y hemos disfrutado con su compañía. De lo contrario, ciertamente no le ofreceríamos esta oportunidad.

—Mierda —dijo Barry. Era la primera vez que usaba una palabrota en la conversación, pero le salió muy convincente—. Ustedes sabían que mi permiso caduca pronto, y han estado alargando la cosa, con la esperanza de que me entrara el pánico.

—Hemos intentado ayudarle —dijo Michelle.

—Gracias. Ya me ayudaré yo.

—¿Cómo?

—Mañana volveré a la calle Centro y me examinaré otra vez.

Michelle Mackinnon se inclinó sobre la mesa de café que separaba el sofá azul de la butaca de Barry y le dio un cachete maternal en la mejilla.

—¡Estupendo! Así es como hay que responder a un desafío... ¡dando la cara! Seguro que aprueba. Después de todo, ya tiene tres meses de práctica. Ha adquirido usted mucha más fluidez últimamente.

—Gracias —se levantó para marcharse.

—Eh —Jason cogió la mano de Barry y se la apretó efusivamente—. No lo olvide, *si* consigue el Permiso Permanente...

—Cuando lo consiga —corrigió Michelle.

—Cierto, *cuando* lo consiga, ya sabe dónde encontrarnos. Siempre estamos aquí, en el mismo sofá.

—Son ustedes increíbles —dijo Barry—. ¿Creen de verdad que les

vendería mis avales? Suponiendo... —golpeó la mesa barnizada— que pase el examen.

—Es más seguro —dijo Michelle— trabajar con un servicio de presentación profesional que intentar venderlos usted mismo. Aunque todo el mundo la viola, la ley sigue siendo la ley,, Los individuos que operan por su cuenta están expuestos a que los cojan, puesto que no tienen un arreglo con las autoridades. Nosotros sí. Por eso, a usted, por ejemplo, no le serviría de nada denunciarnos a la Oficina de Control de Comunicaciones. Otros lo han hecho antes, y no les valió de nada.

—Ninguno de ellos obtuvo el Permiso Permanente, además —añadió Jason con un guiño de amenaza.

—Estoy segura de que eso fue una coincidencia —dijo Michelle—. Después de todo, hablamos de dos casos solamente, y ninguno de los dos individuos en cuestión era especialmente brillante. Las personas inteligentes no serían tan quijotescas, ¿verdad?

Subrayó la pregunta con una sonrisa a lo Monna Lisa, y Barry, a pesar de toda su indignación y su rabia, no pudo evitar el devolvérsela. Cualquiera que pudiera dejar caer una palabra como «quijotesco» en la conversación normal y hacer que sonara tan natural, no podía ser mala del todo.

—No se preocupen —dijo, librando su mano de la de Jason—. Yo no soy del tipo quijotesco.

Pero, dicho por él, sonó falso. No era justo.

Barry era un hombre de palabra, y a la mañana siguiente fue a la calle Centro para hacer su tercer examen. La computadora le asignó a Marvin Kolodny, Doctor en Filosofía, en el cubículo 183. El título le preocupó. Esta vez hubiera podido manejar al viejo cretino que le tocó en agosto, pero ¿a un Doctor en Filosofía? Parecía que elevaban el nivel cada vez que él se presentaba. Pero sus preocupaciones se desvanecieron en el momento en que entró en el cubículo y vio que Marvin Kolodny era un hombre de veinticuatro años completamente corriente. Su vulgaridad era incluso algo inestable, como si tuviera que pensar en ella, pero la mayoría de la gente a esa edad está

consciente de sí en ese sentido.

Siempre es un trauma la primera vez que tropiezas con alguien que desempeña un puesto de cierta autoridad —un dentista, un psiquiatra, un policía— que es más joven que tú; pero esto no necesariamente conduce al desastre, siempre y cuando dejes claro desde el principio que tienes intención de ser deferente con ellos, y ésta era una actitud que Barry mostraba sin esforzarse.

—Hola —dijo Barry, con modélica deferencia—. Soy Barry Riordan.

Marvin Kolodny respondió con una juvenil sonrisa y le ofreció la mano. Llevaba una bandera americana tatuada en el antebrazo derecho. En un pergamino que rodeaba el asta de la bandera había la siguiente inscripción:

*Derroquemos
entre todos
al Gobierno
de los Estados Unidos
por la Fuerza
y la Violencia.*

En el otro antebrazo había una rosa toscamente *trazada* y su nombre debajo.

—¿Lo piensa de verdad? —preguntó Barry, asombrado por el tatuaje de Marvin, mientras se daban la mano. Logró hacer la pregunta sin que pareciera, en lo más mínimo, un desafío a la autoridad de Kolodny.

—Si no lo pensara —dijo Marvin—, ¿cree que lo llevaría tatuado en el brazo?

—Supongo que no. Pero es... tan... insólito.

—Yo soy un hombre insólito —dijo Marvin, recostándose en su silla giratoria y cogiendo una gran pipa.

—Pero esa idea —Barry indicó el tatuaje— ¿no está en contradicción con este puesto? ¿No es usted mismo parte del Gobierno de Estados Unidos?

—Sólo por el momento. Yo no sugiero que derroquemos al gobierno

mañana. El triunfo de la revolución no es posible hasta que el proletariado sea consciente de sus opresiones, y no puede ser consciente de nada hasta que no hable tan bien como sus opresores. El lenguaje y la conciencia no son procesos independientes, después de todo. Hablar es pensar vuelto hacia fuera. Ni más, ni menos.

—¿Y qué soy yo?

—¿Cómo?

—¿Soy proletario u opresor?

—Como la mayoría de nosotros, hoy en día, supongo que será, probablemente, un poco de cada. ¿Es casado?, ¿eh... (miró la ficha), Barry?

Barry asintió.

—Entonces ahí tiene una forma de opresión. ¿Hijos?

Barry negó con la cabeza.

—¿Vive con su mujer?

—Últimamente, no. E incluso cuando vivíamos juntos, nunca nos hablábamos, excepto para decir cosas prácticas como «¿cuándo se acaba tu programa?». A algunas personas simplemente no les interesa hablar. A Debra ciertamente no le interesa. Por eso... —no pudo evitar la tentación de explicar sus fracasos anteriores— lo hice tan mal en mis exámenes anteriores. Suponiendo que tuviera una puntuación baja la última vez, lo cual no es seguro puesto que los resultados se borraron. Pero suponiendo que así fuera, ése es el motivo. Nunca pude practicar. La experiencia conversacional cotidiana básica que la mayoría de la gente tiene con sus cónyuges, yo nunca la tuve.

Marvin Kolodny frunció el ceño, con un gesto juvenil y simpático.

—¿Está seguro de que está siendo honrado consigo mismo, Barry? Pocas personas están realmente dispuestas a hablar de algo. Todos tenemos aficiones. ¿Qué le interesaba a su mujer? ¿No podía hablar de eso?

—La religión, principalmente. Pero no le gustaba hablar de eso, a menos que estuvieras de acuerdo con ella.

—¿Ha *intentado* estar de acuerdo con ella?

—Bueno, verá, doctor Kolodny, lo que ella *cree* es que el fin del mundo está a punto de producirse. En febrero próximo. Allí es donde se ha ido ahora,

a Arizona, para esperarlo allí. Es la tercera vez que se va.

—No es una mujer que se desanime fácilmente al parecer.

—Yo creo que realmente ella *desea* el fin del mundo. Y, también, que le *gusta* Arizona.

—¿Ha pensado en el divorcio?

—No, en absoluto. Todavía estamos básicamente enamorados. Después de todo, la mayoría de los matrimonios acaban por no tener mucho que decirse, ¿no es verdad? Incluso antes de que Debra se volviera religiosa, no teníamos la costumbre de hablarnos. A decir verdad, doctor Kolodny, yo jamás he sido muy hablador. Creo que se me quitaron las ganas por culpa de la conversación obligatoria que teníamos que hacer en el colegio.

—Eso es perfectamente natural. Yo mismo odiaba la conversación obligatoria, aunque debo reconocer que se me daba bien. ¿Y su trabajo, Barry? ¿No le da oportunidad de desarrollar capacidades de comunicación?

—No comunico directamente con el público. Sólo con simulaciones, y sus respuestas suelen ser bastante estereotipadas.

—Bueno, no hay duda de que tiene un claro problema de comunicación. ¡Pero yo creo que es un problema que puede superar! Le diré, Barry; oficialmente, no debería decírselo yo, pero le voy a dar una puntuación de 65.

—Levantó la mano para detener cualquier efusión—. Ahora déjeme explicarle. Lo hace muy bien en la mayor parte de las categorías: Afecto, Conciencia del otro, Pertinencia, Emisión de voz, etc., pero donde falla es en Contenido conceptual y Originalidad. Ahí podría mejorar.

—La originalidad ha sido siempre mi punto flaco —admitió Barry—. Al parecer, no soy capaz de tener ideas propias. Tuve una, sin embargo, esta misma mañana, cuando venía aquí, y pensaba intentar meterla en la conversación durante el examen, pero luego, no salía natural. ¿Se ha dado usted cuenta de que nunca se ven polluelos de paloma? Todas las palomas que se ven son del mismo tamaño, bien desarrolladas. ¿Pero de dónde salen? ¿Dónde están las palomitas? ¿Se esconden en algún sitio?

Se detuvo, avergonzado de su idea. Ahora que la había expuesto, parecía vulgar e insignificante, poco mejor que un chiste aprendido de memoria, nada más adecuado para quedar en la escala inferior.

Marvin Kolodny intuyó en seguida la razón del repentino silencio de Barry. Después de todo, su trabajo consistía en comprender significados inexpresados y valorarlos correctamente. Sonrió, comprensivo y maduro.

—Ideas... —dijo de un modo lento y deliberado, como si cada palabra pudiera pesarse en una balanza antes de ponerla en una frase— no son... cosas. Las ideas, las más auténticas, son el resultado natural y fácil de cualquier relación vital. Las ideas son lo que sucede cuando las personas conectan entre sí de forma creativa.

Barry asintió.

—¿Le importa que le dé un consejo sincero, Barry?

—En absoluto, doctor Kolodny. Se lo agradeceré.

—En el formulario G-47 dice que pasa mucho tiempo en Partyland y otros habladeros similares. Comprendo que allí fue donde consiguió su primer aval, pero, realmente, ¿no cree que está perdiendo el tiempo en esa clase de sitios? ¡Son una trampa para turistas!

—Soy consciente de ello —dijo Barry, herido por la crítica.

—Allí no ya a conocer más que a temporales y a varias personas que van a engañar a los temporales. Con raras excepciones.

—Lo sé, lo sé. Pero no conozco *otros* sitios a donde ir.

—¿Por qué no prueba este sitio? —Marvin le tendió una tarjeta impresa que decía:

INTENSIDAD CINCO

Una Nueva Experiencia en Intimidad Interpersonal

Calle Barrow, 5 Nueva York 10014

Únicamente socios.

—Desde luego, lo probaré —prometió Barry—. ¿Pero cómo puedo hacerme socio?

—Díales que va de parte de Marvin.

Y eso era todo; había pasado el examen con una puntuación que no llegaba al crucial nivel ocho por sólo cinco puntos. Lo cual era un logro

enorme, pero también frustrante en cierto modo, puesto que había estado tan cerca de no tener que volver a molestarse para encontrar dos avales más. Sin embargo, con otros tres meses para seguir la búsqueda y una presentación para Intensidad Cinco, Barry tenía motivos para sentirse optimista.

Gracias, doctor Kolodny —dijo Barry, parándose en la puerta del cubículo—. Mil gracias.

—De nada, Barry. Es mi trabajo.

—Sabe... me gustaría... Ya sé que no está permitido, siendo usted un examinador y todo eso..., pero desearía conocerle de forma personal. De verdad. Es usted un individuo muy valioso.

—Gracias, Barry. Sé que lo dice de verdad, y me siento halagado. —Se quitó la pipa de la boca y la levantó como en un saludo—. Bueno, entonces, adiós. Y feliz Navidad.

Barry salió del cubículo sintiéndose tan trascendente y relajado que anduvo cinco manzanas antes de recordar que no había revalidado su permiso en la ventanilla 28. Cuando regresaba al Edificio de Comunicaciones Federales, sus sentidos parecían captar todos los detalles corrientes de las calles con una claridad hiperaguda: el olor a repollo que provenía de un carrito de perros calientes, el reflejo del sol de mediodía sobre las chispas de mica en las losas de la acera, las varias formas y colores de las palomas, las mismas, quizás, que le habían inspirado su mal llamada idea. Pero era verdad, lo que dijo. Todas las palomas tenían el mismo tamaño.

Una manzana antes del Edificio de Comunicaciones Federales, levantó la vista, y allí, bajo la cornisa, estaba el lema, que él nunca había notado antes, de la Agencia de Comunicaciones Federales:

LA LIBERTAD PLANIFICADA
ES EL CAMINO AL PROGRESO DURADERO

Tan sencillo, tan directo, y, sin embargo, cuando te parabas a pensarlo, casi imposible de entender.

La calle Barrow estaba en el centro de uno de los peores suburbios de la

ciudad, así que Barry iba preparado (eso creía) para un menor grado de elegancia y lujo que el ofrecido por Partyland, pero, a pesar de ello, la deprimente realidad de Intensidad Cinco iba más allá de todo lo que él hubiera podido imaginar. Una cavernosa habitación en un sótano, con las paredes desnudas, un linóleo cuarteado sobre un suelo de cemento, y unos radiadores que silbaban y gorgoteaban ominosamente sin generar mucho calor. El mobiliario consistía en sillas de metal plegables, la mayoría de ellas plegadas y apiladas, un mostrador de refrescos donde vendían naranjada y café, y muchos ceniceros metálicos de pie. Habiendo pagado ya, arriba, veinticinco dólares como cuota de socio, Barry sintió que le habían tomado el pelo, pero, puesto que la cuota no era reembolsable, decidió concederle al lugar el beneficio de la duda y quedarse un rato.

Llevaba casi una hora remoloneando, solo y melancólico, escuchando, a su derecha, una conversación sobre alguien que tenía una imperiosa necesidad de desarrollar una imagen más efectiva, y a su izquierda, una discusión sobre la moralidad de nuestros compromisos con México, cuando una negra, vestida con un mono de nylon blanco y un abrigo bastante largo que era una buena imitación de visón, entró en la habitación, examinó rápidamente a los presentes, y se sentó, increíblemente, junto a él.

A la velocidad del relámpago, sintió que se le secaba la garganta y se le tensaba la cara en una rígida sonrisa falsa. Se ruborizó, tembló, y se desmayó allí mismo, pero sólo metafóricamente.

—Soy Colombina Brown —dijo ella, como si eso fuera una explicación.

¿Esperaba que él la reconociera? Ciertamente, era lo bastante guapa como para ser alguien que él debiera reconocer, pero, si la había visto en la tele, no la recordaba. En cierto modo, era *demasiado* guapa para ser una personalidad destacada, porque, generalmente, hay algo característico en todas ellas, para que puedas distinguirlas. Colombina Brown era bella, no en el estilo de una celebridad, sino a la manera de un coche deportivo de lujo.

—Yo soy Barry Riordan —logró decir, tardíamente.

—Pongamos las cartas sobre la mesa, ¿quiere, mister Riordan? Yo tengo un Permiso Permanente. ¿Y usted?

—Temporal.

—Es lógico suponer que usted ha venido aquí para encontrar un aval.

Él empezó a protestar. Ella le detuvo con una penetrante y devastadora mirada. Él asintió.

—Desgraciadamente, he agotado mi cupo.

Sin embargo —levantó un dedo perfecto— ya es casi Año Nuevo. Si usted no tiene una urgencia desesperada...

—Oh, no, tengo hasta marzo.

—No le prometo nada, entienda. A menos que nos llevemos bien. Si es así, entonces, estupendo, le doy el aval. ¿Vale?

—Trato hecho.

—¿Cree que puede confiar en mí?

Bajó los ojos y trató de parecer perversa y tentadora, pero su tipo de belleza no se lo permitía.

—En todo —contestó él—. Implícitamente.

—Bien.

Como por voluntad propia, el abrigo se le deslizó de los hombros y quedó sobre el respaldo de la silla. Ella volvió la cabeza y se dirigió a la vieja que estaba detrás del mostrador de refrescos.

—Evelyn, una naranjada —le miró, y él asintió—. Que sean dos.

Entonces, como si hubiera estado esperando a que concluyeran los preliminares, se le saltaron las lágrimas. Un temblor de sentida emoción vibró en su preciosa voz de contralto.

—Oh, Dios, ¿qué voy a hacer? ¡No puedo más! Soy tan... ¡tan condenadamente desgraciada! Me gustaría matarme. No, eso no es verdad. Estoy confusa, Larry. Pero sé una cosa, estoy *furiosa* y voy a empezar a luchar.

Hubiera sido desconsiderado interrumpir esta declaración mencionando que su nombre no era, en realidad, Larry. ¿Qué más da una letra, después de todo?

—¿Has ido alguna vez al Concurso de Miss América de la Calle 42? —le preguntó, secándose los ojos.

—La verdad es que no. Siempre pienso en ir, pero ya sabes lo que pasa. Es lo mismo que con la Estatua de la Libertad; siempre está ahí, y por eso

nunca vas.

—Soy Miss Georgia.

—¡No me digas!

—He sido Miss Georgia seis noches por semana durante los últimos cuatro años, con sesiones matinales los domingos y los martes. ¿Y crees que en todo ese tiempo el público me ha votado a *mí* para ser Miss América? ¿Alguna vez?

—Desde luego, yo te hubiera votado.

—Ni una vez —continuó enfurecida, ignorando su apoyo—. Siempre es Miss Massachusetts o Miss Ohio, que no saben hacer nada que no sea tocar una maldita arpa judía, si me disculpas el vocabulario, o Miss Oregón, que ni siquiera puede recordar el ritmo de «Encantadora para mirarla», a pesar de que la está bailando desde antes de que yo saliera del colegio. No hay una sola en toda la maldita pasarela que no haya sido coronada al menos una vez. ¡Excepto yo!

—Lo siento mucho.

—Yo soy una *buena* cantante. Puedo bailar claqué de maravilla. Mi escena del balcón te rompería el corazón. Y puedo decir objetivamente que mis piernas son las más bonitas, exceptuando, quizá, las de Miss Wyoming.

—Pero nunca has sido Miss América —dijo Barry, mostrándose comprensivo.

—¿Qué crees que siento aquí? —cogió un puñado de nylon blanco en la zona del corazón.

—Francamente no lo sé, Miss... —se le había olvidado su apellido— Georgia.

—En Intensidad Cinco soy simplemente Colombina, cielo. Lo mismo que tú eres Larry. Y «no lo sé» no es una respuesta. Aquí estoy yo abriéndome a ti, y tú respondes con un «Sin Opinión». No lo acepto.

—Bueno, para ser completamente sincero, Colombina, me cuesta creer que puedas sentirte algo que no sea sensacional. Ser Miss Georgia y tener tanto talento... ¿no es suficiente? Yo hubiera pensado que serías feliz.

Colombina se mordió el labio, frunció el ceño y evidenció, en general, un repentino cambio en su estado de ánimo.

—Dios, Larry... ¡tienes razón! Me he estado engañando a mí misma: el concurso no es mi problema, es mi excusa. Mi problema... —Bajó la voz y sus ojos evitaron los de él— es muy antiguo y conocido. Me enamoré de un hombre que no me iba. Y ahora es demasiado tarde.

¿Quieres oír una larga historia, Larry? ¿Una historia larga y muy triste?

—Claro. Para eso estoy aquí, ¿no?

Ella le dedicó una sonrisa pura y significativa y le dio un rápido y confiado apretón en la mano.

—Sabes, Larry, eres una buena persona.

Mientras tomaban las naranjadas, Colombina le contó a Barry una larga y triste historia sobre su distanciado, pero celoso y posesivo, marido, el cual era un abogado que trabajaba para Dupont en Wilmington, Delaware. Sus dificultades matrimoniales eran complejas, pero la principal consistía en que pasaban poco tiempo juntos, puesto que el trabajo de él le retenía en Wilmington y el de ella estaba en Nueva York. Además, la conversación ideal de su marido era muy diferente de la suya. A él le gustaba hablar de dinero, de deportes y de política con otros hombres, y se guardaba sus sentimientos más profundos. Ella era introspectiva, extrovertida y afectuosa.

—Iba bien durante algún tiempo —rememoró ella—. Pero la tensión se iba acumulando hasta que yo tenía que salir a buscar a alguien con quien hablar. Es una necesidad humana fundamental, después de todo. Quizá, *la* necesidad fundamental. Yo no tenía elección.

—Y entonces él se enteraba, supongo —dijo Barry.

Ella asintió.

—Y se ponía frenético. Era espantoso. No se puede vivir así.

Barry pensó que en muchos sentidos los problemas de ella se parecían a los suyos, por lo menos en que ambos tenían que buscar un compañero intelectual fuera de los vínculos del matrimonio. Pero, cuando empezó a exponer esta intuición y a *trazar* algunos interesantes paralelismos entre su experiencia y la de ella, Colombina se impacientó. No llegó a decirle que aquello era incumplimiento de contrato, pero su helada desatención transmitía el mensaje claramente. Receptivo para las necesidades de ella, resistió el impulso de hacer más aportaciones propias, se recostó en la silla y se esforzó

por ser un buen oyente y nada más.

Cuando Colombina terminó de recorrer toda la escala de sus sentimientos, que incluía miedo, rabia, alegría, dolor, y una poderosa y enteramente irracional angustia, le dio las gracias, su dirección y su teléfono, y le dijo que la llamara en enero para lo del aval.

Enhorabuena, pensó él. Bingo. Aleluya.

Pero no del todo. Todavía tenía que conseguir otro aval. Sin embargo, ahora parecía posible, probable, incluso inevitable. Cuestión, simplemente, de esforzarse y recoger la recompensa.

La Fortuna se le había vuelto tan favorable que consiguió el tercer aval (para ser exactos, el segundo) a la noche siguiente. El predestinado encuentro tuvo lugar en Morones, una pequeña tienda de comestibles de tipo familiar, en la Sexta Avenida, justo al lado del Supermercado Internacional. Aunque Morones cobraba más caros la mayoría de los artículos, Barry prefería comprar allí porque ofrecía una selección tan poco variada y retadora (fiambres, latas, cerveza, galletas) que nunca se sentía intimidado, ni avergonzado de su elección al ir a pagar. Odiaba cocinar, ¿pero era eso motivo para que le hicieran sentirse inadecuado? Morones estaba hecha a la medida para las personas como Barry, que eran muchísimas.

Esa noche, cuando estaba titubeando entre cenar ravioli o galletas de trigo, la mujer que estaba delante del mostrador de los alimentos congelados comenzó, de repente, a hablar sola. Los Morone se miraron el uno al otro, alarmados. Ni él ni ella tenían permiso para hablar, lo cual constituía un atractivo más de su tienda, ya que el trato con ellos se limitaba a frases elementales autorizadas, tales como: «¿Cómo está usted?» o «Cuesta tres dólares».

Lo que la mujer decía parecía indicar que acababa de volverse loca allí mismo.

—El dolor —le explicaba tranquilamente a la sección de helados del congelador— sólo me da cuando hago esto. —Se inclinó más sobre los helados y contrajo la cara—. Pero entonces es infernal. Deseo que me corten la pierna, o que me hagan una lobotomía, cualquier cosa con tal de que pare. Y sin embargo, yo sé que el problema no está en la pierna, ni mucho menos.

Está en la espalda. Aquí. —Se tocó el final de la columna—. Una especie de cortocircuito. Peor que agacharse, es volverse a un lado. Incluso girar la cabeza puede producirlo. A veces, cuando estoy sola, me echo a llorar solamente de pensarlo, al saber que me he vuelto tan totalmente inútil. —Suspiró—. Bueno, le ocurre a todo el mundo, y supongo que podría ser peor. No sirve de nada quejarse. La vida sigue, como se suele decir.

Habiendo llegado a una actitud resignada y sensata, se volvió para ver el efecto que su desahogo les había hecho a los Morone, los cuales apartaron la vista. Luego miró a Barry, y éste no pudo remediar que sus ojos se encontraran de lleno. Los ojos de ella tenían una expresión que no encajaba con el monólogo que acababa de pronunciar. Eran penetrantes (como opuesto a vulnerables), color gris acero, y miraban con desafío desde un rostro lleno de bolas y arrugas. Sin la contradicción de esos ojos, el rostro hubiera parecido una ruina desesperada; con ellos, la mujer recordaba a un viejo centurión de una película sobre el Imperio Romano.

Ella hizo una mueca.

—No hay por qué asustarse. No es un caso de emergencia. Tengo permiso.

Barry sonrió del modo más inofensivo.

—Ni siquiera pensé en eso.

Ella no le devolvió la sonrisa.

—¿En qué pensó, entonces?

—Supongo que sentí pena.

La reacción de ella, alarmantemente, fue echarse a reír.

Sintiéndose traicionado y humillado, él cogió la lata de verduras más próxima (remolachas, descubrió más tarde, y detestaba las remolachas) y se la entregó a mister Morone junto con la lata de ravioli.

—¿Es todo? —preguntó mister Morone.

—Seis latas de cerveza —dijo, sin pensarlo.

Cuando salió de la tienda, con su cena y las cervezas en una bolsa de plástico, ella le estaba esperando fuera.

—No me reía de usted, joven —dijo, con el mismo tono fríamente agraviado en el que le había hablado a los helados—. Me reía de mí misma.

Evidentemente, estaba *pidiendo* compasión. Por lo tanto no debía sorprenderme el obtenerla, ¿verdad? Mi nombre es Madeline, pero mis amigos me llaman Mad^[1]. Se supone que debe reírse.

—Yo me llamo Barry. ¿Bebe usted cerveza?

—Oh, no estoy bebida. Descubrí hace mucho que, en realidad, no hace falta beber para tener la satisfacción de portarse escandalosamente.

—Quería decir... ¿le apetece tomar una cerveza conmigo? Tengo seis latas.

—Desde luego, Barry, ¿no? Eres tan *directo* que casi te extravías. Vamos a mi casa, está a sólo dos manzanas. Como ves, yo también puedo ser directa.

Resultó que su casa estaba a cuatro números de la de él, y no se parecía en nada a lo que él había esperado; no era ni un naufragio lleno de recuerdos que se desmoronaban, ni el presuntuoso y amanerado *pied-à-terre* de la persona que ha sido «alguien». Era un sencillo y agradable apartamento con una habitación y media, en el que cualquiera hubiese podido vivir, e igual al de casi todo el mundo; con plantas para resaltar la luz disponible y cuadros que representaban diversos lujos desaparecidos, la habitual colección de muebles que van de lo pretencioso a lo provisional, y suficientes objetos usados como para sugerir que una vida transcurre, con las obligadas dificultades, entre tanta neutralidad cuidadosamente cultivada.

Barry abrió dos latas de cerveza, y Madeline quitó un montón de libros y papeles de una mesa y los pasó a una cama cubierta de cojines. Se sentaron juntos a la mesa.

—¿Sabe usted cómo se llama? —preguntó Barry—. La enfermedad que tiene.

—Ciática. Es más un trastorno que una enfermedad. Pero no hablemos de eso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, pero tendrá *usted* que pensar de qué hablamos. Yo no valgo para sacar temas de conversación.

—¿Por qué?

—No tengo ideas. Si otras personas tienen ideas, yo puedo apoyarme en

ellas para saltar bastante bien, pero por sí misma mi mente se queda en blanco. Envidio a la gente como usted que es *capaz* de empezar a hablar de la nada.

—Mm —dijo Madeline, con cierta amabilidad—. Es curioso que lo hayas expresado así; es casi una definición de lo que hago para ganarme la vida.

—¿De veras? ¿Qué hace?

—Soy poeta.

—No me tome el pelo. ¿Se gana la vida siendo poeta?

—Lo suficiente para ir tirando.

Barry se negaba a creerla. Ni la mujer ni su apartamento correspondían a la imagen preconcebida que él tenía de los poetas y de la vida necesariamente indigente que llevaban.

—¿Ha publicado usted algún libro? —preguntó hábilmente.

—Veintidós. Más, si contamos las ediciones limitadas, los panfletos y esas cosas.

Fue a la cama, rebuscó entre los papeles y regresó con un libro delgado de un tamaño raro.

—Este es el último —dijo.

La portada decía en elegantes letras azul-gris sobre fondo color crema: MADELINE ESTÁ LOCA OTRA VEZ. Nuevos Poemas de Madeline Swain. En la contraportada había una foto de ella en esta misma habitación, con el mismo vestido, y bebiendo (parecía deliberado) una lata de cerveza (aunque de otra marca).

Barry dio vueltas al libro en sus manos, examinando la portada y la foto alternativamente, pero no se le hubiera ocurrido abrirlo, lo mismo que no se le ocurría levantarle las faldas a Madeline para ver su ropa interior.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—De cualquier cosa que estuviera pensando en el momento en que escribí cada poema.

Eso tenía sentido, pero no respondía a su pregunta.

—¿Cuándo los escribe?

—Generalmente, cuando la gente me lo pide.

—¿Podría usted escribir un poema ahora mismo? ¿Sobre lo que está

pensando?

—Claro, fácil.

Ella fue al escritorio que había en el rincón de la habitación y escribió el siguiente poema, que entregó a Barry para que lo leyese:

Una reflexión

A veces la repetición de lo que acabamos de decir sugerirá un nuevo sentido o posibilidades de sentido que al principio no supusimos que estuviese allí.

Creemos haber entendido nuestras palabras, luego aprendemos que no, puesto que su sentido esencial sólo se nos revela en la segunda vuelta.

—¿Esto es lo que estaba usted pensando ahora? —preguntó, escéptico.

—¿Te desilusiona?

—Pensé que escribiría algo sobre mí.

—¿Quieres que lo haga?

—Es muy tarde ya.

—En absoluto.

Fue a su escritorio y regresó un momento después con un poema:

Alborada

Lamento oír que te vas.

¿No te vas?

Entonces lo lamento más.

—¿Qué significa el título? —preguntó, con la esperanza de que modificara el desfavorable mensaje de las cuatro líneas.

—Una alborada es una forma poética tradicional que un amante le dirige a su amada (o amado) al amanecer, cuando uno de los dos ha de irse a trabajar.

Él intentó encontrar un cumplido que no fuera totalmente insincero.

—Fuerte —concedió finalmente.

—Oh, no vale nada, me temo. Generalmente lo hago mejor. Supongo que no confío en ti lo suficiente. Aunque eres muy agradable; ésa es otra cuestión.

—¡Así que soy agradable! Pensé —sacudió el poema cogido por una esquina— que me estaba insinuando que me fuese.

—Qué tontería. Ni siquiera te has terminado la cerveza. No debes guardarme rencor por lo que escribo. No se puede responsabilizar a los poetas de lo que dicen en sus poemas. Todos somos traidores compulsivos, ¿sabes?

Barry no dijo nada, pero su cara debió de expresar desaprobación.

—No seas así. La traición es una parte necesaria del trabajo, lo mismo que manejar cubos de basura es parte de ser basurero. Algunos poetas se toman muchas molestias para disimular sus traiciones; yo me inclino por ser franca y traicionar a todo el mundo desde el principio.

—¿Tiene muchos amigos? —preguntó, inevitablemente.

—Prácticamente, ninguno. ¿Crees que me pondría a hablar sola en las tiendas de comestibles si tuviera amigos?

Él sacudió la cabeza, perplejo.

—Le diré, Madeline, no lo entiendo. Seguramente, si usted fuera simpática con los otros poetas, ellos serían simpáticos con usted, por el principio básico de ráscame-la-espalda.

—Oh, claro. Los poetas menores no hacen otra cosa. Van literalmente en enjambres. Yo prefiero ser grande y estar sola, muchas gracias.

—Eso me parece arrogante.

—Lo es. Yo lo soy. *C'est la vie*. —Ella tomó un largo trago de cerveza y dejó la lata sobre la mesa, vacía—. Lo que me gusta de ti, Barry, es que te las arreglas para decir lo que piensas sin parecer homicida en lo más mínimo. ¿Por qué?

—¿Por qué digo lo que pienso? Es lo más fácil.

—No. ¿Por qué eres tan complaciente conmigo, cuando yo me estoy portando como un bicho? ¿Buscas un aval?

Él se ruborizó.

—¿Resulta tan evidente?

—Bueno, como no pareces un ladrón ni un violador, tenía que haber otra

razón para que acompañaras a una vieja loca a su casa después de su última crisis nerviosa. Hagamos un trato, ¿quieres?

—¿Qué clase de trato?

—Te quedas un rato y me sonsacas algunos poemas más. Siento el viento en mis velas, pero necesito una musa. Si me das veinte ideas buenas para mis poemas, te daré el aval.

Barry movió la cabeza.

—¿Veinte ideas diferentes? Imposible.

—Entonces, no pienses en ideas, sino en preguntas.

—Diez —insistió él—. Diez es mucho.

—Quince —rebatía ella.

—Vale, pero incluyendo los dos que ha escrito ya.

—¡Hecho!

Ella se sentó y esperó a que Barry estuviera inspirado.

—¿Bien? —inquirió, después de un largo silencio.

—Estoy tratando de pensar.

Intentó recordar de qué trataban la mayoría de los poemas. El amor parecía el tema más frecuente, pero no podía imaginar a Madeline, a su edad y con su carácter, enamorada de nadie. Sin embargo, eso era problema de ella. Él no tenía que escribir el poema, sino sólo sugerirlo.

—De acuerdo —dijo—. Escriba un poema sobre lo muy enamorada que está de mí.

Ella pareció enojada.

—No se haga ilusiones, joven. Puede que le haya engatusado para traerle a mi apartamento, pero *no* estoy enamorada de usted.

—Entonces, fínjalo. Y no haga algo petulante como ese último. Hágalo triste y delicado y emplee algunas rimas.

Bueno, pensó, eso la tendrá ocupada el tiempo suficiente para que yo piense el próximo. Abrió una segunda cerveza y tomó un sorbo en actitud meditativa. ¿Escribían los poetas alguna vez poemas sobre la cerveza? ¿O eso *era* demasiado general? Mejor sería pedirle que; escribiera sobre su marca favorita, una especie de anuncio.

Para cuando ella terminó el soneto sobre lo mucho que le amaba, a él ya

se le habían ocurrido los otros doce temas:

1. Un poema sobre su cerveza favorita, escrito como si fuera un anuncio.
2. Un poema en forma de lista de compras de Navidad.
3. Un poema incorporando varias importantes previsiones económicas a largo plazo.
4. Un poema sobre un conejo (había un conejo de porcelana en un estante), adecuado para cantárselo a un niño.
5. Un poema muy corto para grabarlo en la lápida del presidente que menos le gustara, vivo o muerto.
6. Un poema disculpándose ante la última persona con la cual había sido especialmente grosera.
7. Un poema para una tarjeta deseándole a alguien que tiene ciática que se ponga mejor.
8. Un poema analizando sus sentimientos sobre las remolachas.
9. Un poema dando rodeos a un secreto que nunca le ha contado a nadie y que, finalmente, decide mantener secreto.
10. Un poema relatando como testigo presencial algo espantoso sucedido en Arizona, en febrero.
11. Un poema justificando la pena de muerte en casos en los que uno haya sido abandonado por su amante. (Éste, en su forma desarrollada, definitiva, se convertiría en el poema más largo de su próxima colección, «La Balada de Lucius Mc Gonaghal Sloe», que empieza: *Me enamoré como un loco cuatro noches hace de una chica que estoy seguro todos conocen, pero no pude retenerla y por eso decidí venderla a Lucius McGonaghal Sloe*, y continúa, en el mismo estilo, durante ciento treinta y seis estancias.)
12. Un poema presentando una descripción detallada y positiva de su propio rostro.

Prudentemente, no se los soltó todos de golpe, sino que esperó a que ella terminase cada uno antes de decirle de qué trataba el siguiente. Ella no puso objeciones hasta llegar al número 8, pero entonces insistió en que no tenía

sentimiento alguno respecto a las remolachas. Él se negó a creerla, y para demostrar su argumento preparó una cena rápida con ravioli y remolachas de lata (era ya bastante tarde y estaban muertos de hambre). Antes de que tomara tres bocados, empezó a ocurrírsele el poema, y cuando le dio forma definitiva, cinco años después, fue, con mucho, el mejor de la serie.

Durante muchos días Barry no habló con un alma. No sentía necesidad de comunicarle nada a nadie. Tenía sus tres avales —uno de una poeta que había publicado veintidós libros— y estaba seguro de que hubiera podido salir y conseguir tres más diariamente si le hubieran hecho falta. Estaba libre.

En Nochebuena, sintiéndose triste y sentimental, sacó las viejas *cassettes* que él y Debra habían grabado durante su luna de miel. Las pasó en el televisor una tras otra, durante toda la noche, conmoviéndose más y más y deseando que ella estuviera allí. Luego, en febrero, cuando el mundo se negó otra vez a llegar a su fin, ella volvió a casa, y por varios días todo fue tan estupendo como en las *cassettes*. Incluso, qué maravilla, se hablaron. Él le contó sus diversos encuentros en busca de avales, y ella le habló del Gran Cañón, que había sustituido al fin del mundo en sus más elevadas prioridades míticas. Amaba el Gran Cañón con un amor exaltado, y quería que Barry dejara su trabajo y se fuera con ella a vivir allí. Imposible, declaró él. Había trabajado ocho años en el Citibank, y con ello había adquirido importantes ventajas. La acusó de ocultar algo. ¿Había algún motivo aparte del Gran Cañón, para que deseara trasladarse a Arizona? Ella insistió en que se trataba únicamente del Gran Cañón; desde el primer momento en que lo vio, se olvidó de Armagedón, del Número de la Bestia y de todas las otras historias del Apocalipsis. No podía explicárselo; tendría que verlo por sí mismo. Cuando él, al fin, aceptó ir allí en las próximas vacaciones, ¡llevaban hablando tres horas seguidas!

Mientras tanto, Colombina Brown había estado dándole largas con diversas excusas y regates. El número de teléfono que le dio tenía un contestador automático, la dirección era la de un edificio de apartamentos con perros guardianes en la entrada y un portero que no hablaba, ni escuchaba. Barry se vio obligado a esperar en la acera, lo cual tampoco era posible debido a una ola de frío que se prolongó durante casi todo enero. Dejó un

mensaje en el Teatro Apolo, donde se celebraba el concurso, citándola para tres ocasiones distintas en Intensidad Cinco. Ella nunca se presentó. Hacia mediados de febrero, empezó a estar alarmado. Una mañana temprano, desafiando a los elementos, se apostó delante de su casa y esperó (cinco horribles horas) hasta que ella apareció. Ella se disculpó profusamente, explicó que tenía su pegatina, no había problema, que no se preocupara, pero tenía una cita, de hecho, ya llegaba tarde, por lo tanto, si él podía volver esta noche, o mejor aún (porque tenía que ver a alguien después del concurso y no sabía a qué hora regresaría a casa) ¿mañana a esta hora? Tuvo el detalle de presentarle al portero para que no le hiciera esperar a la intemperie.

Mañana a esta hora, Colombina tampoco se presentó, y Barry empezó a pensar que le estaba evitando deliberadamente. Decidió darle una última oportunidad. Le dejó una nota al portero diciéndole que pasaría a recoger ya-sabes-qué a las doce y media de la noche siguiente. Si ella no iba a estar, que se lo dejara al portero en un sobre.

Cuando llegó a la noche siguiente, el portero le condujo por el pasillo alfombrado, le abrió el ascensor (los perros le gruñeron furiosamente hasta que el portero dijo «Chitón») y le indicó que llamara a la puerta 8-C.

No fue Colombina quien le hizo pasar, sino su sobresaliente, Lida Mullens. Lida le informó de que Colombina se había reunido con su marido en Wilmington, Delaware, y no se sabía cuándo volvería a su puesto de Miss Georgia, si es que volvía. No había dejado la pegatina prometida, y Lida dudaba mucho de que le quedara ninguna, ya que había oído que vendió las tres a un servicio de presentación el mismo día que llegaron por correo. Con su último gesto de seguridad en sí mismo, Barry le preguntó a Lida si *ella* estaría dispuesta a darle el aval. Prometió devolvérselo en cuanto le entregaran su propio permiso. Lida le informó de que ella no tenía permiso. Toda su conversación había sido ilegal.

El sentido de culpabilidad que asaltó su mente, anulando cualquier otro sentimiento, fue espantoso. Sabía que era irracional, pero no podía remediarlo. La idea misma de necesitar un permiso para hablar con alguien era tan ridícula como la de necesitar un permiso para acostarse con alguien. ¿Cierto? ¡Cierto! Pero, ridícula o no, la ley era la ley, y cuando la infringes,

eres culpable de infringir la ley.

Lo bueno de la culpabilidad es que es fácil de reprimir. Al cabo de un día, Barry había relegado todo recuerdo de su criminal comportamiento a las profundidades del subconsciente, y estaba de vuelta en Intensidad Cinco, esperando iniciar una conversación con quien fuera. La única persona que, por lo menos, le miró, fue Evelyn, la mujer que servía en el mostrador de refrescos. Fue a otros habladeros, pero era siempre la misma historia. La gente le rehuía. Apartaban la mirada. Sus vibraciones se hicieron tan eficazmente repelentes que bastaba con que entrara en una habitación para que ésta se desalojara de la mitad de la clientela. O eso le parecía a él. Cuando uno está experimentando el fracaso, es difícil resistir el consuelo de la paranoia.

Cuando sólo faltaba una semana para que expirase su permiso, Barry abandonó toda esperanza y toda vergüenza, y volvió a Partyland con mil quinientos dólares en metálico, obtenidos en el Crédito Benéfico.

Los Mackinnon no estaban en su sofá azul, y ni Freddie, el acomodador, ni Maggie, la del sofá verde, pudieron decirle qué había sido de ellos. Se dejó caer en el sofá vacío con una sensación de completa y abyecta rendición, pero la esperanza renace eternamente, y en un cuarto de hora se había hecho a la idea de nos tener nunca el permiso y estaba soñando con una vida de majestuoso y misterioso silencio al borde del Gran Cañón. Sacó la consola y ordenó un pedazo de pastel de pina y unos estimulantes.

La camarera que trajo el pedido era Cenicienta Johnson. Llevaba unos vaqueros y una camiseta con la palabra «Princesa», en grandes letras chispeantes, sobre su pecho. En su sombrero ponía: «Que esta noche sea tu noche ideal en Partyland».

—¿Cenicienta! —exclamó—, ¡Cenicienta Johnson! ¿Trabajas aquí?

Ella sonrió, radiante.

—¿No es maravilloso? Empecé hace tres días. Es como un sueño convertido en realidad.

—Enhorabuena.

—Gracias. —Al poner la bandeja en la mesa se las arregló para rozarse con sus zapatos—. Veo que llevas los mismos zapatos.

—Umm.

—¿Pasa algo? —preguntó ella, ofreciéndole los estimulantes con un vaso de agua—. Tienes un aire tenebroso, si me perdonas que te lo diga.

—A veces le hace a uno bien sentirse tenebroso.

Una de las píldoras se empeñaba en quedársele atravesada en la garganta. Como una mentira, pensó.

—Oye, ¿te importa que me siente un minuto en tu sofá? Estoy agotada. Es una oportunidad fantástica, trabajar aquí, pero te deja hecha polvo.

—Estupendo —dijo Barry—. Bárbaro. Sensacional. Me hace falta compañía.

Se sentó muy cerca de él y le susurró al oído:

—Si alguien, por ejemplo Freddy, nos preguntara de qué estamos hablando, di que del Nuevo Estilo Lanoso, ¿vale?

—¿Es ése el artículo principal de *Tema* esta semana?

Ella asintió.

—Supongo que ya sabes lo de los Mackinnon.

—Pregunté, pero no obtuve ninguna respuesta.

—Fueron arrestados, por tráfico, en este mismo sofá, justo cuando estaban recibiendo dinero del agente para el que trabajaban. Esta vez no van a poder salir. La gente dice que les da pena y todo eso, pero yo no sé: *eran* criminales, después de todo. Lo que ellos hacían nos dificultaba a los demás conseguir nuestros avales honradamente.

—Supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo.

Algo en la actitud de Barry indicó, al fin, la naturaleza de su disgusto. Se hizo la luz.

—Tú *no* has logrado tu permiso, ¿verdad?

De mala gana al principio, y luego con la alegre y liberadora sensación de abandonarse sobre una pista de baile, Barry le contó a Cenicienta todos sus altibajos durante los últimos seis meses.

—Oh, eso es terrible —se compadeció ella, al final de la historia—. Es

tan injusto.

—¿Qué le vas a hacer? —preguntó en sentido retórico.

Cenicienta, sin embargo, interpretó la pregunta en sentido literal.

Notas

[¹] *Mad*, en inglés, significa «loca». (N. del T.) <<